
3 1761 06743191

Andrés González-Blanco



Antonio de Trueba

Su vida y sus obras

(Páginas escogidas)

ANTONIO DE TRUEBA

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

ANTONIO DE TRUEBA

SU VIDA Y SUS OBRAS

(PÁGINAS ESCOGIDAS)



BILBAO
LIBRERÍA DE VILLAR
1914


LUX



I

ANTONIO DE TRUEBA

Cuando en el país vasco se quiere evocar la figura de un poeta bucólico, pastoril, honrado, fuertemente realista, pero sin crudos detalles que hieran las imaginaciones limpias; cuando se quiere recordar con emoción suavísima de espíritu regional un pintor de las costumbres idílicas de Vasconia a mitad del siglo pasado, un costumbrista que haya resumido todos los aspectos de la vida vasca, viene a los labios involuntariamente el nombre de Antonio de Trueba, conocido en todo el país vasco con el cariñoso apelativo de *Antón el de los cantares.*

Antonio de Trueba viene a ser algo así como el Teniers literario de la región vasca, pero un Teniers sin bullanga de kermesses y sensualismo de matronas rubias, un Teniers apacible y casto, cantor de costumbres primitivas, perdidas hoy entre el absorvente utilitarismo de la industria que ha venido a interrumpir las patriarcales normas de la antigua vida vasca.

Antonio de Trueba es, sin duda alguna, el más genuino representante de esa «honrada literatura vascongada» de que habló una vez Menéndez Pelayo en un sentido que más tarde se tuvo por peyorativo y que no es sino laudatorio. En este sentido entendido el adjetivo, si la literatura vasca es por esencia honrada, casta, sencilla, ¿quién duda que Trueba es uno de sus más genuinos representantes, por no decir el cantor único y primordial de la raza? Poetas representativos de un pueblo no suele haber muchos a la

vez, ni es bien que los haya; porque enojaría más que encantaría una falanje de portavoces de un pueblo y de adalides de una época. Píndaros... uno en cada generación y basta. Pero pasan generaciones y los Píndaros no aparecen.

Ahora, si la poesía ha de ser de los sentidos y de la imaginación, bueno es que haya diluvio de vates, cuantos más mejor, aunque veamos aparecer como Lope de Vega

en cada esquina siete mil poetas.

Yo quisiera que hubiese en cada generación un grupo selecto de poetas, aunque no encantara al pueblo, aunque encantara sólo a un grupo también selecto de artistas. El pueblo no necesita poesía. Necesita bienestar, justicia, verdad... Tal vez hasta sostenga la opinión algo atrevida de que al pueblo le haga daño la poesía, de que sea para él un narcótico nocivo... No; la poesía es algo peculiar de las almas distinguidas y en los espíritus mediocres produce un modo de bizantinismo que conduce a la apatía y al *dolce far niente*.

Poeta representativo de una región, lo es sin discusión alguna Antonio de Trueba. Al fin en España no hay más que poetas regionales. El poeta madrileño aun no existe, por la sencilla razón de que Madrid es... treinta y cinco mil cosas a la vez, o por mejor decir, cuarenta y nueve provincias en bloque. Además (como decía Jules Lemaitre hablando de París a propósito de Coppel) porque la mayoría de los que pasan por representantes de París (en este caso de Madrid), han venido de las más lejanas provincias...

Antonio de Trueba sólo aspiraba a ser el cantor de la tierra vasca, y puede decir el crítico, después de leídos sus poemas en que canta costumbres y tipos de Vizcaya, tanto en *El Libro de los cantares* como en *El Libro de los recuerdos*, que se le puede considerar como el genuino representante del alma vasca, tímida, modesta y recia, serena, confiada en Dios, laboriosa y guardadora de sus costumbres patriarcales... Cada vez que he leído uno de los sentidos y monorrítmicos romances de Trueba—que imitan el *lolo* de las canturias vascas—he pensado que Trueba debía remover en un alma vasca todos los sentimientos más íntimos... Sin ser vasco yo mismo, sentía ciertas angustias y dolores de lo más profundo del alma, que removían el poco de raza cántabra que hay en mi—pues al fin de la frontera al Finisterre, una es la tierra verde y jugosa, uno es el

clima, uno es el cielo, unos son los ojos melados y dulcísimos de las mujeres, unos son los corazones viriles e indomables...

La Cantabria que Trueba cantó en una breve composición de *El Libro de las Montañas:*

Arboledas seculares
mansos ríos, claras fuentes
auras puras, montes altos,
vallecicos siempre verdes,
casas blancas, torres negras,
mares agitados siempre,
paz y alegría en las almas,
santo sudor en las frentes...
esto inspira mis cantares
y esto mi Cantabria tiene...

Esta Cantabria yo la siento tan intensamente como Trueba; y si salvamos la diferenciación enorme que impone la barrera que alza la lengua eúskara, yo me he sentido en Vizcaya, por el clima, por las costumbres, por el carácter de sus habitantes, tan *a mon aiçe* como en Asturias...

Por esos pequeños resquicios que de cántabra tiene la poesía y la prosa de Trueba me encanta; y de ahí deduzco que si en mis venas hubiese siquiera una gota de sangre vasca, toda mi alma saltaría de gozo al leer romances como aquel que comienza:

Labradorcita de Dóndiz...

o aquel verso que dice:

Vientecillo que subes de Güeñes...

He aquí lo que aporta, lo que incorpora Trueba a la poesía española: el perfume vasco, el encanto del país natal.

No es cosa que se dé tan a menudo un buen poeta regional para que el dictado de tal se estime como algo menospreciable y baladí. En Asturias, con toda nuestra prosa pía de país de bruma, de meditación, de ensueño y, por consiguiente, de poesía, no hemos tenido más que tres o cuatro poetas regionales—Teodoro Cuesta, José María Acebal, Caveda—y para eso han escrito en *bable*, lo cual es quedarse incompleto, a medias, truncados, porque no es incorporar la especial fragancia asturiana al *bouquet* total de la poesía española. Campoamor, que ha sido el único gran poeta nacido en Asturias, tenía tanto de regional como yo de turco...

Lo que salva a Trueba y le coloca en una altura preeminente, a que no le hubieran llevado ni su talento, un poco modesto y tímido, ni su estilo, un poco desaliñado y humilde, ha sido la representación regional y el haber transcrito la poesía vasca en lengua castellana. Ya sé que ese ha de ser un demérito para los eúskaros intransigentes; pero yo sostengo que los poetas que han ayudado más al renacimiento de una región, han sido aquellos que sintiéndose profundamente regionalistas, han expresado sus ideas en la lengua nacional.

Más ha ayudado a la invasión del espíritu catalán Milá y Fontanals en la época del resurgimiento y Marquina actualmente, que innumerables catalanizantes que todo el arte lo cifran en escribir el dialecto o dígase idioma de la región. Más hizo por la incorporación del espíritu de Provenza a Francia Alphonse Daudet con *L'Arlesienne* que Federico Mistral con *Mireille* o *Calendal*, por la sencilla razón de que tiene un radio de acción más extenso.

Asimismo, Antonio de Trueba, sintiendo y pensando en vasco neto y castizo, y escribiendo en castellano por el feliz azar, *oh fœlix culpa!* de su nacimiento en las Encartaciones—al accidente afortunado, que diría un evolucionista,—ha hecho más por la causa vascófila que muchos improvisados euskerizantes de hoy, que por otra parte hablan sólo un vascuence corrompido y banal...

Por eso para la selección de páginas escogidas en prosa y verso he preferido todas aquellas que dieran una sensación regional, que estuvieran dentro del ambiente vasco, que arraigaran dentro de las entrañas profundas de esa raza noble y casta...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

Bilbao, en un Café oscuro de las Siete Calles,
en la víspera del nacimiento de Cristo...



I

LOS PRIMEROS AÑOS

Nació Antonio de Trueba en la feligresía de Montellano, concejo de Galdames, en la pintoresca comarca de las Encartaciones de Vizcaya. La fecha es incierta, cosa extraña, más si se tiene en cuenta que le hubiera sido tan fácil al poeta consultar su propia partida de bautismo, como la consultó, y atenerse a ella como a testimonio irrefutable, lo cual no hizo, Dios sabe por qué suma de motivos. «Mi partida de bautismo dice que nací en la Nochebuena de 1819, pero tengo razones particulares que omito hasta por la futilidad del asunto, para creer que soy un año o dos menos viejo». (1)

¿Serán acaso las mismas que yo vislumbraba? Sacudida Vizcaya por los horrores de la guerra civil, cuando el poeta llegó a su edad de ciudadano responsable y consciente, que había de prestar servicio con las armas a la Patria bajo las banderas de uno u otro bando, del cristino o del carlista, los padres de Trueba, ingenuos y honrados labradores, movidos del natural y legendario recelo de todo campesino cántabro a las penalidades del servicio militar, trataron de esquivar la responsabilidad civil de su hijo amparándose en una falsa declaración de fecha de nacimiento. Costumbre tan tradicional en todo el litoral cantábrico—Galicia, Asturias, la Montaña y Vizcaya—que no se inculpa a nadie con anotar el hecho. Entre los

(1) Notas autobiográficas en *La Ilustración Española y Americana*, 3 de enero de 1889.

labriegos asturianos he visto tantos casos y tan poco sentido ético de su responsabilidad ciudadana en ese orden, quizá con un hondo sentido netamente humano que late por debajo, que si para un hombre de Castilla esto puede ser chocante, o por lo menos incorrecto, para un hombre del Norte entra en el catálogo de las costumbres públicas y no causa asombro ni espanto. Por fortuna, para nuestra educación ciudadana, hoy va desapareciendo o al menos atenuándose y recatándose más; pero hace cincuenta años era esto en Asturias (y tengo entendido que en el resto del litoral cantábrico) moneda corriente. Los hombres necesitábanse todos para el cultivo del campo o era forzoso que emigrasen a América para acrecentar el peculio familiar y era en vano que les reclamase la Patria para acudir al servicio de las armas...

Como hoy se han modificado totalmente las costumbres ciudadanas, se puede denunciar este hecho, estudiándolo fríamente como un hecho que ha pasado a la Historia. Por eso no pretendo injuriar ni empañar la memoria honradísima de los antecesores de Trueba con esta simple conjetura de ocultación de edad en su hijo cuando fué mozo disponible para el servicio de las armas; y si se me rectifica acataré respetuosamente el aviso y haré mía la explicación que se me dé de esta perplejidad de Trueba respecto a cosa que suele ser tan notoria, sabida e inconcusa como la fecha del propio nacimiento.

Becerro de Bengoa en su interesante biografía de Trueba (1) admite la indecisión del propio Trueba y da por sentado que nació dos años más tarde de lo que reza su partida de bautismo, es decir, en 1821.

Ante tales incertidumbres sobre punto tan concreto y claro de la fecha del nacimiento, evoco la polémica que ahora traen entre manos algunos eruditos vascos sobre el lugar de nacimiento de Antonio de Guevara, el famoso Obispo de Mondoñedo, tan loado por Cervantes; y vistas las diversas hipótesis que traman y defienden desde sus posiciones respectivas hombres tan enterados de la Historia como el sabio académico señor don Julián de San Pelayo, el docto presbítero don Manuel de Casa López, el erudito prócer señor Lezama Leguizamón y el joven neófito de la erudición vasca mi amigo Fernando de la Quadra Salcedo *(Sabino de Ayala)*; vista,

(1) *Personajes ilustres.—Trueba; estudios biográficos,* por R. Becerro de Bengoa.—Madrid.—*La España Moderna,* sin fecha, según detestable costumbre de esa casa editorial.

por otra parte, la concluyente, franca y explícita declaración de Guevara mismo en una de sus cartas: «como nací en las Asturias de Santillana y no en el potro de Córdoba»... terrible declaración que Salcedo se sacude diciendo que es «locución proverbial», recordando por otra parte las palabras no menos nítidas y terminantes de su epitafio: *patria alavensis*... «alavés por la patria»... y comparando este hecho algo más lejano del natalicio de Guevara con el hecho más próximo de la fecha de nacimiento de Trueba, sobre la cual no pueden estar acordes los biógrafos, ya que no lo está el propio autobiografiado con su fe de bautismo, se me ocurre pensar en tesis general y epílogo de todo esto, que nada hay más incierto que la Historia, y que la única postura ante ella es la postura escéptica: de un escepticismo acataléptico y desesperado, como el que nos viene conmemorado en la célebre anécdota de Sir Walter Raleigh...

Sea lo que quiera de la fecha de su nacimiento, lo que nos importa al caso es que Trueba nació en el hondo y perfumado valle de las Encartaciones, y que a los pocos meses, tal vez al año de su edad, fué llevado desde Montellano en Galdames al vecino concejo de Sopuerta, jurisdicción de Santa Gadea, de donde era natural su padre don Manuel de Trueba, mientras que su madre Marta de la Quintana, era originaria de la parroquia donde le nació el hijo que había de ilustrar el apellido de la familia.

En Sopuerta se crió y asistió a la escuela de primeras letras, siendo sus maestros don Tomás de Santa Coloma y don José de Sagarmínaga, uno de los cuales, el último, era un venerable anciano de ochenta y nueve años, cuando Trueba escribía sus *Notas autobiográficas*, poco antes de su muerte.

Por cierto que estas *Notas autobiográficas*, que semejan a modo de un testamento literario, escrito en vísperas del trance final, ¡como que habla de su piadoso deseo de ser sacramentado, al cual se oponían los Galenos por creerlo prematuro! son de las páginas más curiosas de Trueba porque revelan en algunos una modalidad literaria de que estuvo siempre carente el autor de los *Cuentos campesinos:* la nota irónica, el humorismo. Entre bromas y veras, concluye la nota, advirtiendo la suma de enormes disparates que recojen a propósito de su persona los diccionarios de Bonillet y Vaperán «por haber sido yo tan memo que no les dirigí una cartita diciéndoles: Si, como es natural, me incluyen ustedes entre los contemporáneos ilustres, digan ustedes esto y lo otro y lo de más allá»...

Parece como si la Intrusa, al anunciar su visita, hubiera abierto en el sonriente e ingenuo Trueba una mueca sardónica del socarrón campesino del Norte...

El primer cuento de la colección *Cuentos de color de rosa*, que es sencillamente una página autobiográfica como él mismo ha confesado y sin haberlo confesado lo hubiéramos adivinado todos, el cuento titulado *Por qué hay un poeta más y un labrador menos*, puede servirnos para aclarar todo este período infantil de la vida de Trueba. Algo muy sugestivo y pintoresco nos dice también en sus *Notas autobiográficas:* «Cuando se cubrían de hoja los árboles que cercaban nuestro caserío de Santa Gadea, y de flores los cerezos que daban sombra a la fuente inmediata, y los mirlos y malvices se deshacían en cánticos amorosos en aquellas umbrías, yo sentía que algo extraordinario me *andaba por dentro* y experimentaba una mezcla singular de alegría que no acertaba a explicarme. «¡Yo no sé lo que tiene este pobrecito hijo mío!» decía mi madre haciéndose cargo de aquel estado un tanto alarmada. Y le replicaba mi padre: «¡Lo que tiene es que es hijo de su madre y no anda lejos de sucederle algo parecido a lo que a su madre le sucede cuando oyendo desde Santa Gadea el toque de las campanas de Montellano, traído por el viento del Norte mira hacia allá con ansia y se enjuga los ojos con el delantal!...»

La historia de esta segunda infancia de Trueba, triste y sentimental, como la de todos los niños artistas y precoces, que alarman a las familias, tiene, narrada por él, un aire de ternura y de ingenuidad que encanta. ¿No os parece estar leyendo la historia de todos los niños pobres y artistas? ¿No hay una frase de la madre de Trueba que recuerda literalmente otra frase que transcribe *Azorín* en *Las Confesiones de un pequeño filósofo*, la frase de aquel padre escolapio que decía siempre perplejo ante la actitud enigmática e inquietante del pequeño escolar: «¡Yo no sé lo que tiene este chico!»?...

La misma frase se oyó, sin duda, en casa de Schubert niño y de Musset adolescente. La misma frase habrá de oirse siempre en todas las familias de los niños precozmente poetas y artistas, menos en aquellas donde los padres eduquen al hijo para *niño prodigio*, para *monstruo precoz*, con el santo fin de sacarle el jugo a la precocidad, como ocurre en el caso de Mozart.

Fué Trueba uno de estos niños absolutamente precoces, aunque no alentado por el ambiente familiar, y lo que es más asombroso,

precoz en medio de una educación tan poco propicia al cultivo de las letras.

Cuando Trueba tenía quince años, ya escribía versos. «Cuando el día de fiesta iba yo a Montellano y en el campo de las casas se armaba baile, que dirigía mi prima Pepa, gran tañedora de pandereta y cantadora, mi prima me hacía ponerme a su lado y me apuntaba asuntos de cantares que yo reducía a verso». Esto revela la precocidad del poeta que pudo decir como Ovidio:

Quidquid tentabam dicere, versus erat...

Era inimitable su facilidad y su fluidez; tal vez por esto prodigó demasiado su Musa.

II

IDA A MADRID

«A la edad de quince años—cuenta el poeta—con motivo de tener la guerra civil trazas de durar algunos más y andar los carlistas a vueltas con que yo tenía ya la talla y teniéndola no importaba que no tuviera edad para manejar el fusil, me enviaron a Madrid mis padres, aunque los callos que tenía en las manos y el miñón o polvo rojo del mineral de hierro que tenía en la ropa, probaban que les hacía falta para manejar la azada y las layas y *andar a la venera* con mi mulita que, en unión de los bueyes, era la locomotora entonces...»

Ya le tenemos en Madrid, de fijo no muy contento con su suerte, a juzgar por las impresiones, que hemos de suponer autobiográficas, que describe en *El gabán y la chaqueta*, su única y bien deshilvanada novela, aplicándoselas al estudiante vascongado Martín, que no es otro sino él mismo, recordado a distancia e idealizado para desfigurar su tipo moral. (1)

(1) «Madrid es sencillamente un lugar de España donde se reúnen españoles de todos los lugares. Tiene, pues, Madrid lo bueno y lo malo de España y tienen los españoles que en Madrid se reunen lo bueno y lo malo de los españoles. Madrid gusta desde luego a los de las tierras llanas, donde el patriotismo, en vez de concentrarse en torno del corazón donde brota, se desparrama y aleja; y disgusta a los de las tierras montañosas, donde el patriotismo se concentra y detiene en torno de su manantial. Puede decirse que los de las tierras llanas no tienen rinconcillo nativo, porque allí la tierra no tiene regazos que Dios ha creado para las montañas, queriendo así dar a los montañeses, una dulce compensación de ventajas materiales que ha dado a los de la tierra llana. Así se explica el que la nostalgia sea patrimonio exclusivo de los montañeses.» *(El gabán y la chaqueta*, V, p. 107 y 108: Madrid, 1872.)

En la corte entró de humilde dependiente de un comercio de ferretería que sustentaba a su tío don José Manuel de la Quintana.

«En el comercio de ferretería primero, en la calle de Toledo, número 81, y luego en la de Espartero, número 11, permanecí cosa de diez años aprovechando el poco tiempo que me dejaban libre el trabajo y el sueño para echar algún añadido a lo que había aprendido en la escuela y los castañares de Sopuerta.»

El cultivo de las bellas letras no lo abandonó un momento. Su pasión por la literatura no era cosa que se desvaneciese en un día, en el contacto con menesteres más humildes. No sólo no lo abandonó, sino que se dedicó a él con más ahinco, prosiguiendo la ruta que había iniciado en Sopuerta, cuando se deleitaba en los romances de ciego que le traía su padre de las ferias, según nos cuenta en uno de sus mejores artículos: *Los romances de ciego*.

«Las coplas o romances de ciego eran una de las mayores delicias de mi niñez. Cuando mi padre iba a alguna feria, esperaba yo con impaciencia su regreso, porque sabía que me había de traer algún *nuevo y curioso romance*. Aunque volviese a las dos de la madrugada, me encontraba despierto esperándole, o mejor dicho, esperando las coplas; y tal acogida encontraban éstas en mí que no me dormía hasta que las aprendía de memoria o poco menos. Cantarlas y recitarlas era para mí el placer de los placeres.» (1)

Corren aquí unos cuantos años que el autobiógrafo deja pasar en silencio y de los cuales no sabemos nada, absolutamente nada, de los cuales no tenemos ni ligeros indicios. ¿Cuánto tiempo estuvo el mozo Trueba entregado al modesto oficio de dependiente de ferretería? ¿Qué vida llevó en esa época? ¿Qué libros leyó? ¿Qué amigos trató? ¿Qué amores tuvo?

Nada sabemos porque el autor no quiere decirnos nada sobre ese período oscuro e incierto de su vida. Bruscamente dice: «Por fin, dejé el comercio y me dediqué a la literatura...», con la alegría de quien despierta de un mal sueño, de una pesadilla, y abre los ojos a la luz clara de la realidad... Nada concreto sobre esos años de tristeza, de penalidades llevadas en silencio, de formación e incubación misteriosa del poeta, del artista... Nada sobre sus amoríos madrileños, sobre la nostalgia de Vizcaya; nada que ayude al biógrafo.

(1) *De flor en flor*, p. 273; Madrid, MDCCCLXXXII.

Súbitamente nos transporta a 1851—Trueba ya tiene treinta años; de los quince a los treinta su vida es algo desconocido y cavernoso—a la época en que es productor, en que publica sus primeros libros, *El Campeador* y *El Libro de los Cantares*, «que me valieron (dice) dos mil reales cada uno, y aún el segundo me costó, años después, algunos miles de reales para reivindicar su propiedad literaria, que el editor entendía haberla vendido por completo y no, como yo entendía, por una sola edición.»

El mozo del almacén de ferretería se ha transformado súbitamente en un aguerrido paladín de las letras, que va a tener el valor de romper la compacta muralla de hielo que en España separa al escritor del público y separaba entonces, de fijo, bastante más que hoy. El adolescente que llegó ilusionado desde los valles verdes de Vizcaya, va a convertirse en un escritor popular, leído, apreciado... ¿Qué se ha hecho de su juventud? De los quince a los treinta ¿qué ha sido de Trueba?...

No lo sabemos; ya está trocado de menestral modesto, en escritor público, como entonces se decía, en hombre que hablará al corazón y a la inteligencia de sus contemporáneos, en hombre cuya voz ha de ser oída y comentada... ¿Qué mago milagroso, qué inspirado taumaturgo, ha realizado esta metamórfosis? No puede ser otro sino el Estudio, con sus hermanas gemelas la Paciencia y la Tenacidad; una tenacidad inquebrantable que es característica de todo vasco de talento.

A más de productor de libros, Trueba se nos ha hecho periodista, triste y penosa ocupación siempre, más triste y más penosa en la época en que se inició el autor de *Cuentos de madres e hijos*, cuando un puñado de reales al mes pagaba a estos pobres forzados de los suburbios de las letras, cuando la condición de escritor y de periodista no se había dignificado como hoy, de suerte que puedan convivir con los restantes cultivadores de las múltiples profesiones liberales que integran una nación.

Entró Trueba en 1853 en la redacción de *La Correspondencia de España*, autógrafa, que luego pasó a ser tipográfica, prosperando y acreditándose en manos de su ilustrado y emprendedor propietario don Manuel María de Santa Ana. Allí permaneció cosa de nueve años, hasta 1862, alternando sus trabajos periodísticos con la publicación de diversos libros, entre ellos *Cuentos campesinos*, *Cuentos populares*, *Cuentos de color de rosa*.

Toda la historia de los comienzos literarios de Trueba es realmente conmovedora. Vemos al buen muchacho de quince años en Sopuerta amenazado con echarle encima el fusil por los carlistas del Concejo, que ya veían que daba la talla. Vemos a sus padres amedrentados enviándole a Madrid «aunque los callos que tenía en las manos y el miñón o polvo rojo del mineral de hierro que tenía en la ropa probaban que les hacía falta para manejar la azada y las layas y *andar a la venera con mi mulita.*» Le vemos luego adolescente soñador y estudioso, descentrado del mundo en que vivía, ejerciendo el modesto oficio de ferretero en Madrid y encontrando aún vagar y temple para el estudio, «aprovechando el poco tiempo que me dejaban libre el trabajo y el sueño para echar algún añadido a lo que había aprendido en la escuela y en los castañares de Sopuerta.» Le vemos en la Corte también humilde empleadillo con diez reales diarios de sueldo, viviendo en posadas misérrimas, y siempre soñando en la gloria que le confortaba.

La historia de la iniciación literaria de Trueba es uno de los ejemplos más instructivos para los jóvenes principiantes, que necesitan de modelos alentadores. Ni Alejandro Murray, el sabio filólogo inglés, ejerciendo el modesto oficio de pastor en su infancia, ni Schubert, granuja de tabernas aldeanas, oyendo en silencio las acordeones y los órganos de Berbería que murmuraban en los rincones sus desafinadas melodías para sentir afición a la música y llegar a ser el autor de las bellísimas *Serenatas;* Benvenuto Cellini, tocando en su infancia melancólicamente la trompa en una charanga de pueblo, para llegar a ser el maravilloso orfebre que hoy admiramos; Claudio Lorena, pinche de cocina antes de ser el pintor supremo del paisaje francés; Giotto, zagal de pastor; Trueba, oficial de una modesta ferretería; he aquí ejemplos a la vez consoladores y conmovedores para la juventud...

Trueba no se desanimó por sus comienzos oscuros; sabía que sólo se obtiene el premio por la perseverancia, que la recompensa de la gloria se concede siempre al que la persigue con más tenacidad, con más paciencia, con más ahinco; y de ese período triste e inglorioso de su juventud extrajo materia artística para cantar luego los hombres modestos, las mujeres sencillas, las vidas humildes...

He aquí la lección que nos dá Trueba con su vida sencilla y laboriosa, primero de menestral, luego de burócrata, siempre de trabajador infatigable... Sólo con el trabajo venció Trueba in-

diferencias del público, inconsciencias de la educación primera.

Accidentes exteriores de la vida de Trueba, alternados con sus ocupaciones de periodista y de escritor fecundísimo, pocos podemos registrar. Fué hombre de vida muy apacible y sencilla. Con razón decía al excusarse de escribir sus *Notas autobiográficas*: «Entiendo que tratándose de persona de vida tan poco romancesca y accidentada como la mía...» Y luego añade: «No sé quién ha dicho que son verdaderamente dichosos los pueblos que no tienen historia. Si esto reza con las personas, yo debo ser muy dichoso, porque mirada mi vida por fuera, casi, casi es la del más vulgar e inhistoriable de los mortales...»

Así es. Trueba fué en este sentido, un héroe de novela realista, un hombre obscuro y vulgar que hubiera sido historiado y poematizado sólo por la fuerte y poderosa intuición artística de un Balzac. Como Antonio Borín, no tiene en su vida episodios *terribles*. Se podría decir de él como del más simple burócrata: Leyó, asistió a la oficina puntualmente, casó, tuvo una hija...

Casó en principios de 1859 con doña Teresa de Prado de la que enviudó en 1883, quedándole como única sucesora su hija Ascensión, la que él contaba con que fuera su heredera dándola en dote sus libros coleccionados en obras completas, si no le hubiese destruído el plan la sórdida avaricia del opulento editor de Leipzig señor Blockhaus, que se encargó «de privarme de este consuelo (dice con amargura el propio Trueba) reimprimiendo la mayor parte de los míos e inundando con ellos la América latina, que era el principal mercado con que yo contaba, sin que después le haya importado un bledo el que al acudir a los tribunales de Berlín, querellándose de que los honrados autores alemanes, por propio y espontáneo sentimiento de decoro, le hubiesen afeado aquel proceder para conmigo, aquellos tribunales hayan declarado que, si bien las leyes no les autorizaban a imponer mayor castigo al Sr. Blockhaus, por existir tratado de propiedad literaria entre Alemania y España, cumplían un deber de conciencia declarando que el editor de Leipzig había faltado a deberes de probidad que debía lamentar la honradez alemana.»

Insiste mucho Trueba, a lo largo de sus *Notas autobiográficas*, como un fatal y doloroso ritornelo, en el escaso lucro que le ha proporcionado la literatura. En uno de los primeros párrafos dice: «... Y me dediqué a la literatura porque esto era en mí vicio irre-

sistible iniciado aún antes de abandonar a Vizcaya. Y de esto vicio me hubiera dejado arrastrar aún sabiendo lo que ahora sé y entonces ignoraba, o sea que a principios de 1889 se puede decir en España lo que Fígaro decía en 1836, o sea que la literatura es aquí un modo de vivir con que no se puede vivir.»

Más adelante con más dolorida amargura, ocupándose del regalo espléndido de una casa edificada en Bilbao que querían regalarle sus paisanos los vasco-navarros residentes en la Argentina, Paraguay y Uruguay, dice con acento de gratitud: «Queriendo que muera relativamente rico el que siempre vivió pobre, a pesar de haber escrito treinta libros y dejado materia dispersa para muchos más.» . . . .
. . . .

III

VUELTA A BILBAO

Treinta y ocho años de edad contaba Trueba cuando, asegurada, dentro de la precaria y miserable vida del periodista español de entonces, su independencia económica, se unió en matrimonio a la honesta Teresa que había de acompañarle hasta los primeros años de su vejez.

Recién efectuado el matrimonio, a guisa de viaje de bodas por su tierra nativa, tuvo Trueba la alegría de poder realizar una excursión a su amado y soñado caserío de Montellano. Jamás amaneció para Trueba día más bello que aquel en que tenía la seguridad de saludar su aldea natal y de contemplar otra vez los amables paisajes que sus ojos vieron de niño...

¡Con qué emoción anunciaba su regreso a la tierra natal en la dedicatoria a su esposa Teresa, de los *Cuentos de color de rosa!* «¡En el momento en que esto te digo, a ambos nos sonríe la esperanza más hermosa de mi vida: antes que el sol canicular marchite las flores que están brotando, refrescarán nuestra frente las auras de las Encartaciones! El noble y sencillo anciano que ya se honra y te

honra dándote el nombre de hija, recorre alborozado la aldea, y con el rostro bañado en lágrimas de regocijo, dice a los compañeros de mi infancia:—¡Mis hijos vienen! ¡Mi hijo vuelve a saludar estos valles con el ardiente amor que les tenía al darles la despedida más de veinte años ha! Y los compañeros de mi infancia que, como yo, siguen la jornada de la vida glorificando a Dios, que les da aliento para no desmayar en ella, participan del regocijo de nuestro padre.» (1)

Para Trueba constituía un motivo de júbilo, una fiesta espiritual única, el encanto de contemplar de nuevo el pintoresco rincón de las Encartaciones donde vió la luz...

Una nota predominante del carácter de Trueba era el instintivo recelo de los países extraños, el culto del hogar nativo, la ninguna afición a los viajes. Hubiera podido decir como el lema clásico de los felibres provenzales: «Yo amo a mi aldea más que a tu aldea; yo amo a mi provincia más que a tu provincia»... Era nativamente casero, apegado al terruño, desdeñoso de las tierras extrañas. Hubiese cifrado su orgullo en decir con el verso español:

Feliz aquel que no ha visto
más río que el de su patria...

Sentía un gran pavor, un pavor de hombre rústico, por los viajes y por los viajeros. Consideraba como una verdadera desgracia estar alejado de la patria natal. Un día, estando en París el simpático escritor de la época Julio Nombela, hoy venerable anciano, archivo y cofre de recuerdos preciosos para la literatura patria, que ha recopilado en sus Memorias, le escribió en una carta estas palabras, que en pluma de otro serían un sarcasmo humorístico y en pluma de Trueba, todo candor y buena fe, eran expresión de su alma sincera: «Tengo a usted lástima por muy feliz que sea, porque no comprendo que uno pueda serlo lejos de su patria.» (1861).

¿Concebís en un alma moderna este arranque sincero de dolor? ¿Os imagináis en un literato de la época actual un rasgo de esta índole, a no ser a guisa de ironía? Ciertamente que no. Pero sí lo concebiréis perfectamente en Antonio de Trueba, hombre de una pieza, hombre compenetrado con el solar nativo.

---

(1) *Cuentos de color de rosa*, p. 1 y 2 (*Obras de don Antonio de Trueba*, tomo IV, 1905.—Madrid.)

Así se explica que en toda su vida quisiera ni buscara ocasión de salir de España; y de habérselo permitido su independencia económica, ni de su amada villa de Bilbao hubiera salido jamás, no ansiando ver más horizontes que el horizonte que cierra la cordillera de Triano. Si hubo de salir de su patria, fué—de niño—hostigado por sus padres, que no le querían ver caer víctima de las balas cristinas y atraillado en las huestes carlistas; de hombre, acuciado por el deseo de acrecentar su bienestar económico y consolidar su situación, cuando ya tenía a su cargo una familia por él formada...

Rarement a courir le monde devient-on plus homme de bien, dijo una vez Paul-Louis Courier, el gran *pamphletaire* francés (1) y tal vez esa misma opinión, sin conocerla, profesaba Trueba. Lo cierto es que no veía con simpatía a los que se iban a correr tierras extrañas. Nótese, a título de observación pasajera y sin que lo queramos dar por descubrimiento crítico ni clave de motivos psicológicos, el hecho de que otro insigne vasco contemporáneo, don Miguel de Unamuno, profesa en práctica y teoría las mismas opiniones de Trueba en este particular y mira con recelo y horror todo conocimiento y experiencia adquiridos en los viajes. No pongo, al aducir este hecho, intención de paralelismo ni menos conatos de deducción crítica.

Pero sí es chocante la curiosa coincidencia o convergencia en este punto de dos ingenios vascos, tan disímiles, tan opuestos y tan poco afines en ideas, sentimiento, educación, cultura, etc. Don Miguel de Unamuno ha perseguido con sus rechiflas y sátiras—no de otro modo que lo hubiera hecho en su caso Trueba, con más modesto lenguaje y más triviales conceptos, sin duda alguna—a los llamados *europeizantes*, a cuantos han ido a mercar fuera de su patria la ciencia y la cultura que aquí pueden hallarse si se buscan en los senos escondidos de la madre Patria. *Quærens, invenies*...

Un solo viaje al extranjero hizo en su temprana juventud don Miguel de Unamuno (2), cuando un tío suyo le llevó a recorrer Francia e Italia; y no he conocido escritor en quien menos rastro haya dejado esa excursión, que menos haya pedanteado en sus es-

(1) *Chefs d'œuvre de Paul-Louis Courier*, tomo I, *Lettres au Redacteur du Censeur*, lettre VII, p. 45.

(2) Tengo esta referencia, cuya autenticidad a él encomiendo, del culto bilbaíno don Pedro Eguileor, tan amante de las Bellas Letras como agradable camarada de todos sus cultivadores, amigo del Rector de Salamanca desde sus tiernos años y que como pocos, ha contribuído a suavizar el ambiente hostil que a ratos tuvo Unamuno en su propia patria.

critos a costa de ella y que más vivo y cálido haya mantenido el culto al rincón nativo y haya repartido sus amores serenos de vasco entre Bilbao, su villa natal, y Salamanca, su ciudad adoptiva, la Meca ideal de su espíritu inquieto y errabundo... en el mundo del pensamiento y no ciertamente en el mundo de la geografía. Unamuno ha rehuído siempre los viajes y los ha sustituído con «esos viajes que llamamos lecturas»...

* * *

En Antonio de Trueba se duplicaba la alegría de volver a su valle natal por el hecho de haber estado ausente de él desde la infancia, desde que la situación modesta de sus padres le había lanzado al *piélago proceloso* de Madrid (como decían los escritores de la época), a luchar por la vida, como un pequeño *struggle-forlifer,* como un héroe diminuto de novelas de Dickens o de Daudet...

Desde esa época lejana no había vuelto a pisar el valle nativo, y así ¡qué intensa emoción no sería la suya!... Todavía le duraba el perfume y el encanto un año después. Entonces escribía con ternura en la dedicatoria de los *Cuentos campesinos* a don Carmelo Puyol: «Hace poco más de un año me hallaba yo en ese valle, en el valle donde nací y adonde no había vuelto desde que le abandoné en mi niñez...» (1)

Y fué tal el encanto de Trueba en el regreso a la tierra natal, que no quiso ya más salir de ella. Feliz y contento entre sus amigos de infancia,

oh'ebbe compagni intra di quei dell'etá piú bella.

como cantó Leopardi, cuando tres mil paisanos suyos pidieron en respetuoso mensaje a la Diputación Foral que Trueba fuera nombrado cronista y archivero del Señorío, fué para él un día de gloria. La única gloria que ansiaba en realidad era la gloria regional, la gloria del horizonte enmarcado por los montes que ciñen a Bilbao en una sombra de paz y de riqueza... Jamás había amado otra vida que la dulce vida campestre, en la cual se estaba recreando con su

(1) *Obras de don Antonio de Trueba*, tomo V. (Madrid, 1905.)

esposa durante aquel viaje idílico. Pudo cantar él con más ferviente sinceridad que Lorenzo de Médicis:

Cerchi chi vuo le pompe e gli alti onore,
le piazze, i tempii e gli edifizi magni,
le delizie, il tesor, quale acompagni
mille duri pensier, mille dolori...
Un verde praticel pien di sei fiori
un rivolo che l'erba intorno bagni,
un angelletto che d'amor si lagni,
acqueta molto meglio i nostri ardori...

La amable vida provinciana, con el modesto empleo que le brindaban en la Diputación vizcaína, con la cercanía del caserío de Montellano para pasar allí los domingos, con la proximidad de la casa paterna, le tentó decisivamente y desoyendo los consejos de sus compañeros de letras en la Corte, Eguiluz, Castro y Serrano, Bustillo, Luque y Arnao, «que veían con pena que iba a sepultarse en un lejano rincón de la península, sin horizonte alguno, aquel popular y querido poeta y escritor, cuya reputación, perfectamente cimentada, podía servirle de base para lograr en Madrid un próximo y hermoso porvenir», (1) se decidió a jugar el todo por el todo y aceptó el cargo doble de cronista y archivero del Señorío de Vizcaya, para el cual le votaron ardientemente casi todos los dignísimos representantes.

Nunca un escritor se honró más con galardón alguno que Trueba con sus cargos, de por sí brillantes y apetecibles por la representación que conferían, aunque en su remuneración fuesen modestísimos. Nunca tampoco corporación alguna dió tan altísimo ejemplo de agradecimiento y de simpatía a un hombre de letras que, como Trueba, había dedicado toda su vida y toda la inspiración de su númen a cantar las costumbres, las tradiciones, los fueros, las pragmáticas, en suma, los florones de la diadema de Vasconia.

(1) Becerro de Bengoa: *Trueba; Estudio biográfico,* II, p. 28.

IV

SU CARGO EN LA DIPUTACIÓN:

LA GUERRA CIVIL

Estamos en el momento culminante de la vida de Trueba. Para él, hombre de modestas aspiraciones, no ansioso de lucros imposibles, sin delirios tantálicos de gloria, la fortuna le había sonreído con la más plena y divina de sus sonrisas...

Había llegado a adquirir cierto renombre en Madrid; era amigo de los principales ingenios de la Corte; había encontrado una esposa amante y virtuosa; Vizcaya, su tierra natal, le ceñía la frente de laurel; tenía asegurada su independencia económica; le brindaban los honrosos cargos de cronista y archivero del Señorío...

Sin embargo, su conciencia de hombre honrado le insinuaba algunos ligeros escrúpulos. El no conocía ni de oídas la paleografía ni la epigrafía ni la numismática; él no tenía de historia más que unas nociones generales, aprendidas en la escuela de primeras letras de Montellano y corroboradas luego en el autodidactismo forzoso que su vocación literaria le había impuesto...

¿Cómo cumplir a la perfección su cargo?... ¿Qué competencia había de alegar para él? ¿No era quizá un lazo tendido por sus enemigos para desacreditarle? Tal pensó en Madrid al recibir la noticia con una alegría mezclada de amargura; y así decidió dirigirse en consejo a un sabio y respetado maestro.

En 29 de Julio de 1862 cuando se celebraron juntas generales en Vizcaya a la sombra del árbol de Guernica, «el árbol de nuestras sacrosantas libertades», como se dice aún hoy en Vasconia, Antonio de Trueba recibió un telegrama anunciándole que el Señorío de Vizcaya le había nombrado por aclamación *archivero* y *cronista*, a propuesta de varios apoderados que sabían que se iba a dar cuenta de una exposición o mensaje con más de dos mil firmas. Aceptó Trueba inmediatamente la comisión, encantado de la honra que le

confiaba su patria natal. La aceptó en principio; pero luego... ¡qué conflicto a solas!...

Hartzensbusch, que era gran amigo suyo, le disuadió de este propósito. «Usted (le dijo) debe permanecer en Madrid porque es el centro de la vida literaria, y no en manera alguna sacrificar al nobilísimo sentimiento de amor al rinconcillo nativo un porvenir que ya se inicia florido, pues obtiene usted de sus trabajos literarios cuanto es posible conseguir de estos trabajos en España y ya su *Libro de los cantares* y sus *Cuentos de color de rosa* corren por Europa traducidos en lenguas extranjeras.»

La advertencia prudente y bien intencionada del maestro hizo fluctuar el ánimo de Trueba. Y entonces decidió volver de su acuerdo y rehusar con toda cortesía el cargo que le brindaban tan generosamente sus paisanos y que él, ébrio de alegría en los primeros instantes por el honor conferido, se había apresurado a aceptar.

Este rasgo de modestia es muy característico del cantor de Vizcaya.

Cuando Trueba, con modestia admirable, con modestia genuinamente vasca—porque uno de los caracteres distintivos del vasco es su modestia exagerada, esto que les hace a todos un poco *fámulos de jesuítas*, como dice el brioso joven Ramón de Basterra—cuando Trueba se excusó de aceptar el cargo de archivero y cronista, alegando con razón su falta de conocimientos especiales en Historia, Paleografía y Epigrafía, los diputados generales don Antonio López de la Calle y Juan López de Jaúregui le confortaron y animaron con estas sencillas y consoladoras palabras: «Nadie es más competente que usted para comprender sus deberes y corresponder a ellos; lo único que nosotros podemos decirle es que el Señorío, sabedor de que uno de sus hijos deseaba vivir en su seno y consagrarse en él al cultivo de las Bellas Letras, ha querido proporcionarle una pensión decorosa, aunque modesta, para que pueda realizar este propósito».

Se trataba, pues, en puridad, de una gentileza de la Diputación general. No se exigía al cuentista ya afamado que llevase con toda escrupulosidad los libros y archivos donde se guardaban, como en arca santa, los privilegios euskéricos; no se le pedían conocimientos en todas las ciencias auxiliares de la Historia para desempeñar con perfección su cometido; no se reclamaban de él servicios de erudito y de arqueólogo; no se le suplicaba que escribiese estudios especia-

les de investigación sobre el país vasco, para lo cual ya habrían de venir después de él hombres capaces, disciplinados por la cultura, como el venerable cronista don Carmelo de Echegaray y mi excelente amigo el erudito don Teófilo Guiard, autor de la magnífica *Historia del consulado de la villa de Bilbao.*

Se le honraba simplemente, por su loable esfuerzo en cantar las tradiciones y las costumbres vascas, si no con pluma sagaz y minuciosa de erudito, con inspiración de poeta; se le honraba, digo, con una pensión decorosa aunque modesta. La Diputación general oficiaba de Mecenas; conocedora de las penurias económicas porque atravesaba entonces en España el escritor público, quiso ahorrarle a Trueba el descrédito de una bohemia trabajosa en Madrid, quiso evitarle las angustias de la lucha con los editores hostiles y con el público indiferente, quiso que la vida le sonriera y no le acribillara con sus agudas espinas.

Ya que él no había adoptado la teoría de Alfieri o de don Juan Valera, de no contar jamás con las letras como rendimiento cardinal, eje y sostén de una vida, la Diputacióu General, magnánimamente, quiso corregir el error de la vocación ardiente de Trueba en su adolescencia. ¡Loable ejemplo que pocas veces imitan las Corporaciones y que no pueden menos de aplaudir todos los amantes del Arte!...

No fueron infructíferas ni baldías las gentiles obsequiosidades de la Junta general; no fueron estériles para Trueba aquellos años de paz y de recogimiento. No se entregó tan sólo a pueriles devaneos retóricos ni a redactar páginas literarias; también contribuyó al despertar de los estudios de las instituciones sociales en Vizcaya con aquel *Bosquejo de la organización social de Vizcaya* que presentó en 1857 al jurado de la Exposición Universal de París, por indicación y orden de la Diputación General. El señor Conde de Mariana, Comisario Regio del Gobierno de S. M. en la Exposición, logró mención honorífica para las Provincias Vascongadas, y esto se debió al trabajo de Trueba que además, según nos cuenta él mismo en sus *Notas autobiográficas,* (1) «mereció la honra de ser objeto de luminosas discusiones en la *Sociedad de Economía Internacional,* que completó aquel trabajo con una correspondencia que sostuve con el señor Conde y con el ilustre economista Mr. Le Play.»

(1) Publicadas en *La Ilustración Española y Americana,* 30 de Enero de 1889.

También fué utilísimo a la Diputación General del país ejerciendo el cargo de cronista de las tres provincias hermanas en el viaje de la reina doña Isabel en 1865. Hizo el recorrido triunfal de la reina y dejó bien escrita la crónica de esa excursión, gozando a la vez sus ojos de artista, su fantasía de poeta, su pasión de enamorado de la tierra vizcaína y su conciencia de hombre cumplidor de su deber, recorriendo las tres provincias vascas y sirviendo a la reina de *cicerone*, como celoso empleado oficial.

«Realmente,—dice Becerro de Bengoa, en su documentada biografía (1)—aquel período de 1862 a 1872 fué el más feliz de su vida. Lleno de salud, embelesado con su hija Ascensión, rodeado de sus amigos, visitado constantemente por sus convecinos y condiscípulos de Sopuerta y de Galdames, contemplando dichosa a su tierra o en el goce de sus libertades y en la práctica de sus patriarcales costumbres, sintiéndose en la plenitud de sus facultades, escribía a todas horas y aprovechaba los días de fiesta para recorrer las orillas de la ría, para subir a Begoña, a Echévarri o a las cumbres de Archanda, y distinguir desde ellas las hondonadas de Leza o de Zamudio, en las vertientes del Asúa; para seguir por el Ibaizábal arriba, por las angosturas de los Caños, por las arboledas de la campa o por el barrio de la Peña; para internarse en las soledades de Iturrigorri, y otras veces, cuando los días de vacación se encadenaban, para hacer sus ansiadas visitas a la tierra de los Cuatro Concejos, a las faldas de Triano y de las Muñecas, a Montellano, a Mercadillo, a Loizaga y a Avellaneda, a aquellos lugares que recorrió de niño y cuya imagen parece que no se borró nunca de su retina ni de su imaginación durante los veinticinco años en que vivió lejos de ellos.»

La vida le reservaba, sin embargo, horas más amargas que estas horas dulces de dicha familiar en la región natal. Por una parte, la literatura entonces daba mal de vivir. Trueba no podía sostenerse ni aún con su decoroso sueldo de cronista y archivero. Sus dos primeros libros, *El Cid campeador* y *El libro de los cantares* le habían valido solo ¡dos mil reales cada uno! Ahora como la familia aumentaba, tuvo que aumentar sus gastos. A primeros de Septiembre de 1873 se vió precisado a pedir permiso a la Diputación general para trasladarse a Madrid con toda su familia, con el fin de acrecer sus

(1) *Trueba: Estudio biográfico*, III p. 33.

emolumentos con las colaboraciones literarias que allí podría conseguir. La Diputación general accedió magnánimamente y le concedió autorización para trasladarse a la Corte. El digno Antón correspondió bien cumplidamente a la benevolencia de la Diputación.

Al terminar la guerra civil, las arcas provinciales habían quedado exhaustas. Comprendiéndolo así, con una singular delicadeza, *Antón el de los cantares* no se apresuró a pedir que le reintegraran en su cargo por no agravar la difícil situación en que se hallaba el erario de las tres provincias hermanas.

La Diputación, no obstante, procedió con la gentileza que es usual en tan nobilísima y vital representación del país vasco, y reintegró en su cargo de cronista y archivero a Trueba. Con mucha justicia y razón podía escribir el cronista, que siempre había vivido en la mejor de las harmonías con la Representación de las tres provincias. «Hasta en sus últimas juntas generales, me prodigó el Señorío testimonios de su indulgente estimación honrándome con la dignidad de padre de la Provincia, declarando que estaba satisfecho de mi lealtad y servicios.»

Uno y otro podían estar satisfechos recíprocamente. Ni la Diputación podía haber sido más gentil y obsequiosa con Trueba ni el escritor más agradecido con la Diputación. Se completaban mútuamente en afecto y en servicialidad.

La instancia dirigida a don Alfonso XII para que negare su sanción a la ley de 21 de Julio de 1876 había sido redactada por Trueba, a quien le había encomendado este honroso encargo la Representación de las tres provincias... Trueba no era, pues, como sus enemigos quizá querían dar a entender, un parásito que se agarraba a las ubres antes pomposas, luego exhaustas, de la Representación de las tres provincias, para vivir a costa de ellas.

Con gran altivez de vasco, narra cómo durante el tiempo que duró la segunda guerra civil permaneció en la Corte sin reclamar a la Diputación su cargo por no aumentar las dificultades que la rodeaban en tan triste período, «durante el cual viví de acuerdo y en constante correspondencia con las Representaciones legítimas de las tres provincias hermanas.» Y añade, como un buen hidalgo español ¡oh momento inefable de exaltación de la raza!: «Al llegar aquí debiera yo decir, si no rezara con todos el *modestia se le supone,* que pudiera haber vuelto hecho un excelentísimo señor, y preferí volver como había ido, hecho un buen vizcaíno.» He

aquí el rasgo de la raza, indomable y fiera, de la raza que ya exaltó el viejo poeta latino, cantándola incapaz de «soportar nuestro yugo»...

Cantabrum indoctum juga ferre nostra...

He aquí el cántabro, el hombre del Norte, humilde sobre la tierra madre, ante la cual amorosamente se inclina y enhiesto, arrogante ante los poderes constituídos. ¡Con qué gesto más cantábrico comenta luego Trueba!... «Hasta en sus últimas Juntas generales me prodigó el Señorío testimonios de indulgente estimación, honrándome con su dignidad de Padre de la Provincia, declarando que estaba satisfecho de mi lealtad y servicios, *lo que para mí vale más que todas las cruces y calvarios y todos los mimos palatinos posteriores a la proclama de Somorrostro.»*

Ha de anotarse, para que la Historia reconocida le bendiga, un nombre: el de un gobernador, integérrimo y puro como pocos que, si mal aconsejado primeramente se apresuró a firmar la destitución de Trueba, el laborioso y anciano poeta, que no había hecho daño a nadie y que tenía, sin embargo, como todo escritor, enemigos envidiosos, rectificó luego noblemente su yerro.

Cuando se le acusó y tildó de carlista, destituyéndole ignominiosamente en su cargo de archivero, fué el Gobernador civil, el honorable don Camilo Benito de Lugo, quien informándose escrupulosamente, borró sin dejar rastro la calumniosa imputación y le reintegró en su puesto, conservándole por lo menos el cargo y título de cronista, ya que, mal aconsejado, le había despojado del de archivero.

Dos años había pasado el poeta *desterrado* (como dice Becerro de Bengoa con gráfica frase) en Madrid. Por entonces fueron sus amigos—y no decimos por aquel entonces para no recibir desde las regiones donde mora, el anatema del alma del poeta, que tanto aborrecía y con tan donosas razones execró ese galicismo—los escritores Frontaura, a cuya casa acudía a diario y con el cual colaboró en el chispeante semanario *El Cascabel*, que avaloraba el lápiz certero y artista de Ortego; Ossocio y Bernard, tan popular en esa época; Narciso Serra, el supremamente popular y gracioso comediógrafo, ingeniosísimo y salado en sus anécdotas, aunque hoy inaguantable por sus ripios; Teodoro Guerrero, autor de algunas novelas que por entonces fueron muy estimadas; Ricardo Sepúlveda, costumbrista de gran ingenio y cultura, escritor, cuyas obras aún pueden leerse con gusto y sin tedio...

V

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Regresó Trueba a Bilbao apenas terminada la funesta guerra civil que por segunda vez había ensangrentado los verdes valles de las tres provincias hermanas. Entregóse con alma y vida a las letras y al cuidado de su hija, tierna niña que le había quedado para consuelo de su viudez prematura. Adoraba en Ascensión y en sus nietecillos, cuando la hija, casada en 1886 con el abogado y catedrático del Instituto Vizcaíno, de distinguida familia pamplonesa don Julián de Irurozqui, que fué asesor letrado de la Comandancia de Marina del Puerto y por quien sentía Trueba una predilección paterna.

Repetidas veces le nombra en sus trabajos, y en sus «Notas autobiográficas» hace constar con cierta admiración algo ingenua, de rústico, que «nuestro» Julián era hombre letrado, como que «asistió a las cátedras de la Sorbona por espacio de un año para ampliar sus conocimientos de lengua y literatura francesas.» (1)

Rodeado de sus nietecitos Inés, de dos años y medio en 1889, y Fernando, de cinco meses, con los que sólo tuvo la fortuna de convivir dos años, y adorado por su hija y su yerno, vivió tranquilo y feliz en su amada villa de Bilbao, realizando el ideal de abuelo bondadoso y protector, para el que Víctor Hugo hubiera escrito *L'art d' être grand-père.*

Por entonces sostuvo asidua colaboración en sus dos periódicos predilectos: *La Ilustración Española y Americana* y *El Noticiero Bilbaíno.* En este diario, que es hoy el decano de los de Bilbao y que apenas conserva vestigios del esplendor pasado y que fué, en tiempos, el portavoz de las aspiraciones de Vizcaya, cuando el em-

(1) Fué él probablemente quien le ayudó a traducir los trabajos que se publicaron en el extranjero sobre su obra, pues Trueba era hombre «monóglota» que apenas conocía sino el castellano y a medias el vascuence. En especial se advierte la mano de Irurozqui en la traducción, muy esmerada por cierto, del estudio que Mr. Luis Lande dedicó a Trueba en la *Revue de Deux Mondes* y que va de apéndice a los «Cuentos del hogar.» (Tomo VII de las *Obras completas de D. Antonio de Trueba*).

prendedor don Sabino de Goicoechea publicó algunos de sus más interesantes artículos de leyendas, tradiciones y genealogías vascas (1), sin contar todos aquellos sobre política de momento o cuestiones palpitantes, que no firmaba.

En *La Ilustración Española y Americana*, movido por la cordial amistad que le unió siempre con su fundador don Abelardo de Carlos, prodigó los artículos y poesías (2) y todavía mes y medio antes de morir, cuando ya él quería ser sacramentado y los médicos, «obedeciendo a deberes de su conciencia», se negaban a autorizarle, publicaba allí sus curiosas *Notas autobiográficas* a las que tantas veces me he referido.

Bien amarga y claramente presentía su fin al pedir los auxilios cristianos puesto que, si se hubiera descuidado un poco, resulta póstuma la autobiografía. La escribía en 10 de Enero de 1889; se publicaba en 30 del mismo mes; justamente a los dos meses de escrita y fechada, moría Trueba, en 10 de Marzo de 1889.

Todo Bilbao lloró de verdad su muerte, porque era Trueba hombre tan bueno y apacible, de costumbres tan morigeradas, tan enemigo de la murmuración y de la sátira, («era tan extremadamente cuidadoso de la honra en todas sus acciones y del buen crédito de los demás», dice Becerro de Bengoa), que, como jamás hizo daño a nadie, nadie le podía querer mal.

(1) Becerro de Bengoa hace una detallada bibliografía de todos ellos, siguiendo una clasificación metódica. El hijo político de Trueba, Irurozqui, también hizo una acertada clasificación de las obras de su suegro. Don Juan E. Delmas publicó en *El Noticiero Bilbaino*, a raíz de la muerte de Trueba, una no menos detallada bibliografía.

(2) He aquí los que se registran en las colecciones de la popular revista, donde por entonces colaboraba lo más granado de la intelectualidad española y que hoy ha venido tan a menos, a punto de ser una revista ñoña e ilegible de salón, completamente fuera de la órbita de acción de la vida moderna y de los adelantos que exige nuestra época a las revistas ilustradas.

Históricos.—Iturriza historiador y peregrino, Las ferrerías de Cantabria, Los sepulcros de Cantabria, El sepulcro del Príncipe León en Arrigorriaga, El valle de Mañaria, Oriundez de Elcano, Elcano, Laguardia, Somorrostro, Torre de Bilbao la Vieja, El averiguador de nuestros aborígenes, La visión de las Muñecas, Venezuela y los Vascos, El caballero de Rojas, Flaviobriga, El árbol de Arbieto, Lope García de Salazar, Los Fajardos, Antigüedades de Castro-Urdiales, Fenómeno geográfico en Vizcaya.

Crítica.—Fábulas nuevas, El ten ten: Eguilaz, su vida y su muerte, Recuerdos de un español ilustre, Tesoro literario (don Mariano de Eguía), Un documento literario.

Cuentos, artículos de costumbres, etcétera.—La cabra negra, La parte del león, Los minómanos, El rico y el pobre, La viña mágica, El desarrollo del mundo, La verdad, La mejor lotería, La señal de la coz.

Poesías.—La libertad, La elección de rey (sátira), Acaféfila (sátira), Landáburu, La niña y el marinero, Recuerdos, Regazos patrios, El paraíso moderno (romances vizcainos). Traducción de la oda a Calderón del gran poeta eúskaro Felipe de Arrese.

La mayoría de estos trabajos (los de prosa) se coleccionaron luego en el librito titulado *De flor en flor*, que le publicó la misma casa editorial de *La Ilustración Española y Americana*.

Tuvo polémicas con algunos escritores contemporáneos suyos; rebatió algunas afirmaciones (en especial del erudito vasco don Nicolás de Soraluce), pero jamás mordió a nadie con delectación maligna ni atacó con los emponzoñados dardos de la ironía. Algún joven iconoclasta, con ese ímpetu de acometividad que hacen las generaciones nuevas y que es necesario, aunque doloroso, para la renovación de la vida y de la cultura, le atacó rudamente; pero él apenas le contestó con un «acuse de recibo», displicente y sereno, en alguno de sus prólogos.

Fué desaliñado y poco pulcro en el vestir; «tenía el aspecto de un aldeano vestido de señor humilde», dice su mejor biógrafo; jamás se cuidó de su atavío ni tampoco buscó el roce con la sociedad elegante, con lo que hoy llamaríamos la gente «bien», el corro *chic*, que ya abundaba tanto en Bilbao.

Monsieur Luis Lande al anotar esto, viendo las cosas con su visión neta de francés, siempre dado al boato y a la vida elegante, le reprocha demasiado acremente por su desmedida afición y convivencia con el pueblo, contra lo cual se revuelve en una nota el buen Trueba (Apéndice de los *Cuentos del Hogar*) haciendo constar que no es un entusiasta e incondicional defensor del pueblo, a no ser entendido a la manera amplia que lo entendió nuestro rey Sabio en sus *Partidas*—y que lo entendía en Francia, agrego yo, un Michelet en una célebre frase—y que los gestos y las costumbres de gran parte de ese que se llamaba pueblo le eran, hablando en puridad, «sumamente antipáticas.»

De todos modos, como el fué tan bueno, le amaron todos: los que no le conocieron—es decir, la clase alta con quien no trató—por la admiración y lectura de sus obras, y por las referencias que tenían de su vida ordenada y sencilla; los que le conocían y frecuentaban, por agradecimiento a su modestia, afable trato y sencillez.

Fué siempre un perfecto caballero sin pretensiones de hidalguía; un católico neto, español, castizo, sin beatería ni clericalismo a pesar del mote de *neocatólico* que le colgó Mañé y Flaquer, el veterano periodista, director del «Diario de Barcelona,» y de que él se sacudía con cierto repulgo en su novela *El gabán y la chaqueta;* un probo y escrupuloso burócrata, que cumplió siempre plenamente sus deberes con los que le protegían; un intachable esposo y un venerable padre de familia, que jamás dió escándalos ni mal ejemplo a nadie; y un escritor honrado y casto, que quiso llevar su lite-

ratura por buenos senderos de realismo puro y de ejemplaridad para sus lectores.

Puede resumirse su casta, sencilla y fecunda vida, que estuvo toda entregada al arte, a la familia y a los deberes cívicos, en estas piadosas y simples palabras que nuestros padres solían usar en las necrologías: Vivió y murió en la paz del Señor.





II

EL ESTILO DE TRUEBA

SU FALTA DE CULTURA CLÁSICA. — DEFICIENCIAS DE SU EDUCACIÓN. — EL IDEAL DE TRUEBA EN SU ESTILO. — SUS AFIRMACIONES SOBRE ESTE PARTICULAR. — COMPARACIÓN CON OTROS ESCRITORES DE SU ÉPOCA. — SU POBREZA DE LÉXICO. — SU CLARIDAD Y SENCILLEZ. — CÓMO EN SU LITERATURA PREDOMINABA EL SENTIMIENTO SOBRE LA FORMA. — SUS INGENUAS CONFESIONES. — RESUMEN.

Conocida, siquiera sea a la ligera y en sucintos rasgos, la biografía de Trueba, parece innecesario añadir que carecía de aquel sedimento de cultura clásica—la antigua y tan definida cátedra de humanidades—que compone «a todo literato digno de este nombre (como dijo Menéndez Pelayo en la semblanza de su maestro Milá y Fontanals) la base más sólida de su cultura y una de sus dotes más envidiables, aquel espíritu de serenidad y armonía que no se adquiere en el caos de la literatura moderna, sino *en la temprana y por algún tiempo exclusiva contemplación de los modelos de Grecia y Roma*, que por su lejanía misma educan el sentido de lo bello, sin ponerse en contacto demasiado íntimo con nuestros hábitos y propensiones.»

Partiendo de este dato, de esta ausencia de humanidades en la educación primera de Trueba, podemos explicarnos perfectamente

todos los defectos de su estilo. No se extrañe, pues, que a lo largo de este capítulo insista sobre el mismo tema, repitiéndome tal vez, porque ese dato nos da la clave de la formación del estilo de Trueba.

Por lo demás, el mismo Trueba no aspiraba ciertamente a la palma de escritor académico, e ingenua y resueltamente confiesa en diversos pasajes de sus obras, que, como sólo ansía ser un escritor popular, procura ponerse en su lenguaje liso y llano al nivel del pueblo a quien se dirige. Pudo decir él con mayor razón que el Dante y que Campoamor que deseaba sólo agradar a las mujeres del mercado:

Procurando en mis versos, como Dante,
gustar a las mujeres del mercado...

Tal vez el ideal de Trueba, entusiasta bilbaíno, estaba en ser el ídolo literario de las buenas mujeres sin cultura y sin prejuicios que vocean sus mercancías en el Mercado viejo de Achuri, o en el arcáico laberinto de las siete calles. Tal vez cuando escribía, muy de otro modo que Taine, que no pensaba que hubiera franceses en el mundo, recordaba que había bilbaínos y bilbaínas y anhelaba que sus versos y sus prosas fuesen el encanto adormecedor de alguna gentil tendera de Belosticalle...

He aquí como se expresa en párrafos bien definitivos sobre el punto concreto de sus aspiraciones de escritor popular, en el desenfadado y simpático prólogo de los *Cuentos populares*, dirigido a Castro y Serrano, su entrañable amigo, y titulado *Echemos un párrafo*. «En casi todos (los cuentos) he empleado el estilo liso y llano del pueblo, la locución popular, el lenguaje plagado de modismos, más convencionales que gramaticales y más expresivos que elevados, con que el pueblo español expresa las ideas más abstractas y explica las cosas más intrincadas..... Me sucede con la lengua popular (añade luego humorísticamente) lo que a la generalidad de los españoles con la lengua española: si no la sé lo bastante para enseñarla, la sé lo bastante para hablarla..... Ahora bien; si esto, como creo, es cierto, y el pueblo español es un buen hombre que sólo sabe leer y escribir medianamente, habrás de convenir en que la literatura popular tiene que ser sencillísima y clara en su forma, sin que esto obste a que sea intencionada y aún profunda en su fondo. Hay en España catorce millones de habitantes para quienes

la literatura, lean o escuchen, es inútil, si no es sencillísima y clara en su forma.» (1)

Si el estilo de Trueba no es un modelo de perfección clásica ni un arquetipo de casticismo, tengamos además en cuenta que en su época se escribía rematadamente mal. Basta recordar la pléyade de sus amigos y poner en parangón sus estilos respectivos, que al fin eran de hombres más o menos amamantados en letras clásicas y en disciplinas universitarias, con el estilo rápidamente formado del autodidacto *Antón de los cantares*, que todo cuanto sabía lo había aprendido a la diabla, en los no muy holgados ni tranquilos vagares de una ferretería... Comparad, verbigracia, el estilo de este mozo huraño e insociable, poco dado al trato de las gentes de mundo, algo remiso y lento de entendederas, como todos los hombres del Norte, que ha venido desde su ignorada aldea de las Encartaciones, sin más bagaje cultural (como ahora se dice bien feamente en verdad) que los rudimentos de doctrina cristiana que se puede aprender en una escuela de aldea, con más cuatro nociones de gramática; un poco geografía y algo *de cuentas*, como se decía entonces muy gráficamente; comparad, digo, el estilo de este hombre absolutamente autodidacto, que no ha cursado siquiera en las lóbregas aulas del Instituto Vizcaíno o al menos de un Seminario, como se estilaba entonces, para aprender humanidades ásperas y docta filosofía, con el estilo de un Castro y Serrano, mozo de mundo y de educación esmerada.

Pues el autor de las *Cartas transcendentales*, muy interesante por lo demás, muy humorista, muy ameno, de fisonomía literaria bien marcada, no escribía ciertamente mucho mejor que Trueba; y en punto a estilo allá se van las *Historias vulgares* con los *Cuentos de color de rosa*.

¿Le compararemos con su gran amigo el atildado y flébil poeta don Antonio Arnao? Pues ciertamente que aunque éste pulido vate haya llegado

de la inmortalidad al alto asiento,

siquiera sea a la vaga, nominal, metafórica y problemática inmorta-

---

(1) *Cuentos populares*, nueva edición, corregida y aumentada, Prólogo, páginas 2, 5 y 6. (*Obras de don Antonio de Trueba*, tomo VI, Madrid, 1908).

lidad que proporciona u ofrece la Academia, y aunque haya dejado algunas bellas estrofas como aquellas que comienzan:

Ama la abeja el cáliz de la rosa,

sus poesías, sus cantatas, que se han popularizado en las soirées de la clase media, matizadas por tiples en agraz y tenores en embrión, no valen mucho más que las frescas e ingenuas poesías de Trueba; y seguramente Arnao no ha escrito cosa más viva de inspiración y más ágil de estilo que *La primera verbena* o *La perejilera*.

Y cuenta que el vate murciano era hombre de muchas letras, educado en el célebre colegio de San Fulgencio de Murcia, su ciudad natal, donde también se educaron Selgas, el dulce poeta; Fernández Caballero; el popular compositor Gisbert, el pintor admirable de *Los Comuneros*.

¿Compararemos su estilo poético con el de su fraternal amigo Luis de Eguilaz, el popularísimo autor de *El Molinero de Subiza?* Ciertamente que nunca llegó Trueba a la fluidez poética del poeta sanluqueño de quien él mismo dice con gran cariño, tan poco frecuente entre artistas, y que demuestra por una vez que la literatura no es siempre la tierra clásica en que florece la envidia: «Su delicada salud y grandes infortunios domésticos han impreso en su alma un sello de tristeza que algunos traducen malamente por orgullo. Eguilaz es bueno en el sentido más lato y más honroso de esta calificación.» (1)

Pero también es verdad que Trueba jamás llegó a cometer tantos y tan sonoros ripios como el autor de *Verdades amargas*, *La vaquera de la Finojosa* y *Quiero y no puedo*, que había sido instruído en su tierna infancia bajo la amable férula del sabio humanista andaluz don Juan Capitán.

¿Compararemos finalmente su estilo con el de su inseparable Luque, educado por el mismo maestro, hombre de gran inspiración y de talento fundamental y sólido, pero tan indolente y desconfiado que no quiso entregar al fallo público ninguna de sus producciones dramáticas y sólo consintió a regañadientes, por el suave estímulo de sus amigos, en dar a la publicidad su novela *La dama del Conde-Duque?*...

(1) *El libro de los cantares*, Apendice, p. 301.

¿Le compararemos con Carlos Pravia, que después de estar armado y dotado como para hacer una gran labor literaria, consumió sus facultades en el periodismo, (1) la gran trituradora de literatos jóvenes, pero del cual en esa época se salía siempre, siempre, harto más inevitablemente que hoy, para los puestos de la gobernación del Estado, haciendo práctico el aforismo de Emilio de Girardin, como le ocurrió a este buen Carlos Pravia que murió en 1868 de Gobernador civil de las Baleares, siendo para él accidentales la afición literaria y la publicación de sus novelas *La duquesa de Montpensier* (novela histórica), *Engaños y desengaños*, *Al amor de la lumbre*, (leyendas morales), *Los corazones de oro* y *El venado blanco*, que fueron traducidas al inglés y al portugués?...

En conclusión: podemos decir que Trueba, no obstante su deficiente base de instrucción, poco preparatoria para las lides literarias, logró hacerse un estilo, si no muy floreado y retórico, llano y sencillo, pero fuerte y enérgico cuando la ocasión lo requería, y que si no lo depuró y fortificó más, era, en primer lugar, porque la época no «daba más de sí,» porque observó el espíritu de los escritores de su época, y concorde con ellos, poco dados a las galas del estilo, más inclinados en verso a la ramplonería y en prosa al desaliño, siguió su vía trillada, y cultivó la *usata poesía* que execraba Carducci y que, al fin, era por ese tiempo en España la poesía que llevaba incluso a los sillones de la Academia, como llevó a su cofrade Antonio Arnao, autor de *Melancolías* y *A orillas del Tader*, volúmenes que si ciertamente tienen más pretensiones de poesía erudita y engolada que los humildes balbuceos poéticos de *Antón el de los cantares*, no tienen más riqueza de léxico ni más colorido de expresión...; y que si en prosa se inclinó a lo que llamaría un coevo de Berceo *el roman paladino*

en el qual suele el pueblo fablar a su vecino,

era porque realmente en Trueba tenía más justificación que en nadie esta forma de expresión trivial y llana, ya que al fin y al cabo, sus obras (lo mismo los *Cuentos de madres e hijos* que los *Cuentos de*

(1) «Los trabajos que más han ocupado y aún ocupan a Pravia son desgraciadamente, los del periodismo, para los cuales tiene una habilidad y un talento poco comunes; y digo desgraciadamente, porque si bien doy al periodismo la altísima importancia que tiene, sé por propia experiencia cuánto esteriliza el ingenio y cuán triste vida proporciona al que, como el autor de este libro lo ha sido, es periodista sin aspirar a un puesto en la administración del Estado ni en el Parlamento». (*El libro de los cantares*, Apéndice, p. 365.)

color de rosa, que los *Cuentos populares*, que los *Cuentos de vivos y muertos)* iban encaminados a las clases humildes, faltas de cultura literaria y poco propicias a estimar las galas retóricas.

Nadie mejor que él pudo invocar el manoseado dístico de Lope de Vega, pero corrigiéndole levemente, ya que jamás el espíritu mercantil anidó en el alma buena y honrada de Trueba y ya que no ha de confundirse la zafia tosquedad con la voluntaria llaneza...

> El vulgo es *llano;* y pues que *lee*, es justo
> hablarle en *llano* para darle gusto...

Para público harto más exquisito escribía (o había de suponer que escribía) Castro y Serrano y, sin embargo, no tenía en su prosa ni más caudal de vocablos ni más redondeo de frases ni más galas de metáforas.

Insisto en la parquedad del léxico, porque es la característica de Trueba y mi imparcialidad crítica así me obliga a reconocerlo. Pero a esta pobreza de vocabulario—producto, tal vez, de una deficiencia de educación literaria—suplía en el ingenuo cantor vasco un caudaloso torrente de inspiración.

Si las palabras no acudían en tropel a la pluma, el sentimiento jamás estaba ausente. Por lo demás se nos ocurre pensar que tan voluntaria y tan consciente eran esta llaneza y, esta dejadez, este desaliño en el cantor de las Encartaciones, que está absolutamente redento de toda inculpación que una crítica ceñuda pudiera lanzar sobre él cuando él mismo se anticipa a todos los reproches que pudieran hacérsele (1) en aquellas sencillas e ingenuas frases que cierran el hermoso y delicadísimo prólogo de *El libro de los Cantares*, prólogo que es una especie de *galeato* o auto-defensa. «No busquéis en este libro erudición ni arte. Buscad recuerdos y corazón, y nada más. Quince años há que dejé mi solitaria aldea; quince años há que en lugar de cantar bajo los cerezos del país nativo, canto en esta Babilonia que se alza a orillas del Manzanares y, sin embargo, aún me entretengo en contar desde aquí los árboles que sombrean la casita blanca donde nací y moriré, si Dios quiere; aún se parecen mis cantares a los de quince años há. ¿Qué entiendo yo de griego

(1) «Anteponiéndose a la injusta crítica que muchos espíritus fuertes (?) han hecho de la literatura de Trueba», dice con razón que le sobra el sagacísimo biógrafo Becerro de Bengoa. (*Trueba: Estudio biográfico*, II, p. 17.)

ni de latín, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de humores y alegrías y tristezas del pueblo honrado y sencillo, y entonces os comprenderé porque de eso nada más entiendo... No faltará quien encuentre pueril el lenguaje en que generalmente expreso mis pensamientos. No hay lenguaje más pueril que el del cariño y la inocencia, el de las madres y los niños; pero ¿dónde hay más pureza y sentimiento que en los niños y en las madres?... La mayor parte de los versos que contiene este libro se han compuesto de memoria, soñando con mi país, y vagando por el Retiro, por la Florida, por la montaña del príncipe Pío, por la Casa de Campo, por la Virgen del Puerto, por las praderas del Canal, por Lavapiés y el Barquillo, por donde quiera que cantan pájaros y ostenta el pueblo sus virtudes y sus vicios, que de todo tiene el noble pueblo español. Con este sistema ha perdido el arte, pero ha ganado el sentimiento. En resumen: he compuesto mis cantares como sé, a la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.» (1)

Ante tal honradez crítica de Trueba, ante la confesión del desaliño de su estilo por imitación del estilo de los cantares del pueblo, y un poco producto de su deficiente educación literaria («¿qué entiendo yo de griego ni de latín, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio?») ¿qué ha de hacer un crítico sereno? No tomar en cuenta el desaliño de Trueba y resumir mi opinión sobre su estilo y, en total, sobre *su fisonomía literaria,* con aquella frase que se aplicó en el Lacio al viejo y fuerte poeta Enio... a condición de que se entienda bien la frase y no se le aplique en sentido peyorativo: *Ingenio maximus, arte rudis...* («Supremo por el genio o la inspiración, torpe y desaliñado en su arte»).



(1) *El libro de los Cantares,* p. 31 y 35. *(Obras de don Antonio de Trueba,* tomo I, Madrid, 1907.



III

EL REGIONALISMO DE TRUEBA

EL PATRIARCALISMO RURALISTA DE TRUEBA.—LOS NACIONALISTAS JÓVENES. —ALGUNAS AFIRMACIONES DE UN PALADÍN DEL EUROPEISMO DENTRO DE UN MARCO NACIONALISTA.—LA ABOLICIÓN DE LOS FUEROS.—EL DISGUSTO DE TRUEBA Y LA INQUINA PERDURABLE CONTRA ALFONSO XII. —«MANET ALTA MENTE REPOSTUM».—EL RURALISMO O JEBISMO.— —APÓSTROFES POÉTICOS DE TRUEBA CONTRA LA PROCLAMA DE SOMORROSTRO.—EL DESCONOCIMIENTO DEL VASCUENCE.—UN JUICIO DEL HISTORIADOR INGLÉS FITZMAURICE-KELLY.—GALDÓS, PEREDA Y TRUEBA.—TRUEBA REPRESENTA LA NOVELA REGIONAL.—EL REGIONALISMO VASCO TOMÓ FORMA LITERARIA EN ANTONIO DE TRUEBA.—UN DATO CURIOSO.—ES EL ESCRITOR VASCO DEL SIGLO XIX QUE INCORPORÓ EL NOMBRE Y LAS COSTUMBRES DE VIZCAYA A LA LITERATURA ESPAÑOLA.

Cuando se estudien las derivaciones y rutas que ha llevado el nacionalismo vasco, se reconocerá que, en la primera etapa de su desarrollo, la literatura de Trueba representa «el ruralismo patriarcal», del cual se han evadido hoy los nacionalistas jóvenes, poco satisfechos de esa dirección demasiado conservadora y moderada que pudo imprimir al nacionalismo la literatura de Trueba.

Es curioso comparar el sentido tradicionalista de Trueba con el sentido vagamente europeizante y progresista. Si leemos un folleto de un joven culto, orientado a la moderna, y que anhela un sereno y noble nacionalismo vasco, don Ramón de Basterra es el joven que

he nombrado, gran adalid del arte en el país vasco, en el cual está enraigado por su férreo nombre y claro abolengo. Discípulo aventajado de don Miguel de Unamuno y al cual puede aplicársele como divisa la sentencia del sabroso verso del Padre Virgilio, supriméndole la partícula negativa para mayor exactitud...

Se quitur patrem passibus œquis...

Ascanio sutil del valeroso Eneas salmantino, Basterra tiene por su tierra vasca un culto y una emoción que le hace a veces decir las verdades con cierta amargura. Confrontemos sus conceptos con los conceptos de la poesía tradicionalista, con el eterno canto a la Virgen de Aránzazu y al venerando árbol de nuestras sacrosantas libertades... Ruda y severamente dice Basterra las amargas verdades a su patria, a la que quiere con un amor de madre, pero no de madre a quien se acata incondicionalmente, sino a quien se discute... «Fluía en oleadas de generaciones, comarcalmente, nuestra vida. La labranza y unas pescas heroicas nos colmaron la existencia. Fluía, fluyó sin permanencias. Nadie puso sobre ella las muelas de los molinos de cultura. Ciencias y Artes para que cosechados los campos de la raza, apiláramos en el acervo humano la albea harina candeal de lo que es universal, de lo que es imperecedero. Decirlo en seco, en tirón de dentista, abrevia el dolor. Somos el pueblo que, en compañía de las razas más pobres del planeta, alargó el canal de sombra de su oscura prehistoria hasta la lucidez contemporánea. Somos el pueblo que ha dejado morir, o agonizar al menos, su lengua. ¿Culparemos de esto a nuestros vecinos? No. Un verdadero patriota de este país ha de comenzar por una profesión de humildad y una rigurosa crítica del letargo que amodorró a sus mayores.» (1)

Así dijo grave y adustamente Ramón de Basterra, el férreo vasco, desde la tribuna de la Filarmónica. Y este párrafo de su sabrosa y sustanciosa conferencia titúlase con título muy signicativo «el adormilamiento rural» frente al cual opone Basterra el despertar de la cultura europea, irrumpiendo en Vasconia.

Ese *adormilamiento rural* está representado por la literatura de Trueba. Trueba en ese sentido laboró por el regionalismo vasco,

(1) *El Artista y el País Vasco,* conferencia leída por su autor don Ramón de Basterra en la clausura de la Exposición de Arte Moderno en la Filarmónica, p. 6. Bilbao, 1913.

pero de modo indirecto y muy somero. ¿Fué él personalmente regionalista? He aquí una pregunta a la cual nos es fácil contestar con sus detalles biográficos a la mano. Si por el hilo de ellos nos dejamos guiar, fácilmente averiguaremos que Trueba era un regionalista que no intervino directamente en la política de su patria pero al cual afectaron ciertos acontecimientos políticos que hicieron fijar la atención del Gobierno español sobre la región vasca.



Cuando Alfonso XII, desde luego mal aconsejado, sancionó la ley de la abolición de fueros, Trueba tuvo con la dinastía borbónica, a la cual había sido tan afecto toda su vida, un serio resentimiento y un disgusto que no pudo olvidar jamás. La proclama de Somorrostro le llegó tan al alma que cometió hasta un grave pecado de descortesía y de descortesía con persona de calidad regia. A poco de consumado el hecho histórico de la Restauración, Antonio de Trueba, que hasta aquel entonces pudo haber dicho como un nuevo Bertrán Claquin: «Ni quito ni pongo rey, pero ayudo a mi señor»... rehusó con acento de ruda virilidad vasca la invitación afectuosa que en carta autógrafa le hizo la reina Isabel II para que viniera a la Corte de España y visitara personalmente a sus hijos. *Manet alta mente repostum*, se dijo Trueba.

Desde entonces no cesó un punto de condenar la conducta del Gobierno vengador y le parecieron execrables, odiosos, nefandos, los hombres y los partidos de la Restauración que se habían conjurado para abolir los fueros, la poesía suprema de las libertades vascas que no se quiere reconocer con mirada miope, en el fondo del nacionalismo gemebundo de hoy...

Por encima de todas las discusiones teóricas más o menos baladíes y más o menos problemáticas, sobre el horizonte de todos los nacionalismos, del nacionalismo vasco como del nacionalismo catalán, flota el fantasma sangriento de un hecho histórico: en el nacionalismo vasco el hecho histórico, irrefutable, vivo, concreto, palpitante, es la proclama de Somorrostro, que hirió el alma de todos los buenos vascos.

En ese sentido fué Trueba tan nacionalista como el más denodado paladín de la causa que insensatamente y a todo evento grite: *Gora Euzkadi*... La abolición de los fueros se clavó como un dardo

envenenado en el alma de Trueba, tan enamorado de las tradiciones vascas, de las sanas costumbres y vida apacible de los antepasados.

En el fondo del nacionalismo vasco hay un sedimento sano y puro de honrado ruralismo, de culto venerando a las tradiciones de los padres, de adoración a los Dioses Lares y Penates, que no sé si se ha reconocido bastante. Como lo hay en el fondo del catalanismo que podría perfectamente denominarse *payesismo*, como el bizkaitarrismo se denominaría *jebismo*. Hay que advertir que, a mi humilde y leal entender, ese fondo noble y puro de veneración a las costumbres antiguas, al fondo sentimental e ideológico de la raza, es lo más sagrado, lo más puro del vasquismo, lo que ningún hombre de tierra extraña puede censurar ni zaherir ni menos tomar a mofa sin incurrir en grave pecado de incomprensión y de obtusidad espiritual.

Tratar de analizar ese sentimiento como se analiza al microscopio el *bacilus vírgula*, es una temeridad y una insensatez. Nace el sentimiento en el fondo de las almas, mana allí silencioso y tranquilo al comienzo, como en roca viva de abrupta cordillera manantial ignorado, avanza luego impetuoso y violento, inundando toda la vida de un individuo... perfumándole acaso con poesía serena y doliente, nostálgica y añorante de las perdidas tradiciones patrias, o envenenándola, tal vez, con acerba animosidad hacia el tirano que las quebrantara y conculcase y hacia el estado social que hizo posible esa tiranía...

Quien no ha sentido jamás ese milagroso don del culto de la raza, de la compenetración con las virtudes ancestrales, del culto a los heroismos y las piedades de antaño, está incapacitado para juzgar el vasquismo, del cual es primaria y elemental estratificación ese ruralismo, que Trueba abrazó desde los comienzos de su vida literaria, y cuyas fórmulas, consecuente consigo mismo, había de aceptar en política.

Se pueden recriminar y vilipendiar las estridencias bizkaitarristas, las algaradas políticas, el viejo juego de las inculpaciones a diestro y siniestro y de los manoseados tópicos del abuso del Poder central... *et passim*, porque esas son las excrecencias, las superfetaciones del *vasquismo*, como en el catalanismo se pueden censurar las exteriorizaciones violentas, que son puro *ramblismo:* lo que no se puede censurar sin incurrir eni ntolerancia sectaria son las manifestaciones íntimas, serias, hondas, familiares, por decirlo así, del vasquismo.

Antonio de Trueba, tan amante de las tradiciones vascas, de las cuales se hizo el cantor encendido y constante, mal podía, a ser con-

secuente con sus principios, ver con indiferencia la abolición de los sagrados fueros. Así que su musa, de ordinario apacible y serena, más semejante a una ninfa recatada que a una euménide procaz, se torna violenta y encendida en ese infausto trance y lanza gritos de imprecación y de protesta en una oda que muy significativamente se intitula *La Musa indignada,* escrita a raiz de la proclamación de Somorrostro. Y dice con acentos no acostumbrados el suavísimo y apacible *Antón de los cantares:*

¡Ay! solía posarse en las ramas
de un árbol bendito,
al que nunca tiranos osaron
por espacio de siglos y siglos;
y entonaba allí, libre y dichosa,
sus cantos sencillos
a la fe y al hogar y a la patria
que sus únicos númenes hizo;
más llegaron al pie de aquel árbol
tiranos impíos,
y asestaron sus hachas al tronco
secular, respetado y bendito,
y volando y volando a los cielos,
así al Señor dijo,
demandando indignada y llorosa
para tal sacrilegio castigo:
El tirano sin Dios ni conciencia
que mi árbol ha herido
en la tierra, Señor, y en el cielo
de tu santa conciencia es indigno.
Názcanle ingratitudes en donde
sembró beneficios.
Su lealtad y su amor entrañable,
retribuyan falacia y desvío.
Lo que más haya amado en la tierra
lo llore perdido.
Se conviertan las flores y el césped
a su paso en ortigas y espinos.
Su conciencia cruel le atormente
despierto y dormido,
y le espere el destino de Judas
al finar el humano camino...

La prudencia, sostén de la vida de Trueba, persuadióle de que debía poner a esta poesía, donde en versos, tan mal medidos

a veces, exaltaba ferozmente contra alguien bien señalado por la más elemental suspicacia, velaturas y sordinas. Y las puso en forma de una nota que hay que aceptar con todas las posibles reservas mentales y que el mismo autor no suscribiría ante el tribunal de Dios.

Dice así la nota: «Para evitar cabilosidades, debe prevenir el autor de estos versos que el tirano a quien en ellos se alude es la guerra civil que, conculcando todas las leyes y libertades, constituye el más abominable de los tiranos». ¡Vano empeño de disfrazar lo claro y evidente! ¡Sofisma deslumbrador y falaz!... Esta personificación de algo tan complejo y multiforme como una guerra en algo tan concreto y determinado como un tirano, no la autorizaría ninguna retórica del mundo. En cambio, por si no supiéramos a qué atenernos con esas estrofas y por si fueran demasiado oscuras, el autor hace la amable exégesis en una composición posterior, que casi es un grito de agonía, porque fué escrita en los últimos días de su existencia y que se titula *Distracciones de un enfermo:*

Nos dijo un rey tan severo
como prudente y cristiano:
—Cortárame antes la mano
que ponerla en vuestro fuero. (1)
Quizá el mal sino que cupo
ave fugaz en la tierra,
al que imitarle no supo
misterio de Dios encierra...

Laberíntica y embrollada sigue siendo en verdad la alusión y más con la anfibología tremenda de estos últimos versos; mas para que no nos quepa duda respecto a las intenciones mortificantes del honesto y dulce Trueba, he aquí la cuarteta final, entre humorística y flagelante, que nos endilga para solución de todas nuestras dudas:

Detesta Euskeria lo anárquico,
pero... que echen un responso
a su espíritu monárquico,
que hirió el duodécimo Alfonso.

(1) Sabido es que Felipe II dijo a la comisión en corte del Señorío de Vizcaya: «Decidles que la mano me cortaría antes que ponerla en sus honradas libertades.»

Esto es más claro que un artículo de fondo de *Euzkadi*. Nada de mojigangas ni subterfugios; Trueba se manifiesta tan fieramente indignado contra el *ukase* venido de Madrid que no vacila en restar su auxilio al monarquismo y en ofrecerlo, sin regateos ni desmayos, como diría un político contemporáneo, a la causa del nacionalismo eúskaro.

El dinastismo vasco que *Sabino de Ayala* acaricia hoy como una bella esperanza y como una fórmula de conciliación bien brillante y halagadora por cierto, entre Baskonia y el Poder central, hubiera parecido a Antonio de Trueba un ensueño, una utopia, humillante además para el país vasco, desde el día de la proclama de Somorrostro...

Desde este momento le separaba del resto de España el agravio hecho a sus paisanos los vascos. Fué pues, fuerista, aunque no llegara acaso (en su arraigado amor a las instituciones tradicionales de España) a las radicales afirmaciones del separatismo vasco que hoy renace con una briosa fuerza y un despertar amenazador, que debiera poner algo más de pavor y algo más de cuidado en los indiferentes gobiernos centrales, sólo preocupados, por desdicha, del encasillado y de los amaños electorales, baldón de una España amorfa y retrasada...

Le separaba también del nacionalismo vasco el desconocimiento del idioma. Estoy seguro de que, si hubiese conocido a fondo el vascuence desde su niñez, Trueba hubiera sido desde los comienzos de su carrera literaria un apasionado vascófilo. Pero ya sabéis que en las Encartaciones, no se aprende el vascuence en la niñez. Es la comarca única de Vasconia donde no se cultiva el recio y férreo idioma natal. Así que Trueba, nacido en una modesta familia de las Encartaciones—allí donde confluyen Vasconia y Castilla como para darse un abrazo de hermanas,—no pudo aprender el vascuence *ex tenexi ungue*, y bien que lo sintió toda su vida. Trató de suplir con el estudio las deficiencias de la edad primera.

Becerro de Bengoa nos dice en su interesante biografía de Trueba que «como hijo de las Encartaciones, no hablaba vascuence y éste fué para él constante pesar durante su vida; pero procuró remediar semejante deficiencia imponiéndose cuanto pudo, no sólo en la inteligencia y traducción de esa lengua, sino en el estudio de su gramática, en el manejo de sus diccionarios y en el análisis de su estructura, hasta conseguir como consiguió conocer el significado y

el origen o derivación de la mayor parte de sus palabras; ilustración de tanta necesidad como utilidad para el que se dedica a conocer la historia, y los detalles del suelo vascongado, cuyos pueblos, caseríos, montes, raudales de agua, campos y despoblados, todos tienen un nombre que explica su origen o sus caracteres.» (1)



Con cierto injustificado desdén, el hispanófilo inglés Fitzmaurice Kelly pasa casi por alto la figura de Antonio de Trueba, que sólo además incidentalmente menciona, al tratar de don José M.ª de Pereda. «Fernán Caballero y Antonio Manuel María de Trueba y la Quintana (1819-1880)—dice—novelista casi olvidado ahora fuera del país vasco, satisfacían a los lectores con amables gentilezas al lado de las cuales parecía casi crudo el realismo viril del recién llegado. El aldeano convencional, simple, arcadiano, insoportablemente virtuoso, imponía su gusto, y la revelación por Pereda de una rusticidad pintada sinceramente fué considerada como ingrata, inútil y antiartística». (2)

Cualquiera diría que en ese período de las letras españolas todos los autores, y muy singularmente los novelistas andaban a puja y porfía de realismo, a un combate singular de retórica, a una especie de perpétuo «más eres tú» que no dice nada en pro de la nobleza de ánimo de ellos ni de la perspicacia de sus críticos. Pero el crítico que ha avanzado unos años y se ha sustraído a esas luchas de grupo, de cofradía, de *coterie*, para decirlo con fuerte frase francesa, luchas en que *Clarín* aparece como el París que regala la manzana de la discordia en que Galdós, Pereda o Trueba, son las tres deidades aspirantes al premio, luchas en que se disputa la copa de honor del realismo, puede mirar con frente serena y mirada franca el conjunto de la época y desdeñar esos pugilatos de título de realista, en que se apetece o se desdeña el lauro, según las convicciones religiosas y aún políticas, y sobre todo, las gentes que nos rodean y las cir-

(1) *Trueba: Estudio biográfico*, III, p. 34 (Madrid: *La España Moderna*).

(2) Cito de la traducción francesa: *Histoire des litteratures: Litterature espagnole*, traduction de Henry D. Davray, cap. XIII, pág. 420; Armand Colin, París, 1904.

cunstancias en que vivimos, permitan considerarlo como ultraje y como nota infamante o como diploma honorífico...

No hay paridad para la comparación entre el realismo de Galdós, el de Pereda y el de Trueba. Si se fueran marcando las escalas literarias en sentido descendente y si se pudieran encuadrar las obras literarias en imposibles clasificaciones, de las cuales rebasa todo espíritu superior, es decir, si se nos concediese a los críticos para las comparaciones y paralelos el *jus utendi et abutendi*, diríamos que el realismo de Galdós tiene carácter universal, el de Pereda carácter nacional y el de Trueba carácter regional.

Galdós se parece en el tono, en el ambiente general, aunque no en los considerandos y resultandos de su obra total, a Tolstoi, a Zola, a Gogol, a Dickens, en suma, a todos los novelistas de la época. El mismo Menéndez Pelayo, aun en la obra en que más despiadadamente trata a Galdós por la intención que persigue en sus novelas, aun en la obra en que por la fuerza misma del consonante, es decir, del tema, se ve obligado a tundirle y maltratarle, reconoce, no sin cierta amargura, que Galdós es novelista para la exportación, para más allá de las fronteras, pues ha sido traducido al alemán y al inglés, aunque añade con cierta cariñosa reprimenda no exenta de dulzura: «Amigo soy del señor Galdós y le tengo por hombre dulce y honrado»... (1) Pero ya antes tuvo que reconocer que era «narrador de altas dotes, aunque las oscurezca el empeño de dar *fin transcendental* a sus obras», y luego... ¿qué concesiones no había de hacer a la literatura galdosina en la contestación al discurso de ingreso del señor Pérez Galdós en la Academia Española?...

La serenidad crítica de Menéndez Pelayo, predominó aquí sobre las divergencias de escuelas filosóficas y aun de doctrinas políticas; y dió así un rotundo y solemne mentís a los que son partidarios de la guerra sin cuartel—aun en el campo neutral de la literatura y de las Bellas Artes—a todos los que no comulgan en su mismo credo. ¡Como si fuera posible llevar la intransigencia—que sería loable y aún meritísima, si se quiere, en el terreno teológico—a las artes y las letras, de tal modo que queden excluídos de la definición y categoría de artistas cuantos no piensan como nosotros y como si para la crítica artística no se hubiera escrito más que para ningún

---

(1) *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo III, lib. VIII, cap. IV, pág. 813. (Madrid, 1881.)

otro género de disciplinas humanas la frase agudísima y certera de Edmundo Scherer: «¡La tolerancia es el fruto más maduro de la cultura más completa!»... ¡Como si fuese posible dividir a los artistas en capillas: ateos, escépticos, impíos, indiferentes, tibios, creyentes... *et passim!*...

Galdós extravasaba, pues, los límites de la literatura patria, y se asociaba a los grandes novelistas europeos, se codeaba con los pontífices novelescos de la época, creadores de un naturalismo creado, que en Galdós aparecía mitigado por los elementos del realismo nacional, de abolengo más preclaro y más puro que el naturalismo europeo.

Estos elementos nacionales eran los que integraban y vivificaban la obra de José María de Pereda, realista también a su modo, pero con un realismo totalmente distinto, un realismo castizo, vivo, palpitante en las entrañas del arte nacional. Por su procedimiento novelesco, Pereda incorporaba la novela española, como Galdós, al grupo de grandes novelas europeas; pero permanecía perfectamente nacional, sin dejarse influir por las ideas de Europa ni por los procedimientos de los novelistas de la época, como Galdós. Bien es verdad que los tipos de Pereda entran en la categoría de los tipos universales y sólo son locales, como dice muy justamente Fitzo-maurice-Kelly «au meme litre que Sancho Panza et Maritornes.» (1) Si son locales en los detalles, son universales como tipos de la realidad.

En cambio ¡qué enorme salto de horizonte tenemos que dar si queremos ir hasta la obra de Trueba! La obra de Trueba es puramente local, regional, centro de una comarca determinada; Trueba no aspiraba a más premio que a ser leído y admirado por sus paisanos.

Trueba había nacido sólo para cantar una región y para amarla; no estaba acondicionado ni por su cultura deficiente y floja en su base, ni por su matiz de pensamiento, absolutamente contrapuesto al matiz con que se teñía por entonces el pensamiento nacional, recibiendo las solicitaciones y efluvios constantes del pensamiento europeo, para ser el cantor de una raza, ni siquiera de una nación.

(1) *Litterature espagnole*, cap. VIII, p. 421. (No tengo a mano la hermosa traducción española del señor Bonilla y San Martín; por eso cito de la traducción francesa.)

Le faltaban fuerzas para tan alta empresa y se le hubiera ahogado la voz en la garganta si hubiese comenzado como el poeta enfático que condenaba Horacio:

Fortunam Priami cantabo et nobile bellum...

Si en la época de Trueba, el regionalismo hubiera tenido más pujanza y vigor, y no estuviera como adormilado y mecido en la monorrítmica canturia de una tonada de *aña*, en el período primitivo y, por decirlo así, subliminal y prenatal de todo regionalismo, en el período de culto dormido, callado y fervoroso a la tierra y a las tradiciones de «nuestros mayores,» como se decía entonces, Trueba hubiera sído un gran despertador del alma nacional; y si los Juegos Florales hubiesen sido instalados en Vasconia, como lo eran en Cataluña ya por entonces, Trueba hubiese sido en su patria, como Balaguer o Guimerá en la suya, un cultivador tenaz y ardiente de esas poesías de los Juegos Florales, en que (como decía muy gráficamente el crítico catalán Ixart) «la protesta regionalista se emboza hasta los ojos con la ambigüedad poética», (1) y hubiera percutido el alma regional con los vivaces llamamientos del ímpetu lírico...

Mas el alma de Vasconia dormía por entonces en los limbos de la inconsciencia y no había voces que la despertasen, como no fuesen voces clamantes en el desierto... Por eso Trueba, *malgrè lui*, hubo de limitar, de reducir su papel, su misión de poeta-legislador, de hierofante, de *oftalmos*, como hubiera gustado de decir Víctor Hugo, y en vez de representar lo que en la *renaixensa* catalana representan Balaguer o Guimerá—dos faros del regionalismo, que constituyen su elemento poético, y que dan en odas y baladas el doctrinario estético, exactamente como da en su libro *Regionalisme y Federalisme* Durán y Ventosa el doctrinario político del catalanismo moderado y en *Le Catalanisme,* Valentí Almirall el doctrinario político y filosófico del catalanismo agudo y estridente—limitóse a ser un cantor más, un Mistral más honesto, más empequeñecido y menos genial, sin influencia directa en movimientos políticos de su patria y sin concatenación con la marcha ascendente de un regionalismo que apenas se esbozaba...

---

(1) *El Año Pasado: Letras y Artes en Barcelona,* pág. 42, (3.ª Serie, Barcelona 1888).

Por eso nadie se extrañará de que jamás ninguno de los separatistas vascos se apoye en Trueba para la defensa de sus ideales, como en Cataluña se apoyan en Guimerá y aun en el prudentísimo Milá y Fontanals.

Ultimamente, con motivo del «Homenaje a Trueba», organizado por el diario bilbaíno *El Nervión*, que dirige un gran cultivador de la memoria de Trueba, el culto periodista mi buen amigo don Tomás Camacho, una revista de intenso regionalismo vasco, dedicada a los estudios de *folk-lore* y de historia de Vasconia, ha hecho notar sólo accidentalmente y como de pasada, la existencia de dos temas *euskéricos* del esquema general del homenaje. Estos dos temas son:

1.° *Tema IV.*—Biografía de Trueba escrita en vascuence, para que puedan popularizarse los hechos de su vida entre todos aquellos hijos del país vasco que no han podido leer sus obras originales. Premio 125 pesetas y 250 ejemplares del folleto en que se imprima el trabajo elegido. Regalo de don Ramón de la Sota. (1)

2.° *Tema VIII.*—Elogio poético de *Antón el de los cantares*, hecho con libertad de metro en castellano o en vascuence. Premio: 100 pesetas para cada trabajo, ofrecidas por el Senador del Reino don Rafael Picavea a nombre de la revista *Novedades*, de San Sebastián. (2) Quien hace notar estos temas de tendencia *euskérica*, y lo hace notar con intención marcadísima es un escritor que firma con el pseudónimo bien significativo de *Euskal-Esnalea*, que viene a indicar algo como «entraña de la raza» o «espíritu euskérico»...

Todos estos testimonios hacen resaltar la significación eúskera de Trueba. Por lo demás él mismo confesaba en *El libro de las montañas* que toda su aspiración consistía en que su libro representara su ferviente amor a la tierra vasca. «Si Dios da tan buena suerte al *Libro de las montañas*, como a su hermano *(El libro de los cantares)* quizá llegará a ser algo digno de la noble tierra en que se ha escrito... (3) Y añade luego con emoción ferviente de apasionado de su tierra natal. «Hay tanta poesía y tan sencilla grandeza en estas montañas eúskaras, que el pintor más inspirado y diestro se esforzará cuanto le sea posible en trasladarlas con fidelidad al lienzo y quedará descontentísimo de su obra. Estos valles, perpetuamente

(1) *Nota Bene:* Opulento naviero de Bilbao que fué en tiempos alma y vida del movimiento nacionalista.

(2) *Euskalerriaren Alde* (Revista de cultura vasca), Noviembre 30—Diciembre 15, 1913: Tomo III, n.° 70 y 71.

(3) *El libro de las montañas*, Prólogo, IV, p. 5. *(Obras de don Antonio de Trueba,* Tomo II; Antonio Romero, editor, Madrid, 1909.)

verdes y hermosos, estos altísimos montes, erizados de rocas y precipicios, estos mares casi siempre agitados y en gigantesca lucha con las montañas calcáreas que avanzan a su encuentro como desafiando su cólera; este pueblo tan amante de sus libertades y su dignidad, tan valeroso y fiero para defenderlas, y al mismo tiempo tan pacífico, tan laborioso, tan leal, de costumbres tan dulces y puras, tan respetuoso ante Dios, ante la justicia humana y ante los ancianos; este antiquísimo, original, elocuente y dulce idioma que con un *nére maitiá* en el hogar doméstico, un *aurrerá* en los campos de batalla y un *amá virgiña* en el templo, entona tres admirables poemas de amor, de valor y de religión; este apego al hogar paterno y a las tradiciones de la familia; este espíritu de igualdad, noble y sabiamente entendida, estas asambleas a la sombra de un árbol en que el pueblo se gobierna a sí propio hace más de mil años; estas singulares y misteriosas tradiciones que viven en cada caserío, en cada bosque y en cada roca; todo esto es tan grande y tan bello que el libro, o el cuadro, a que se haya querido trasladar, por grande que parezca a los que no lo conocen, debe parecer muy pequeño a los que lo conocemos...»

* * *

Queda, pues, reafirmado que Trueba es el más eminente cantor de costumbres y leyendas euskéricas de que hasta hoy puede ufanarse Vasconia. Así lo han debido reconocer todos los críticos de la época y los que después de su muerte le rindieron el homenaje debido a su arte.

A vuelta de varias sonoras fruslerías, *megœ sanorœ*, vertidas en un discurso enfático, el señor don Fermín Herrán, a quien todos los vascos deben estar eternamente agradecidos por su meritísima labor como editor de la *Biblioteca Bascongada*, dijo algunas cosas exactas en su discurso pronunciado en la Sociedad «El Sitio» el 15 de Noviembre de 1891 en la velada celebrada en homenaje a Trueba, recopilado luego con otros trabajos de diversos oradores y publicistas en un volumen primero de la antedicha Biblioteca Bascongada. (1) Y una de las cosas justas y veraces que dijo fué esta: «Trueba es el

(1) *En Honor de Trueba,* por Ricardo Becerro de Bengoa, José María de Arteche, Emiliano de Olano, Marqués de Casa-Torre, Julián Arbulo, F. Miguel y Badía, Pablo de Alzola, Juan Ernesto Delmas y Fermín Herrán.—Biblioteca Bascongada, tomo I.—Bilbao, 1896.

único escritor vasco de este siglo que ha impuesto su nombre en las páginas de la historia literaria española.»

Nada más cierto. Este es el mérito que deben atribuirle y que de hecho le atribuyen sus paisanos: haber llevado el nombre de Vasconia con sus tradiciones, sus leyendas, sus gustos, sus costumbres a la historia general de la literatura de España. Ni Zamacola, con su erudita *Historia de las provincias vascas*; ni Moraza, con su verbo encendido y llameante y con su magnífico *Discurso en defensa de los fueros*; ni Vedia con su *Historia de Valmaseda y la Coruña* y sus magníficas traducciones de Lord Byron, que ya trascendían del circuito de la literatura regional; ni Novia de Salcedo, con su documentada *Defensa histórica y legislativa;* ni Hormaeche, con su *Viaje pintoresco:* ni Aranguren, con su *Demostración histórica contra lo que había escrito sobre las provincias vascas Llorente;* ni Eguía, con sus sonetos y estudios de botánica; ni Mascarúa, con su canto *Al árbol de Guernica;* ni Iparraguirre, el bardo popular, el *axda* que evocaba los tiempos homéricos, con sus barbas largas y nevadas de dios antiguo y con la interrogación épica de su madre, que vale más que un poema, al verle regresar fatigado de años de peregrinación, de horrores y de guerra civil: «¿Es esta la hora de volver de la escuela?...» Ninguno de estos pudo romper la muralla de hielo que separaba Castilla de Vasconia ni hacer que su fama rebasase más allá de la peña de Orduña...

Sólo Trueba, «por medio del diálogo animado y la narración sencilla (habla Fermín Herrán) inoculó, esta es la palabra, en la imaginación de los que leían la fiel y exacta imagen de los paisajes, de las costumbres, de las escenas del hogar y del campo vascongado; Trueba inoculó en la literatura el sabor vascongado, imprimiendo a sus escritos el sello del más puro vasconismo y el espíritu del amor a su patria como jamás se había observado en libros anteriores.»

El Marqués de Casa-Torre, sabio y sobrio, en su discurso pronunciado con motivo de la inauguración de la estatua de Trueba (10 Noviembre de 1895) dice también insistiendo sobre el vasconismo de Trueba: «Su superioridad, su supremacía, brillan en el género popular, en los cuentos, en los cantares. Pero cuando el amor a su país pone la pluma en sus manos, se adapta a los géneros más opuestos a sus condiciones literarias». (1)

(1) *Biblioteca Bascongada*, tomo I, p. 123.

Don Pablo de Alzola, Presidente de la Diputación Provincial de Vizcaya, sabio publicista, enalteció también el vasquismo de Trueba en poéticas y emperifolladas frases de un discurso pronunciado ante esa Corporación en 13 de Mayo de 1885, pocos días después de la muerte de Trueba: «Cuando caen desgajadas las frondosas ramas del Arbol venerando, aquella naturaleza dulce y poética sufre un violento extremecimiento, demostrando en su intenso dolor ocultas energías y sus ojos brotan desde entonces lágrimas que no se agotan». (1)

¿Qué añadir a lo que dicen sobre el intenso vasquismo de Trueba los más autorizados hijos de la región?... La mayor gloria de Trueba fué, sin duda, su significación dentro de la literatura regional vasca y a su vez, por reflujo, la incorporación del elemento vasco a la literatura española de la época; y en un sentido muy diverso, opuesto en absoluto, pudo decir este cantor apacible de los valles vascos, de su vida rural, quieta y sencilla, de su religiosidad, de sus tradiciones venerandas, respetuosamente conservadas, de sus fiestas, de sus amoríos, de sus cánticos, de sus consejos y de sus leyendas, lo que en un tono satírico y acrimonioso decía Juvenal refiriéndose a los depravados romanos de su época: «El tema de nuestro brillo es todo lo que hacen estos hombres: sus anhelos, sus temores, sus iras, sus goces, sus alegrías, sus relatos»...

Quidquid agunt homines: votum, timor, ira, voluptas,
gaudia, discursus: nostri est farrago libelli...



(1) *Biblioteca Bascongada*, tomo I, p. 149.



IV

JUICIO CRÍTICO GENERAL ACERCA DE LAS OBRAS DE TRUEBA

TRUEBA Y SU ÉPOCA.—EL NATURALISMO DOMINANTE Y EL CONTRASTE DEL SANO REALISMO DE TRUEBA. — BECERRO DE BENGOA PONE EL DEDO EN LA LLAGA DEL NATURALISMO.—PARCIALIDAD DE LOS JUICIOS CRÍTICOS DE DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN. — DON FERMÍN HERRÁN, EL MERITÍSIMO EDITOR DE LA «BIBLIOTECA BASCONGADA», DEFIENDE TAMBIÉN EL ARTE DE TRUEBA, NO APELANDO A RECURSOS DE IDEALISMO TRASNOCHADO, SINO EXPONIENDO SU SANO Y HONRADO NATURALISMO, CONTRARIO A LA CORRIENTE DE LA LITERATURA DE LA ÉPOCA. — OTRO SABIO CRÍTICO VASCO LE REPUTA POR EL MEJOR CUENTISTA QUE HASTA ENTONCES TUVIERA EL IDIOMA CASTELLANO Y LE PONE POR ENCIMA DE FERNÁN CABALLERO. — LOS CAMPESINOS PINTADOS POR TRUEBA SON ABSOLUTAMENTE LOS CAMPESINOS DE LA REALIDAD. — DOS SABIOS AGUSTINOS REIVINDICAN LA MEMORIA LITERARIA DE TRUEBA. — SU VIDA SENCILLA Y SUS COSTUMBRES INTACHABLES DE VIZCAÍNO. — SU DESALIÑO: ALGUNAS PARTICULARIDADES DE SU PERSONA. — LA INAGOTABLE FECUNDIDAD DE TRUEBA, PRODUCTO DE SU GRAN LABORIOSIDAD. — INEXPLICABLE ACTITUD DEL PADRE LADRÓN DE GUEVARA FRENTE A LA HONESTA LITERATURA DE ANTONIO DE TRUEBA. — SU FALTA DE AUTORIDAD PARA DECIDIR EN ESTAS DELICADAS MATERIAS LITERARIAS. — VIRIL RÉPLICA DEL PADRE CONRADO MUIÑOS A LAS INTRANSIGENCIAS DE «NOVELISTAS MALOS Y BUENOS».— EL HERMOSO LIBRO «NE QUID NIMIS», QUE DEBE SER EL LIBRO DE CABECERA DE LOS TRATADISTAS CATÓLICOS EN MATERIAS DE CRÍTICA LITERARIA. — CONSIDERACIONES GENERALES Y BIBLIOGRÁFICAS.

Cuando Trueba comenzó su carrera literaria, privaba mucho el realismo en las letras. Más que el realismo, era el naturalismo lo que estaba infiltrándose en la novela española, lo que asustaba a las imaginaciones algo alarmadizas de las señoras castellanas, que no podían ver con calma la invasión en el hogar de esta literatura de-

pravada y exótica... Trueba vino a representar la reacción contra la literatura realista, crudamente realista, de Francia. Pero conservaba su sana honradez vasca y al mismo tiempo ciertas modalidades realistas que están en la enjundia de la raza. Quería aliar el puro tradicionalismo vasco con las fórmulas realistas que había dejado establecidas de una vez para siempre la novela realista española.

No hagamos por eso demasiado hincapié en las observaciones de Becerro de Bengoa que, en plena efervescencia realista, quería reivindicar para su patrocinado o biografiado el privilegio de un naturalismo casto, pero al fin naturalismo, es decir, epidemia muy radicada en el espíritu de la época. Bengoa, el simpático escritor alavés, nos cuenta, por ejemplo, por atemperarse algo al gusto reinante y para que no excluyeran demasiado de la comunidad gobernante en la república literaria a su predilecto Trueba, que el buen don Antonio hacía a veces gala de una fidelidad realista, que hoy nos parece ¿por qué no decirlo? algo pueril.

Una noche, por ejemplo, necesitaba describir el ritmo especial que produce el agua cuando llena una vasija en la fuente, y deteniendo su pluma en el pasaje a que llegaba al escribir la relación *De patas en el infierno*, cogió un cántaro, lo metió debajo de la capa, fué desde su casa de la calle de Lope de Vega, a la fuente de la plazuela de Jesús y allá en la soledad, observó atento el ruido del chorro del agua, volvió a su escondrijo de trabajador e hizo en breves y gráficas frases la pintura. Otro día deseaba bosquejar el espectáculo del amanecer y salió de noche, acompañado de Eguilaz, Luque y Bustillo, yéndose a los cerros de Vicálvaro a sorprender la naciente aurora y la copió en seguida magistralmente en su cuento campesino *Las siembras y las cosechas*.

Poco importarían estos detalles para realzar más la figura de Trueba como literato espontáneo y honrado en sus cuadros de costumbres. Pero... aquí viene la moraleja que extrae Becerro de Bengoa de estos detalles de fidelidad naturalista. Bengoa dice a sus contemporáneos *ebahis* y sedientos de naturalismo: «Si hoy priva el naturalismo en la literatura ¡qué naturalismo más verdadero que el de los libros de aquel hombre, cuya naturalidad en el pensar y en el escribir, siempre limpia, decente y encantadora, es el más puro reflejo de la naturaleza!...» (1)

(1) *Trueba: Estudio biográfico*, II p. 26.

No se contentaban con este simulacro de naturalismo o, por mejor decir, con este realismo atenuado y dulcificado, los naturalistas acérrimos y militantes, a la manera de doña Emilia Pardo Bazán, que no perdona ocasión de triturar y pulverizar la fama de Trueba, a cuya obra negaba condiciones de perdurabilidad y tránsito al paraíso de la fama, quizá por demasiado pacata y asustadiza ante la descripción de las miserias de la carne...

Juzgando la obra del Padre Blanco García—*La literatura española en el siglo XIX*—escribe doña Emilia Pardo Bazán a propósito de la literatura de Trueba: «A Trueba, en cambio, le otorga un lugar que no confirmará el tiempo; la literatura de Trueba, pocos años después de su muerte, ya ha caducado.» (1)

El criterio de doña Emilia Pardo Bazán, en esa época de literatura naturalista y crítica militante, forzosamente había de ser un poco restringida. No convenía a los fines de la nueva literatura novelesca que había de imponerse por entonces confesar que el idealismo «color de rosa» de los cuentos de Trueba estaba en lo cierto y que las gafas negras—o la mano negra, como decía Pedro Antonio de Alarcón—llevaban la de perder. El naturalismo era entonces el culto de todos los literatos de renombre, de *Clarín,* de la Pardo Bazán, de Pereda, de Palacio Valdés, de Galdós.

Apagado el rumor de batalla, habiéndose dejado de oir el choque de las armas de los combatientes, podemos juzgar hoy con más desapasionamiento y no dejarnos cegar por el espejismo de las modas literarias, que ofuscan a muchos críticos, incapaces de transportarse a otro plano distinto del que ocupan por ambientes, por vocación o por circunstancias.

La señora Pardo Bazán, por entonces, dejábase iluminar demasiado por el resplandor de la lámpara que ardía en las veladas de Medon; y de ahí que se mostrase intransigente y rehacia con la literatura de Trueba, que representaba, acaso *sans le vouloir*, porque no era intención del plácido *bonhomme* de las Encartaciones, suplantar ni eclipsar a nadie, el polo opuesto y la antítesis de la literatura por la cual ella combatía y propugnaba ¡valerosa Clorinda armada de punta en blanco!...

Así no perdonaba ocasión de soltar alfilerazos críticos a la obra de Trueba; y en otro pasaje de su *Nuevo teatro crítico* se permite

(1) *Nuevo Teatro Crítico,* año II, n.° 16, Abril 1892, tomo IV, p. 58.

¡pudet dictu! paralelizar la obra de Trueba con la de Polo y Peyrolón, y no ciertamente en demérito de ésta. ¡Habráse visto hasta qué punto ciega la pasión crítica! Polo y Peyrolón está absolutamente «fuera de la literatura», como decía Julio Lemaitre de Jorge Ohnet; no tiene nada que ver con el género novelesco que pretende cultivar; su arte predicador es lo más deleznable que darse puede; y no se concibe que seriamente la Pardo Bazán hable de él como de un novelista...

Trueba no pretendió jamás evangelizar a nadie con sus novelas ni escribió novelas «catequísticas» como las abominables del señor Polo y Peyrolón; Trueba hizo simplemente literatura casta y honesta, que podía gravitar fuera de la órbita del gusto de la época, pero que en ningún caso era recusable por su falta de meollo, de sustancia, como los mamotretos novelescos del señor Polo y Peyrolón...

Pero... ya se ve; doña Emilia Pardo Bazán sentía por entonces ciertas veleidades carlistas. *Mi romería* había escandalizado a sus amigos los liberales (Castelar, Valera, Cánovas, todos los hombres de pró de la época) con su apología encendida del pretendiente don Carlos; y el señor Polo y Peyrolón era entonces propagandista entusiasta del carlismo y no sé si iría ya para diputado o cosa tal. Hoy es senador y Dios se lo conserve muchos años. Había que exaltar la literatura del correligionario político, del adalid carlo-cristiano, y señalar lunares en la obra del pobre *Antón de los cantares*, que apenas había sido más que un mero literato, un puro literato, (en el sentido despectivo que daban en Saint-Sulpice a la palabra los compañeros de Renan), que no había ocupado cargos públicos ni había intrigado para medrar, que apenas había sido nada oficial... más que, a regañadientes allá entre protestas ahogadas por la buena amistad, cronista-archivero de la Diputación de su provincia...

Además, a pesar de sus piadosos sentimientos, jamás había sido tradicionalista—en el sentido político de la palabra—sino hijo de su siglo, simplemente. Becerro de Bengoa en su breve y sustanciosa biografía deja bien sentado el punto concreto de la imputación de carlismo que se hizo a Trueba. «Las pasiones políticas, exageradas en los tiempos en que la lucha era más implacable, extremaron la persecución, y entre sus víctimas figuró Trueba, suponiéndose por algunos que era carlista. ¿Había dado motivo para que se pudiera

afirmar que pertenecía a algun partido político? No, seguramente. Ni su padre quiso que en la juventud figurara en las filas carlistas, ni durante su carrera de hombre de letras, ha escrito un solo renglón en defensa de tales ideas, ni en la azarosa época en que se organizó el partido en Vizcaya y en toda España, se le ocurrió a carlista alguno contar con él para nada. Al morir, no le ha dedicado una sola frase ningún periódico carlista de Madrid «y si alguno de provincia se lo ha hecho, ha tenido buen cuidado de advertir que lo hacía, *aún tratándose de un adversario.*» (1)

La señora Pardo Bazán se ensaña con Trueba y colma de incienso a Polo y Peyrolón. ¡Buena pró le haga! «Aunque se me enfade Valbuena», dice. ¡Y cómo no! Y todos los críticos pasados, presentes y futuros han de enfadársele, señora. Pues no faltaba más sino que se concediesen con ánimo tan holgado patentes de novelista a todo escritor mortal. Valbuena, al menos, demostraba más imparcialidad crítica que la señora Pardo Bazán, pues siendo carlista militante, correligionario, por tanto, de Polo y Peyrolón, tenía empacho en digerir su bazofia literaria. *Miguel de Escalada* ha manifestado siempre una gran serenidad para juzgar, sin dársele un ardite de la filiación política del literato sometido a su escalpelo. Con pocos se habrá ensañado más que con el piísimo Carulla o con los reaccionarotes (como él mismo los llama) Catalina y Commelerán.

Más no sería lo peor que doña Emilia Pardo Bazán loase desmedidamente a Polo y Peyrolón, sino que olvidando el principio de que las comparaciones son odiosas, en crítica más que en ninguna otra cosa, y que además no prueban nada, saca a relucir a Trueba para rebajarle y agrandar la talla bien exigua *malgrè tout* de Polo Peyrolón. Esto se llama desnudar a un santo para vestir a otro...

«Este modesto escritor, que apenas lucha por la vida... literaria, no tiene detrás de sí a una trilogía de provincias, como Trueba logró tener; en la sierra de Albarracín no hay regionalismo, y por eso el nombre de Polo y Peyrolón suena tan poco. No le igualó a Trueba; pero, a la verdad, no veo esa distancia tan enorme...» (2)

Al fin, no hay por qué apurarse en cuanto a disensiones literarias; pero hemos de hacer notar a la señora Pardo Bazán que la li-

(1) *Trueba: Estudio biográfico,* IV, p. 36.

(2) *Nuevo Teatro Crítico,* año II, número 17, Mayo, 1892; tomo V, pags. 94 y 95.

teratura de Trueba es a la literatura de Polo y Peyrolón lo que la literatura de Galdós a la de López Bazo. ¿Comprende doña Emilia Pardo Bazán? ¡Y tanto como comprende, ella que es finísima perceptora de matices literarios y catadora del buen vino añejo guardado en las bodegas patrias! Todo es cuestión, en crítica literaria, de matiz, de sutileza. El mal naturalismo de López Bazo es tan censurable como el mal idealismo de Polo y Peyrolón. Entre *La buscona* y *¿Sacramento o concubinato?* no hay más que diferencia de procedimientos y de intención, desde luego. En cambio, entre *La Tribuna* y los *Cuentos de color de rosa* no hay más diferencia que de escuelas literarias.

¿Es posible que haya honradez crítica si no se calan bien y se sondean las intenciones del autor? Trueba no trató sino de proscribir el desnudo en las letras, que entonces privaba. Se podría adosar a la colección de sus obras completas como epígrafe aquellos tres curiosos dísticos de don Juan de Iriarte contra el desnudo en escultura, que de fijo, la señora Pardo Bazán, escritora tan leída, conocerá:

Parcite, Pictores, obscenas fingere partes.
Fit meretrix vestra casta Minerva manu.
Naturam Raud sequeris, pingis qui turpia, Pictor.
Quod natura tegit, de bet et arte tegi.
Quid juvat in statuis obscena ostendere membra?
An lignum, an saxum, qui videt ista, putas?

* * *

Bien se advierte que el naturalismo era entonces la preocupación constante de todos los críticos literarios, el *deus ex machina* de todas las consideraciones estéticas y a la vez la *bête noire* de todos los moralistas. Don Fermín Herrán, en su discurso de «El Sitio», en la velada honorífica de Trueba, tuvo buen cuidado de hacer hincapié en este tema literario, tan peculiar de la época. Y así exclama inflamado de subitánea inspiración, agitado por un interno númen, echando a volar todas las campanas broncas de la erudición y todas las campanitas claras de la fantasía: «Recordó donde había nacido y desarrolló el sentimiento; consideró lo que él conocía y adquirió

el elemento popular, estudió lo que veía y alcanzó la verdad en la realidad y en la naturaleza; pero ¿de la manera que Zola y sus secuaces? no: tuvo ojos para ver y corazón para sentir lo bueno, lo agradable, lo poético, lo generoso, y aquello pintó, acaso con más fidelidad que la escuela naturalista francesa. ¡Es mucha escuela ésta!... Yo no niego, ni soy quién para negarlo, el mérito extraordinario de Zola, de Flaubert, de los hermanos Goncourt y Daudet; pero cada vez que leo sus obras, me ocurre preguntarles—y si viviera Trueba, él con perfecto derecho podría hacerlo:—También nosotros hemos vivido la vida agrícola y no hemos visto que la tarea cuotidiana de los mozos de labranza y de los segadores a destajo se reduzca a satisfacer a cada paso las tentaciones de la carne y a aquel contínuo revolcarse con las mozas del apero en los montones de estiércol y en las gavillas del oloroso heno y del dorado trigo, como Zola pinta en *La Tierra;* también nosotros hemos vivido la vida de los populosos centros de las pequeñas capitales de provincia y no hemos visto que la vida del teatro, con sus misterios de bastidores, sea una incesante sucesión de amores vendidos por parte de las actrices y de ruines venganzas por parte de las acróbatas, como pintan Zola en *Naná* y Goncourt en *Los hermanas Zenyanmo;* también nosotros hemos vivido la vida profesional de las aldeas y no hemos visto que todas las mujeres de los médicos sean epilépticas y viciosas meretrices, que empiezan por dar su cuerpo al deseo y a la pasión de un amante ilícito y concluyen por venderlo en el mercado de la prostitución, como pinta Flaubert en *Madame Bovary.* ¡Zola! ¡Goncourt! ¡Flaubert! ¿qué habéis hecho de la verdad? ¿para qué os ha servido vuestro manoseado *documento humano* si habéis incurrido en iguales exageraciones que los trasnochados idealistas? ¿si, aparte de que sea necesario o no mirar la vida con cierto pesimismo, hay que echaros en cara vuestro afán de exagerar lo feo, lo obsceno y lo asqueroso, lo torpe y lo deforme? Trueba fué, no lo dudéis, más naturalista que vosotros; Trueba miró, pensó, retrató y habló copiando sólo lo que veía; ni inventó nada, ni mintió en su fundamental manera de ser artística, basándose nada más que en la verdad y trasladando a sus escritos la vida con la más ingenua sinceridad. ¡Cuánto más hermosa que vuestra misión, naturalistas franceses, fué la misión de Trueba!» (1)

---

(1) *Biblioteca Bascongada,* tomo I, pág. 98, 99, 100 y 101.



Otro sabio crítico vasco consideró especialmente en Antonio de Trueba su personalidad de cuentista, primer cultivador sistemático de este género literario.

Don José María de Lizana, marqués de Casa-Torre, escribió un bello *Elogio de Trueba* para optar a un premio ofrecido por la Academia de Mon-Real de Toulouse, (en Agosto de 1885) y en él dice entre otras cosas exactas y bellas, esta más exacta y más bella que todas: «Trueba ha sido, en suma, el primero que ha dado al género literario de los cuentos las condiciones e importancia que hoy tiene y el que mejor lo ha cultivado. El que desconozca sus obras habrá dejado de leer una de las páginas de la historia contemporánea de la literatura patria: la que contiene esta parte importante de esta literatura, creada por él, desarrollada por él e imitada luego por muchos, más o menos felizmente. Fernán Caballero es el único que podría compartir con Trueba esta gloria; pero ni sus cuentos son tan numerosos como los del novelista vascongado, ni llegan, sobre todo, (hablo de las condiciones del género) a la perfección alcanzada por éstos. Están tomados literalmente, puede decirse, de la boca del pueblo. Trueba, por el contrario, además de dar a sus cuentos un fin moral, que no todos tienen en su origen, les presta forma literaria acabadísima, más acabada que la que creyó deber dar a los suyos la insigne escritora andaluza.» (1)



Con gran acierto dijo el Padre Blanco García en *La literatura española en el siglo XIX* que Trueba está tan distante del naturalismo grosero, que se refocila en los bestiales instintos humanos, como del idealismo cándido y bobalicón. «Iluso y optimista llaman otras veces al autor por haberse empleado en pintar las costumbres de un pueblo modesto; mas como esos señores, o no lo reconocen tal,

(1) *Biblioteca Bascongada*, tomo I, p. 180 y 181.

o no lo han visto, o se empeñan en su negativa *porque sí,* juran que ese pueblo no existe sino en la fantasía de sus admiradores. Pero cabalmente el distintivo de Trueba es el realismo, a veces exagerado, que coloca a par de la virtud el vicio y descubre en la vida rural, no sólo sus encantos, sino también su parte más prosaica, desconocida para los forjadores de églogas e idilios empalagosos, salvo que, con no faltar a la verdad, con no omitir Trueba nada en sus descripciones, brota de ellas cierta hermosura ideal, de que sin motivo ninguno se le hace cargo, como si fuese defecto imperdonable.» (1)

¡Quién lo duda! Los campesinos de Trueba son rudos y fuertes vascos, no campesinos adamados de égloga a lo Meléndez Valdés, ni campesinos decorados con nombres mitológicos, falsos, postizos afectados, como esos que surgen, a modo de desquite de la Naturaleza poderosa, en los momentos culminantes de decadencia de una civilización, bajo el declinante imperio de Augusto o en Versalles, a la sombra de los reyes libertinos... Don Juan Valera hizo notar alguna vez muy agudamente que siempre, en la épocas en que una raza caduca se desangra, surge una Arcadia pastoril, remedada y artificial, como si fuese un imperioso y fatal mandato del instinto artístico añorar aquello de lo que se está más lejos...

No es ciertamente esa Arcadia la Arcadia a que nos quiere conducir Trueba, una Arcadia que pudiera decorar Watteau, una Arcadia de falsos Batilos y apócrifas Filis, una Arcadia donde el campesino es un autómata mitológico... sino una Arcadia viva, palpitante, realista. Sus campesinos no son los campesinos falsos de Teócrito, de Virgilio o de Meléndez Valdés—tres épocas literarias de falso egloguismo quiero designar con esos tres nombres;—seres ficticios, imposibles, que razonan sutilmente como filósofos, juzgan como finos letrados las tragedias de Pollión, están al corriente de las cábalas literarias de Roma, lanzan dardos en forma de epigramas contra Bavio y Mevio, gentes, en fin, tan cultivadas que debieran ocupar un puesto en la corte de Mecenas...

El campesino de Trueba es realmente el campesino seco, duro y férreo de Vasconia, el campesino que se asemeja más al Simulus que nos pinta Virgilio en su poema *Moretum* (uno de los cuatro poemas cuya autenticidad aún no se ha garantizado); el único cam-

(1) *La literatura española en el siglo XIX.*

pesino que tiene carácter realista de todos los que nos ha descrito el cisne de Mantua, acompañado de la palpitante figura de su esclava Cibala,

torta comam, labroque tumens et fuxa colorem...

El campesino de Trueba no es ciertamente el campesino almibarado y relamido de las pastorelas, sino un campesino de novela naturalista—sin la crudeza del naturalismo de batalla... Reconocemos.

* * *

Fué Antonio de Trueba toda su vida hombre de intachables costumbres, en quien la moralidad que predicaba en sus obras iba aliada a la vida, no uno de esos fingidos estoicos de semblante falsamente austero, que reprendía Juvenal *(Satyræ*, v. 3).

qui Curios simulant et Bacchanalia virunt,

que habían de ser más tarde los fariseos judaicos, los «sepulcros blanqueados» que anatematizó Jesucristo.

Becerro de Bengoa nos lo describe correcto, virtuoso, desaliñado y áspero en su exterior. «Era Trueba tan extraordinariamente cuidadoso de la honra en todas sus acciones y del buen crédito de los demás, como de la corrección y delicadeza de sus escritos y del lustre y gloria de su tierra; pero jamás se cuidó de la estética de su persona, ni de los relumbrones de la fama. Tenía el aspecto de un aldeano vestido de señor humilde; y así como en su atavío exterior no se sujetó a las exigencias de la moda, tampoco en sus relaciones en Madrid ni en Bilbao se ocupó, ni una sola vez siquiera, en buscar el roce y amparo de la sociedad elegante». (1)

Era, en suma, lo que designamos con la frase un hombre modesto: modesto sin ostentación, sin esa falsa afectación de modestia que Platón reprochó a Diógenes el Cínico, cuando al penetrar en su estancia ricamente alfombrada, gritando retumbante y enfático: *Calco Platonis fastum* («pisoteo el fausto de Platón»), le replicó muy agudamente el filósofo del *Timeo: Calcas sed alio fastu.* («Pisotéalo,

(1) *Trueba: Estudio biográfico*, VI, pág. 54.

pero con otra ostentación»), en ellos el tipo puro de Vasconia, el que ha descripto Ramón de Basterra en dos pinceladas sobrias y fuertes, como de Zuloaga o de los Zubiaurre. «Cara rasurada, perfil de raza que se sonroja de timidez bajo la boina»...

Jamás hubo escritor en quien la vida y las obras se acoplaran con tan perfecta harmonía, en quien tan sutilmente se acordaran la moralidad predicada en los libros y la sustentada en los actos. Su único vicio—«ese inocente y filosófico vicio», como dice Becerro de Bengoa,—fué el tabaco; su única pasión, la laboriosidad...

Toda su vida tuvo Trueba fama de hombre desaliñado y pigre en el vestir. El crítico catalán Miguel y Badía, al inaugurarse en Bilbao la estatua de Antonio de Trueba, obra de Mariano Benlliure, en 1895, escribió en el *Diario de Barcelona* un dilatado y minucioso artículo sobre la obra del escultor y entre otras cosas decía: «Diz que Trueba no se distinguió por su pulcritud y aún hay que afirmar que en punto a lo aseado deja que desear por más de un concepto, notándose singularmente esto en su cabeza desgreñada e inculta de ordinario. ¿Se ha atenido a esto rigurosamente Benlliure? Al ver la magnífica testa de su estatua bien se comprende que no quiso ser naturalista a machamartillo, antes sublimar la cabeza del ilustre poeta.» (1)



Mas si es deplorable y digna de censura la actitud de la señora Pardo Bazán en la extrema izquierda del naturalismo, no menos digna de acre refutación es la actitud opuesta del Padre Ladrón de Guevara, este flamante Aristarco de sotana que nos ha salido ahora y que olvidando todas las medidas de la prudencia cristiana y de la piedad evangélica, echando por la borda todo el bagaje de cultura humanista que debió adquirir en sus años de latinidad y retórica, y olvidando las sabias enseñanzas de dos doctos agustinos que con criterio no menos ortodoxo, pero más humano, más tolerante, más literario y, en suma, más sensato que el del padrecico, loaron con moderación y entereza libros y autores que hoy a este La Harpe

(1) *Biblioteca Bascongada*, tomo I, p. 138 *(La estatua de Trueba.)*

embravecido de sacristía antójanseles vituperandos, abonimables, de poco provecho y edificación para las almas.

Los sabios agustinos llamáronse el Padre Blanco García en su obra desigual e incompleta, meritísima: *La literatura española en el siglo XIX*, y el Padre Conrado Muiños, por desdicha para las letras patrias fenecido en su plácido retiro de El Escorial a la hora en que se escriben estas páginas...

Novelistas malos y buenos se titula un libro del Padre Ladrón de Guevara, S. J., en que sin duda con la más piadosa intención del mundo se definen actitudes y se lanzan anatemas que calificaré, por lo menos, de imprudentes. La sagacísima práctica del confesonario, fuente de toda clase de investigaciones psicológicas, donde debiera un sacerdote medianamente experto aprender a conocer todos los resortes del corazón humano ¿no ha adoctrinado lo bastante al Padre Ladrón sobre la inconveniencia de reducir demasiado el campo de la lectura hasta dejar sólo en él tres o cuatro libros piadosos, de los cuales en mis días pretenderé yo burlarme—puesto que han sido el pasto intelectual de mi adolescencia y han consolado durante tantos siglos a tantas almas buenas—pero que podrían a la larga acabar por hacerse fatigosos?... ¿Reconoce el Padre Ladrón de Guevara que al fin y a la postre es tan pícara y pecadora la condición humana que muchas veces la prohibición es estimulante del apetito dormido y la veda acicate de la caza?... Vuesas Reverencias holgaríanse, es cierto, de ver como todo fiel cristiano gozábase sólo en la lectura de los escritores ascéticos y místicos de nuestro siglo de oro; pero bien se advierte que eso no pasa de ser una amable utopia. Pues si así han de concederlo ¿para qué perder el tiempo en hacer afirmaciones baladíes y en lanzar prohibiciones infructíferas?...

De este calibre es la que expone el Padre Ladrón de Guevara en *Novelistas malos y buenos* cuando dice, con notable puerilidad, refiriéndose a nuestro buen Trueba: «Es bueno, pero no tan intransigente que dejara de enviar artículos a *La Ilustración Española y Americana*». Con razón agrega a esta frase como comentario o coletilla el Padre Conrado Muiños Sáenz, en su hermoso libro sobre lecturas: (1) «Es indicación de todo un criterio»... Ciertamente que es todo un criterio y que el laconismo de la frase y la sobriedad del

(1) *Ne quid nimis (Acerca de buenas.)*

juicio, envolviendo en elegante elipsis acritudes y durezas, dice más que muchas diatribas.

Pues si bien el Padre Ladrón de Guevara puede alegar la delicadeza de su misión de consultor de almas incautas ¿quién le manda entrarse en los trigos de definidor supremo y crítico máximo de las letras, provocando con sus intemperancias protestas serenas y valientes en el mismo campo católico, como la del Padre Muiños en su hermosa obra *Ne quid nimis?*...

Se podrían tolerar estas indicaciones hechas en forma amistosa y seria por un Padre Coloma, al fin y al cabo nombre meritísimo en las letras hispanas (1) o siquiera por un Padre Alarcón, autor de unos interesantes trabajos publicados con el pseudónimo de *Saj;* pero que condene literatos eméritos por modo tan tremendo y fulminante el piísimo y devotísimo Padre Ladrón de Guevara, que es un indocumentado de las letras, sin autoridad crítica para decidir en tan delicadas materias y con la suficiencia que sólo da la ignorancia... resulta verdaderamente irrisorio. Imaginaos como anatematiza a Trueba con esta frase solemne y flagelante... después de la frase pueril antedicha: «Ha estado exagerado algunas veces colocando al par de la virtud el vicio.»

(1) Aunque sólo pueda contarse, si hemos de hacerle justicia estricta, entre «los novelistas menores», como yo le conté en mi *Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días.* Por cierto que, a propósito de esta clasificación puramente literaria y de seca equidad crítica, en nada depresiva para la persona, se ha revuelto poco há en artículo publicado en *El Pueblo Vasco,* de Bilbao, el publicista católico don Angel Salcedo, indicando o aludiendo despectivamente a mi modesta persona en esta frase: «Alguien desde el Ateneo»... Ni yo clasifiqué al Padre Coloma entre los novelistas menores desde el Ateneo, sino en una obra premiada en el Ateneo, que no es lo mismo, (pues pudo dar igualmente la casualidad de que me la hubiera premiado la Academia o... la docta Compañía de Jesús si hubiese ajustado mis conceptos a su doctrina), ni ese tono despectivo está muy conforme con la caridad cristiana. Por lo demás el tono que emplea el señor Salcedo en ese trabajo donde debiera tratar con más respeto a un cofrade en crítica como soy yo, está muy conforme con las prácticas jesuíticas. Los jesuítas han puesto en circulación la absurda leyenda de «la conspiración del silencio», útil sólo en un país de tontos y de despechados. La practican con fruición porque encuentran quien hasta agria su nativo carácter con tales omisiones; afortunadamente soy yo de tal temple que una suave sonrisa deshace lo que en otros provoca tempestades de cólera. Todo periódico que inspiran los jesuítas silencia sistemáticamente a ciertos autores que les conviene silenciar, ellos sabrán por qué, en sus inescrutables designios. Yo he sido de los más favorecidos por este pío y prudentísimo silencio de los S. J.; y loado sea Dios que me concede tal dicha... Así a pesar de tener publicados ¡por mí mal, bien lo sabe Dios! dieciseis libros en mis cortos años de vida, el suavísimo y caritativo Padre Ladrón de Guevara me hace la suma merced y singular privilegio de no mentarme para nada. Bien se ve que el Paráclito le inspira en todas sus decisiones. Desde luego para el padrecito es más respetable la personalidad de Félix Limendoux que la mía. ¿Será que nadie va a los confesonarios si debe o no leer mis obras? Que me place, pues ello me revela que no me leen menores de edad ni gente que hace mal uso de la luz de su razón, sino personas sensatas y de sólido criterio, que no necesitan tutores ni ayudas de ninguna especie... Pero cuiden que no caigan mis libros en manos de doncellicas inexpertas, que por no haber hallado mi nombre señalado en el mirífico libro del crítico sin par, encuentren en ellos el veneno de voluptuosidad y escepticismo que destilan, sin encontrar, por otra parte, el maravilloso antídoto del Padre Ladrón de Guevara... Por lo demás, nada me afecta este silencio ya que estoy curado de toda vanidad literaria y que desde mi temprana infancia, *ex teneri ungne,* me sé muy bien mis clásicos y recito veinte veces al día ese sabroso párrafo de Séneca: *Etiamsi omnibus viventivus tecum silentium livor iudixerit.*.

¿Qué crédito puede merecer a una persona medianamente sensata y católica un criterio tan estrecho y tan voluntariamente injusto?... Por este procedimiento noten los Padres que no van más que a la reducción dolorosa del catolicismo y a encerrar en el molde estrecho de sus Residencias una religión que conforta espiritualmente a tantos millones de almas...

¿Por qué, pues, tan indiscretamente, con un fervor excesivo, con un exceso de celo, *(zelus domus tuæ comedit me...)* los Rvdos. Padres encargados de la censura eclesiástica se han permitido decir *ore rotundo: «facultatem facimus ut id typis mandetur»?...*

Afortunadamente nos queda el consuelo de leer, como revulsivo contra el nefasto libro del Padre Ladrón de Guevara (1)—del cual dice con orgullo su propio autor... si no con orgullo, con escasa modestia: «las novelas juzgadas son sinnúmero»...—¿y los dislates? ¿no son sinnúmero también?...—el otro admirable libro-refutación del Padre Muiños, titulado *Ne quid nimis*, que debiera ser en lo sucesivo libro de cabecera de todos los tratadistas católicos que escribiesen de crítica literaria.

Desde el terreno del catolicismo, no se puede estar contra el Padre Muiños sin incurrir en grave responsabilidad de doctrina y de dirección moral. Cuando se tiene sobre sí el peso de la dirección de tantas almas, no se puede impunemente adoptar el criterio restringido, estrecho, sino en el más muelle y laxo, a menos que se profese la desatinada teoría de sacrificar el beneficio de unos pocos al daño de los muchos. Por eso las reglas de prudencia confesional que señala el Padre Muiños, frente a las inconsideradas, infundadas y a veces descabelladas teorías del Padre Ladrón de Guevara, intransigente *pour rire* que, de puro gruñón y descontentadizo, provoca en el ánimo explosiones de ironía, no tempestades de indignación.

Y no se me replique que actúo de pontífice laico y que pretendo dar normas para la actitud de los católicos en punto tan delicado como las buenas y malas lecturas. Hablo por boca del Padre Conrado Muiños, que bien clara y categóricamente expresa su sentir en las pocas palabras de introducción. *Al lector:* «Mi ánimo no fué

(1) *Novelistas malos y buenos*, juzgados por el P. Pablo Ladrón de Guevara, de la Compañía de Jesús.—2.ª edición aumentada.—Con licencia eclesiástica.—Dirección: Sr. Administrador de «El Mensajero del Corazón de Jesús.»—Ayala, 3.-Bilbao.

nunca, ni pudo serlo, llamar la atención ni mucho menos desacreditar a personas a quienes respeto, y por lo cual he omitido sus nombres; *sino dar la voz de alerta a los eclesiásticos sobre lo que considero* **un verdadero peligro** *para la paz de las conciencias, el prestigio del clero y la dignidad del Sacramento de la Penitencia.*»

No creo que haya anfibología ni escamoteo de conceptos en cuanto apunta en su libro el Padre Muiños y menos en esas importantísimas palabras preliminares, en que se muestra claro, paladino y concluyente, como un buen clérigo coetáneo de Gonzalo de Berceo.

Si a estas razones aún tienen que alegar algo que les parezca terminante los Rvdos. Padres de la Compañía de Jesús, aguardo con todo respeto su réplica. Sé, con todo, que la aguardaré en vano, pues ya se sabe que el acreditado recurso de la conspiración del silencio, corroborado por las *monita secreta*, es su grata y sonora divisa respecto a todos los críticos laicos que no les quieren demasiado bien; y sin embargo ¡oh, vuestras paternidades! yo aguardo, aguardo, semejante en esto—y nada más que en esto, por mi desventura—a nuestro Padre Celestial que es perfecto... y que es paciente porque vive dentro de la Eternidad: *patiens guia æternus*...



Fué tan fecundísimo Trueba, (1) que se hace difícil clasificar todo el inmenso bagaje de sus libros que componen una verdadera biblioteca. Afortunadamente, su hijo político, el catedrático del Institu Vizcaíno, don Julián de Irurozqui, nos ha facilitado la labor porque, con arreglo al plan trazado por el erudito escritor vasco don Juan E. Delmas en un artículo de *El Noticiero Bilbaino*, al primer aniversario de la muerte de Trueba, ha compuesto una excelente clasificación bibliográfica, base de la edición de sus obras *completas* que había de editar más tarde el benemérito editor Antonio Romero. Esta edición, esmeradamente impresa y excelentes tipos de letra, papel y demás condiciones de presentación, se compone de diez tomos distribuídos en la forma siguiente:

---

(1) «Una de las dos excelentes cualidades que en Trueba se admiran—dice el P. Alonso García—es la fecundidad no estéril, como en tantos otros, sino siempre igual así misma, dócil e incansable ayuda del ingenio.» *(La literatura española en el siglo XIX.)*

I *El libro de los cantares.—Canciones primaverales.*

II *El libro de las montañas.—Arte de hacer versos al alcance de todo el que sepa leer.*

III *El libro de los recuerdos.—Fábulas de la educación.*

IV *Cuentos de color de rosa.*

V *Cuentos campesinos.*

VI *Cuentos populares*

VII *Cuentos de vivos y muertos.*

VIII *Cuentos del hogar.*

IX *Nuevos cuentos populares.*

X *Cuentos populares de Vizcaya.*

De todos estos trabajos salían a luz por primera vez, como inéditos, en las *Obras* que sólo impropiamente podemos llamar completas, *El libro de los recuerdos* y *Cuentos populares de Vizcaya.*

Quedaban fuera de la colección del editor Romero, quizá por haber vendido el autor la propiedad de esas obras a los respectivos editores, los volúmenes siguientes: *El Gabán y la chaqueta* (novela), publicada primeramente en la «Biblioteca selecta de autores contempóraneos» (Madrid 1872) y reproducida luego en «El Cosmos Editorial» (1884), por haberse agotado la edición anterior; *Mari-Santa* (cuadros del hogar y sus contornos), Madrid, 1879; *Cuentos de madres e hijos,* publicado por la casa editorial Bastinos y Compañía (Barcelona, 1879); *De flor en flor* (Madrid, 1882); *Madrid por fuera, El Redentor moderno, Capítulos de un libro, Descripción geográfica e histórica de Vizcaya* y *Leyendas genealógicas de España* (Barcelona, 1887.)

Añádase a estos tomos la cantidad enorme de artículos que no se han coleccionado, publicados en *La Ilustración Española y Americana,* en *Irurac-Bat* y en *El Noticiero Bilbaíno,* el veterano periódico local, al cual dedicó Trueba los mejores frutos de su ingenio. No creo necesario reproducir los títulos de los trabajos allí publicados y al que quiera informarse detalladamente sobre el particular remito a la minuciosa y metódica bibliografía de Becerro de Bengoa, en su excelente estudio biográfico de Trueba.

Para que el lector se forme idea de la copiosa producción de Trueba y del ritmo ascendente de su evolución literaria, he puesto, creyéndola útil, al final de este capítulo, una bibliografía por orden rigurosamente cronológico.

BIBLIOGRAFÍA

EL CID CAMPEADOR, (novela histórica), en 4.°, Madrid, 1851.

LAS HIJAS DEL CID, (paráfrasis de las crónicas de aquel famoso caballero), en 4.° mayor, Madrid, 1859.

CUENTOS POPULARES, en 12.°, Madrid, 1862.

CUENTOS POPULARES Y CUENTOS DE VARIOS COLORES, 2 tomos en 8.°, Madrid, 1864-1866.

CUENTOS DE COLOR DE ROSA Y CUENTOS CAMPESINOS, 2 tomos en 8.°, Madrid, 1864-1865.

LA PALOMA Y LOS HALCONES, un tomo en 8.°, Madrid, 1865.

CUENTOS DE VARIOS COLORES, un tomo en 8.°, Madrid, 1866.

EL LIBRO DE LAS MONTAÑAS, un tomo en 8.°, Bilbao, 1872.

EL GABÁN Y LA CHAQUETA, (novela), un tomo en 4.°, Madrid, 1872.

MARI-SANTA, (cuadros de hogar y sus contornos), un tomo en 4.° menor, Madrid, 1874.

EL LIBRO DE LOS CANTARES, un tomo en 8.° mayor, 8.ª edición, Madrid, 1875.

OBRAS POPULARES: CUENTOS DE COLOR DE ROSA, CUENTOS POPULARES, CUENTOS CAMPESINOS, 2 tomos en 4.°, Madrid, 1874.

ARTE DE HACER VERSOS AL ALCANCE DE TODO EL QUE SEPA LEER, un tomo en 8.°, Madrid, 1881.

CUENTOS DE MADRES E HIJOS, Barcelona, Bastinos y Cía, 1879.

DE FLOR EN FLOR, un tomo en 4.°, Madrid, 1882.

NUEVOS CUENTOS POPULARES, un tomo en 4.°

CUENTOS DEL HOGAR, un tomo en 8.° mayor.

MADRID POR FUERA, un tomo en 8.° mayor.

CAPÍTULOS DE UN LIBRO, un tomo en 8.° mayor, Madrid, 1864.

EL REDENTOR MODERNO, un tomo.

NARRACIONES POPULARES, un tomo en 8.° mayor.

CUENTOS DE VIVOS Y MUERTOS, un volumen.

LEYENDAS GENEALÓGICAS DE ESPAÑA, 2 t. en 8.°, Barcelona, 1887.

PÁGINAS ESCOGIDAS

DE

ANTONIO DE TRUEBA



POESÍAS

EL RAMO DEL SOLDADO

I

«Un soldado me dió un ramo
yo le recibí con pena»,
porque quien prenda recibe
se obliga a dar otra prenda.
¡Ay, las encinas del valle
vieron durante una siesta
que en vano a esta ley tirana
opuse mi resistencia!
Un sabio refrán nos dice:
«dádivas quebrantan peñas»,
y... ¡no es mucho que quebranten
corazoncitos de cera!
¡Pobre de mí cuando al cura
se lo confiese en la iglesia!
¡Pobre de mí si lo saben
mi madre y mis compañeras,
que en dádivas de soldado
no fía ninguna de ellas!
El domingo por la tarde,
en el baile de las eras,
mis compañeras cantaban,
al són de la pandereta,
«que de mano del soldado
nunca vino cosa buena».

II

Busco la paz en el sueño,
y si duermo, duermo inquieta...
¡Ay, triste de mí, si entonces
mi madre al lecho se acerca,
porque le diré dormida
lo que le callo despierta!
En vano con mi ignorancia
disculparé mi flaqueza,
que mi madre muchas veces
me dijo, al ver mi inocencia:
«Lucero de la mañana,
sol de mis ojos, mi prenda,
si el aliento de los hombres
nunca empaña tu pureza,
tú serás siempre el espejo
donde tu madre se vea.
Un soldado te da flores,
y tú, niña, las aceptas,
sin saber que flores pide
quien da flores a doncellas...
¡Idolo del alma mía,
nunca admitas sus ofertas,
«que de mano del soldado
nunca vino cosa buena»!

III

Apenas despunta el alba,
como el amor me desvela,
me voy con mi cantarito
a coger la agua serena...
¡Ay, cómo cantan las aves!
¡ay, cómo el aura refresca!
¡ay, cómo huelen las flores!
¡ay, cómo todo se alegra!
Mi corazón solamente
está lleno de tristeza,
pues al despuntar el alba,
como durante la siesta,
ya ¡nadie me ofrece ramos
de flores en la arboleda!

¡Una corona de flores
ofrezco a la Magdalena
si en mi ceguedad me guía.
porque de amor estoy ciega!
Llorando paso los días,
llorando la noche entera,
y al verme llorando siempre,
mi madre se desconsuela...
¡Pobre madre, pobre madre,
bien dijiste, verdad era,
«que de mano del soldado
nunca vino cosa buena»!

IV

Ya cantan los pajaritos
en la vecina arboleda;
ya amanece, y las campanas
tocan a misa primera...
¿Cómo no me ha despertado,
como siempre me despierta
al rayar el alba, el toque
de tambores y cornetas?...
Pero ¿qué cantar es ese
que cantan junto a mi reja?
«Amorcitos de soldado
son amorcitos que vuelan,
pues en tocando la marcha,
quédate con Dios, morena.»
¡Se ha marchado! ¡¡Se ha marchado
y me escarnece la aldea!!
¿dónde ocultar mi deshonra?
¿dónde ocultar mi vergüenza?
¡Madre, cuando el sol asome
ven a mi alcoba, y en ella
encontrarás un cadáver
que otro cadáver encierra!...
¡Pobre madre, pobre madre,
bien dijiste, verdad era,
«que de mano del soldado
nunca vino cosa buena»!

DESDE BALCÓN A BALCÓN

I

Desde mi balcón te veo
cara a cara y frente a frente,
cuando riegas los jazmines
y la albaca y los claveles
que tu habitación perfuman
porque en tu balcón florecen.
Me parecen muy hermosas
las flores que regar sueles,
pero tú, flor de las flores,
más hermosa me pareces;
y por eso a todas horas
en tu balcón quiero verte,
y por eso, ¡ay Dios, por eso
enamorado me tienes!
Me muero por confesarte
lo que el corazón te quiere,
pero es la calle tan ancha,
que mis palabras se pierden
entre tu balcón y el mío
por más que la voz se esfuerce,
«y no te puedo decir
lo que mi corazón siente».

II

Cuando cierras los cristales
de tu balcón, me parece
que la luz del sol se apaga,
que una obscura noche viene,
y fijo mis tristes ojos
en la muselina ténue
que te recata a la vista
del que se muere por verte.
A veces la agita el viento,
y la levanta otras veces...
¡Ay, si vieras qué ilusiones
entonces forja mi mente!
Me figuro que es tu mano
quien la cortinilla mueve,

porque tus ojos me buscan
y tu corazón me quiere;
pero recuerdo en seguida
que ignoras mi amor ardiente,
pues velo el fuego del alma
con un semblante de nieve,
«y no te puedo decir
lo que mi corazón siente».

III

Desde mi balcón descubro
el blanco lecho en que duermes,
no bien le abandonas y abres
tu balcón cuando amanece.
La confusión y el desorden
que en él mis ojos advierten
me revelan que tus sueños
son agitados y breves.
¿Qué inquietudes te desvelan
o de qué mal adoleces?
¿Acaso como yo, el alma
enferma de amores tienes?
¿Acaso en el lecho lloras
como también me sucede
esperanzas amorosas
que en él nacen y en él mueren?
Ven a llorar en mi seno,
pobre tórtola doliente...
Pero mi acento amoroso
en el espacio se pierde,
«y no te puedo decir
lo que mi corazón siente».

IV

Blanca paloma encerrada,
rompe esas tiranas redes
y ven a buscar el cielo
que mi corazón te ofrece.
La juventud es hermosa.
pero se marcha y no vuelve,
y es triste pensar en ella
cuando pasó estérilmente.

Las almas como la mía
hasta el dolor embellecen;
ven a mi lado, y el arte
que Dios me enseñó te enseñe,
y verás como los cielos
más azules te parecen,
más floridas las praderas,
más perfumado el ambiente,
más placentera la vida
y menos triste la muerte...
Pero, ¡ay Dios, en el espacio
estas palabras se pierden:
«y no te puedo decir
lo que mi corazón siente!»

UNA ROMERÍA

I

—Muy temprano, muy temprano
te levantas hoy, María;
muy tempranito te peinas,
muy tempranito te aliñas.
¿Adónde vas, niña, adónde?
—Voy, madre, a la romería,
que el tamboril desde el alba
resuena en Santa Marina.
—Cuida, niña, de tu honra,
y de tu corazón cuida,
que en esas fiestas exponen
honra y corazón las niñas.
—No temas, madre, no temas,
que Juan ayer me decía:
«¡Ay, niña, cuánto te quiero!
¡ay, cuánto te quiero, niña!»
Y como me quiere tanto
y es tanta su valentía,
mi corazón y mi honra
defenderá si peligran.
—Niña, niña, la inocencia
en tu corazón habita,
y mis amantes temores
en esa inocencia estriban.

¡Ay de la niña que pierde,
liviana e inadvertida,
honra y corazón, más caros
que el oro y la plata fina!
—Adiós, madre, hasta la noche,
porque el tamboril aprisa
«tan-taran-tan-tan, resuena,
resuena en la romería.»

II

Por la estrada de Mendieta
baja a la fiesta la niña.
¡Ay Dios, qué ligera baja!
¡Ay Dios, qué linda, qué linda!
No saltan de roble en roble
más ligeras las ardillas,
que salta de llosa en llosa
los altos setos María.
Su pie, tan leve que apenas
dobla la hierba que pisa,
zapatito fino calza,
y calza azul media fina.
Blanco es su vestido, blanco
como su seno, y prendida
en la sien lleva una rosa
del color de su mejilla,
y en dos trenzas cuyos lazos
la inocencia simbolizan,
su cabellera, tan negra
como sus ojos, se agita.
Desiertos quedan los campos,
desiertas las caserías
que entre los robles blanquean
en las montañas vecinas;
que alegres mozos y viejos
bajan al valle en cuadrilla.
Los mozos bajan al baile,
los viejos bajan a misa,
pues el tamboril, en tanto
que las campanas repican,
«tan-taran-tan-tan, resuena,
resuena en la romería.»

III

Ribera del manso río
hay un campo que a porfía
altos nogales sombrean
y olientes flores tapizan.
Las brisas del Oceano,
que a lo lejos se divisa,
llegan hasta allí, y la atmósfera
refrescan y purifican.
En el centro de ese campo
rompe la bóveda umbría
de entrelazado follaje
la espadaña de una ermita.
En ese campo, morada
de soledad otros días,
hoy tiene el placer su imperio,
su centro tiene hoy la vida,
pues tamboril y campanas
llaman a la romería,
y a tan alegre concierto
todas las penas se olvidan.
Allí confundidas yacen
edades y jerarquías,
y ante la ley del contento
las almas se identifican.
Id allí, ciegos apóstoles
de fatalistas doctrinas:
la felicidad no es sueño
ni la libertad mentira,
que ambas se gozan al són
del tamboril que hoy aprisa
«tan-taran-tan-tan, resuena,
resuena en la romería.»

IV

El corazón se dilata
y alborozado palpita
cuando los ojos contemplan
ese manantial de dicha.
Bordan la margen del río
y el ambiente aromatizan

mil canastillos de fruta
que Pomona envidiaría;
y bajo toldo de ramas
doquier a la gula incitan
sabrosísimos manjares
y deliciosas bebidas.
A la sombra de los árboles
comen y beben y brindan
sobre manteles de flores
cien venturosas familias,
y esos campestres banquetes
alegra la sinfonía
a cuyo compás los ciegos
la caridad solicitan.
¿Véis aquel círculo inmenso
allá enfrente de la ermita,
que se estrecha o que se ensancha,
que ya aplaude o que ya silba?
Ya el *villano* le entusiasma,
ya el *aurresku* le electriza,
ya el *fandango* le alboroza,
ya el *arin-arin* le anima,
que el tamboril, sin intérvalo
y cada vez más aprisa,
«tan-taran-tan-tan, resuena,
resuena en la romería.»

V

El sol escondió su disco
entre nubes purpurinas
tras las montañas que el valle
por Occidente limitan,
y poco a poco el murmullo
y el movimiento y la vida
se debilitan y mueren
en derredor de la ermita.
Mas la vida que allí falta
por valles y por colinas,
por llosas y castañares
y por estradas sombrías,
con doble vigor se extiende
en direcciones distintas.
Oíd, oíd los cantares
y los gritos de alegría

con que atruenan los romeros
las selvas circunvecinas.
Por la estrada de Mendieta
torna a su casa una niña,
y como es medrosa, lleva
un galán por compañía.
Hermosa ha sido la fiesta.
pero tú no sabes, niña,
que el néctar tiene sus heces
y las rosas sus espinas.
Acaso llores otro año
cuando el tamboril aprisa
«tan-taran-tan-tan , resuene,
resuene en la romería».

VI

«¡Ay de la niña que pierde,
liviana o inadvertida,
honra y corazón, más caros
que el oro y la plata fina!»
Así te dijo tu madre
hoy hace un año María,
¡y por Dios que según lloras,
no mintió tu madre, niña!
Nadie tu llanto recoge,
que ya para nadie brilla
una perla en cada lágrima
de tu apagada pupila.
Esas vírgenes que fueron
tus compañeras queridas,
felices con su inocencia
bajan a la romería,
y tú avergonzada escondes
la frente descolorida
y ni a decirles te atreves:
—¡Adios, compañeras mías!—
El tamboril allá abajo
difunde el gozo y la vida;
pero su són, los dolores
de tu corazón aviva,
que hoy justamente se cumple
una fatal profecía,
que hoy hace un año te dije
presintiendo tu desdicha:

—¡Acaso llores otro año
cuando el tamboril, oh niña,
«tan-taran-tan-tan resuene,
resuene en la romería!»

A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

I

—Conque adiós, ¡sol de los soles!
—¡Jesús! ¡Tran pronto te vas!
—No me puedo detener,
que el alba despunta ya
y si nos ven aquí hablando,
¡sabe Dios lo que dirán!
—Pues si te vas, no me olvides.
—Yo no te olvido jamás.
¡Malhaya amén tu ventana,
que en el quinto cielo está!
—Si quieres una escalera,
en la iglesia la tendrán.
—Iré a pedirla muy pronto.
—Pues sólo así subirás.
—¡Adiós, sol!
—¡Adiós, lucero!
—¡Adiós, prenda!
—¡Adiós, galán!
¡Qué gallardo, qué gallardo!
Le quisiera contemplar
mientras atraviesa el raso
que hay desde aquí al robledal.
«Estrellitas relumbrantes,
dadme vuestra claridad
para seguirle los pasos
a mi amante que se va.»

II

Entre los mozos del valle
no hay ninguno tan galán
como el que el alma me roba,
como el que mi esclavo es ya;

Ojos míos, ojos míos,
no le dejéis de mirar,
que los suyos también miran
de cuando en cuando hacia acá.
De alegría va cantando...
¡Ay, qué precioso cantar!
«Aunque no quieran tus padres,
ni el cura, ni el sacristán,
si me cumples la palabra,
contigo me he de casar.»
¡Nos casaremos, bien mío,
y si no me enterrarán!
Pero ya sale del raso,
ya se acerca al robledal,
ya la sombra de los robles
me le ha empezado a ocultar...
«Estrellitas relumbrantes,
dadme vuestra claridad
para seguirle los pasos
a mi amante que se va.»

CON BUEN FIN

I

Salada, ¡qué hermosa eres!
Salada, ¡por tí me muero!
Tienes una cinturita
que se abarca con dos dedos;
tu mano y tu pie parecen
de una niña, en lo pequeños;
es tu voz como la música
que se oye en el coliseo;
tus mejillas son dos rosas,
tus ojos son dos luceros,
tus labios unos claveles
y un copo de oro tu pelo.
A solas contigo he estado,
y a pesar de tu salero,
no te he tocado la ropa,
que no mando en ese cuerpo.
Así debes conocer
el buen fin con que te quiero,

que estando a solas contigo
y tú tan salada siendo...
«ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho».

II

Cuando cantaba una noche
la media noche el sereno,
debajo de tu ventana
fuí, niña, a tomar el fresco,
que como te quiero tanto
y tanto de tí me acuerdo,
no me es posible pegar
los ojos cuando me acuesto.
Temiendo que me creyeran
ladrón que estaba en acecho,
me encaramé en tu ventana
y me colé en tu aposento.
Dormida estabas, y hermosa
como un serafín del cielo,
y como entraba la luna
a verte, hermoso lucero,
te ví de cintura arriba,
sin sábanas ni embelecos,
que era una noche de Julio
cuando pasó lo que cuento.
Estuve las horas muertas
embelesado en tu sueño,
y al empezar a esconderse
las estrellitas del cielo,
sin despertarte me fuí
por donde vine, diciendo:
«Ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho».

III

Cuando mi sentir te dije
junto a la Virgen del Puerto,
me preguntaste:—¿Usted viene
con buen fin?—Con buen fin vengo,
te respondí, y yo no falto
en mi vida a lo que ofrezco.

No pienses, sol de los soles,
que tengo el alma de hielo:
es que te dí la palabra,
y el día que nos casemos,
como te parió tu madre
así, amor mío, te quiero.
Para ser algo en el mundo
tengo que esperar un premio;
y ¿qué seré si le alcanzo
antes de llegar a serlo?
Por eso como a una santa
te respeté y te respeto,
por eso pasé una noche
junto a tu cama y... por eso
«ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho».

IV

Salada, ¡qué hermosa eres!
Salada, ¡cuánto te quiero!
Anda, ponte la mantilla
y vamos a San Lorenzo.
Mira, desde aquí a la iglesia,
y desde la iglesia al cielo.
No te tengo preparado
ningún palacio soberbio,
pero hay junto a la parroquia
un taller de carpintero
que tiene en letras doradas
mi nombre en la muestra puesto,
y encima del taller hay
un cuarto en que viviremos
como viven, amor mío,
los ángeles en el cielo.
Lozana rosa de Mayo,
por fin voy a ser tu dueño,
y el más feliz de los hombres
este día me contemplo,
porque jamás tu pureza
he manchado con mi aliento,
porque queriéndote tanto
y tú tan hermosa siendo,
«ni el Padre Santo de Roma
hiciera lo que yo he hecho».

———

UNA Y NO MAS

I

Me gustan mucho tus ojos,
me gusta mucho tu pelo,
me gusta mucho tu cara,
me gusta mucho tu cuerpo:
todo en tí me gusta mucho
desde la planta al cabello;
pero no te quiero, niña,
y sabrás que no te quiero
«porque no puede una luz
alumbrar dos aposentos.»

II

Si no pongo en tí los ojos
es que en otra los he puesto;
es que si me gustas mucho,
me gusta más la que quiero;
es que yo el corazón pongo
donde pongo el pensamiento;
es que para dos amores
tengo el corazón pequeño;
«es que no puedo adorar
dos corazones a un tiempo.»

(De *El Libro de los Cantares;* nueva edición 7.ª corregida y aumentada.)

MI VALLE

I

Mi valle es de cuatro leguas
y tiene diez mil hogares
ocultos en apacibles
bosquecillos de frutales;
montes férreos le dan sombra,
le arrullan azules mares,

cuatro ríos lo fecundan,
crúzanle infinitas naves;
gozo y riqueza derraman
en él la industria y el arte;
no hay en él mano que huelgue
ni garganta que no cante;
la vid cubre sus collados,
y sus vegas los cereales,
flores y eterna verdura
le dan perfume y esmalte,
y tiene al pie de sus montes
regacitos deleitables,
donde la paz y la sombra
y el cántico de las aves,
y el arroyuelo y el césped
lleno de flores fragantes,
dicen en la primavera
con dulcísimo lenguaje:
a los que piensan, que piensen,
y a los que cantan, que canten.

II

Tal es el valle en que tengo
mi hogar y mis amistades,
y mis esperanzas de hombre
y mis recuerdos de infante.
Ramificación de otro
donde lloran los mortales,
no es en él todo delicias
ni beatitud perdurable,
que a veces ¡ay Dios! encuentro
réprobos entre sus ángeles,
espinas entre sus flores
y entre su calma huracanes;
pero tengo un rinconcito
donde entonces refugiarme:
el rinconcito del alma,
adonde no hay mal que alcance.
Desde el Llangón al Ganguren,
y desde el Triano al Serantes,
la primavera ha vestido
de luz y flores el valle;
vamos, musa mía, vamos,
por esos campos y hogares,

llorando con los que lloren,
cantando con los que canten,
porque brotan en mi alma
canciones primaverales.

OLVIDO

I

Collado de Mirabilla,
que mi valle señoreas,
¡qué alegre subí a tu cumbre
y qué triste bajo de ella!
Las florecillas azules
que matizan tus praderas
con el color de los cielos
que allá en el mar se refleja,
han despertado en mi alma,
nunca del dolor exenta,
memorias de un pobre ángel
de quien ya nadie se acuerda,
y en San Vicente de Abando
la resurrección espera,
bajo unos santos cipreses
que nadie con lágrimas riega.

II

¡Cuánto, ay Dios, se parecían
sus ojos al litosperma
que en este verde collado
al cielo en lo azul remeda!
¡Así azules, así humildes,
así adornados de perlas
la última vez que en los míos
buscaron una promesa!
«Dile que por él derramo
estas lágrimas postreras,
y dile que mientras viva
me recuerde en nombre de ellas.»
Acepté y cumplí este encargo
con fidelidad extrema;
pero ¡los santos cipreses
nadie con lágrimas riega!

FRUTOS AGRIOS

I

Yendo por la ribera
del Ibaizábal,
pensando en tus desdichas,
mi pobre patria,
sin saber responderme,
me preguntaba:
«¿Por qué ¡ay Dios! las naciones
desventuradas
que parecen más libres
son más esclavas?»
Y seguía adelante,
pasa que pasa
por campiñas y aldeas
ensangrentadas,
donde ya no se ríe
ni ya se canta,
desde que tiranuelos
te despedazan,
¡y blasonas de libre,
mi pobre España!

II

Orilla del camino
ví unas muchachas
que de un parral cogían
uvas doradas.
Brindáronme un racimo,
tomé su dádiva,
y hallé que eran las uvas
de aquellas parras
lo mismo que el almíbar
azucaradas.
«Planta que da este fruto
—dije al gustarlas—,
¿de qué manera vive,
libre o esclava?»
Y hacia el parral mirando,
ví a toda planta

con unos mimbrecillos
que sin dañarla
no sé si sostenían
o sujetaban.

III

Daba sombra al camino
fresca enramada,
donde libres e incultas
se entrelazaban,
cargadas de racimos
vides lozanas,
entre cuyo ramaje
revoloteaban
pajaritos del cielo
que el nido labran
donde no tocan nunca
manos humanas.
Y como viese ociosas
a las muchachas,
por qué las parras libres
no vendimiaban,
pregunté, y me dijeron:
—Porque las parras
que fructifican libres
dan uvas agrias.

IV

Libertad de mi vida,
libertad santa
que perdurablemente
tienes un ara
en todas las conciencias
rectas y honradas:
lejos de profanarte
con mis palabras,
purificarte quiero
de infames manchas.
No eres tú la que invocan
hoy en mi patria
las inconscientes turbas
desenfrenadas

y las turbas conscientes
de sicofantas:
que tú eres la que invocan
las nobles almas
que entre el cielo y la tierra
lloran y cantan.

SOMORROSTRO

I

Somorrostro, Somorrostro,
¡con cuánto placer arrostro
lluvia o sol canicular
a través de tu campiña,
donde la mies y la viña
reemplazan al arbolar!
Y es natural que así sea,
que ir camino de mi aldea
es por tu campiña ir,
¡y en este camino hay tantos
recuerdos dulces y santos
que conmigo han de morir!
Allá Seldortun asoma
como una blanca paloma
en la falda del Llangón,
y en nombre de Montellano,
donde me hicieron cristiano,
me envía una bendición.
Hacia la cañada honda,
cuya perfumada fronda
me deleitó en la niñez,
a mi saludo responde
aquel santo templo, donde
recé la primera vez.
Velados de blancos tules,
allá los mares azules
que en calma o en tempestad,
desde la cumbre bravía
contemplaba cada día
mi infantil curiosidad.
¡Y aquí donde mi pie yerra
ni un sólo palmo de tierra

que no encierre para mí
el recuerdo alegre o triste
de algo amado que aún existe
o algo amado que perdí!

II

Más tornemos, musa mía,
y no sigamos la vía
de mi primitivo hogar,
que quizá desierto se halle,
¡y sin salir de este valle
hay harto para llorar!
Cuando yo era niño, iba
ese riachuelo arriba,
y siempre sentía allí
ansia de exhalar un canto,
que ya estaba el germen santo
de la poesía en mí.
Y los blancos torbellinos
del agua de los molinos
eran mi encanto mayor,
porque su inquietud eterna
era la imagen externa
de mi inquietud interior.
¡Cotorrio! ¡Veintidós años
recorrí campos extraños
y habité rica ciudad,
y no dejó un sólo día
de volar el alma mía
a tu dulce soledad!
Si aptas para los cantares
hasta las almas vulgares
puede lo hermoso volver,
desde Fresnedo a Pucheta
¡cuántas almas de poeta
pudiera lo hermoso hacer!
Allí, todo paz ahora,
pronto la locomotora
silbará con estridor;
más no tiembles, musa mía,
que nunca a la poesía
puede silbar el vapor.

LANDABURU (1)

I

El habla milenaria
que dominaba en todas
las regiones iberas
cuando, radiante en gloria,
a proscribirla vino
el águila de Roma,
que nunca posó en nuestras
patriarcales *chabolias*,
porque la rechazaron
el hacha y el azcona;
el habla milenaria,
cuya inmortal memoria
hasta en el nombre vive
de la tierra española,
«Cabeza de los campos»
llamó a esa verde loma,
donde al milano engañan
con su blancura hermosa
moradas que parecen
bandada de palomas
esparcidas en campo
de flores olorosas;
y en verdad que tal nombre
la exactitud pregona
del habla milenaria
con que aun nuestra fe invoca
en el hogar y el templo
al santo Jaungoicoa.

---

(1) Landáburu es un barrio de Baracaldo La tradición histórica cuenta que al invadir Vizcaya el rey de Castilla D. Alfonso XI, hacia 1334, los encartados se reunieron en la colina de Landáburu, y lanzándose desde allí a las vegas de Galindo, derrotaron en ellas a las tropas reales. El árbol de Avellaneda era uno de los forales de Vizcaya, donde la Encartacion celebraba sus juntas generales, y desde entonces existe todavia un renuevo del primitivo, que sucedio a otro muy corpulento y viejo, derribado y quemado por los franceses durante la guerra de la Independencia. El árbol Malastu, o Malato, como dice el Fuero de Vizcaya estaba en Luyando, frontera del Señorío, donde se ve un monumento de piedra que conmemora el sitio que ocupó el árbol foral. Los vizcaínos, acaudillados por Juan Zuria (el Señor Blanco), derrotaron en Arrigorriaga a un príncipe de León que murió en la batalla, y cuyo sepulcro se conserva allí, y persiguieron a los restos del ejército invasor hasta el árbol santo.

II

Hace ya muchos siglos,
la Encartación hermosa
osó hallar un tirano
con mercenarias hordas
que a esos campos amenos
llegaron vencedoras,
pero sonó en Landáburu
la voz del patriota,
que indignada decia:
—Vizcaya, ¿dónde tu honra,
dónde tu valor, dónde
tu libertad gloriosa?
¡Arbol de Avellaneda,
baja la altiva copa,
y el afeminamiento
del encartado llora!
Deshonra del Malastu
venganza tuvo pronta,
mas ¿dónde está el Zuría
que vengue tu deshonra?—
Así gritó indignada
la voz del patriota,
y entonces de Landáburu,
como rugientes olas,
las iras populares
bajaron vengadoras,
y en sangre de tiranos
van desde entonces rojas
las ondas del Galindo,
que si de Marte es gloria,
lo es mucho más de Ceres,
de Baco y de Pomona.

EL DOMINGO

¡Qué alegre es el domingo,
cuando el primer cantar
canta en su campanario
la iglesia parroquial,
y vestidos de fiesta
todos a misa van
por la olorosa linde
de la verde heredad,
o la florida estrada
o el viejo castañar!
¡Qué alegre es el domingo,
cuando cariño y pan
al volver de la iglesia
se encuentra en el hogar,
o bajito, bajito,
que lo oiga Dios no más,
se ha conseguido alguna
promesa muy formal
de labios que parecen
hechos para besar!
¡Qué alegre es el domingo,
cuando la mocedad
al pie de los cerezos
no se harta de bailar,
ni se harta de reir
con loca ingenuidad
y los de edad madura,
poquito más allá,
de conversar no se hartan
ni se hartan de charlar!
¡Qué alegre es el domingo,
cuando escondiendo va
el sol tras el Janeo
su hermoso luminar,
y con sus santas lenguas
la iglesia parroquial
cuyo alto campanario
domina al arbolar,
dice a los feligreses:
«¡Rezad y descansad!»

¡Qué alegre es el domingo,
cuando la voz leal
de la conciencia humana
que no miente jamás,
dice a los campesinos
que tornan a su hogar:
«¡Mañana es día santo
como el que espira ya,
porque mañana es
día de trabajar!»

RECUERDOS

I

Aun éramos los dos niños,
y éramos los dos alegres,
cuando a sentir empezábamos
la alternativa perenne
de melancolía y ansia
que agita al adolescente;
ya fuese que me esperase,
ya que la esperase fuese,
la puente del Arenado
pasábamos juntos siempre,
y más de una vez, de pecho
en el pretil de la puente,
donde un nido entre la hiedra
dos pájaros hacer suelen,
contemplábamos dos ríos
que llegan hasta allí débiles,
y allí se juntan, y juntos
corren hacia la mar fuertes.
¡Ay! Nuestras manos entonces
se buscaban mutuamente,
y su cabecita, rubia
como el sol que nace o muere
se reclinaba en mi hombro,
de júbilo estremeciéndome.

II

¡Qué confidencias tan dulces
y qué sueños tan alegres
en aquellas arboledas
que río abajo se extienden
hasta que al pie del Janeo
la mar azul aparece!
Pero ¡qué presentimientos
tan tristes algunas veces!
Era a mediados de Octubre,
cuando todo palidece
y todo anuncia que toda
la Naturaleza muere.
Junto a la fuente de Torres,
a la luz del sol poniente,
soñábamos una tarde
felicidades celestes
que en la tierra sueñan pocos,
porque pocos las comprenden,
cuando doblaron campanas
en la aldeíta de enfrente,
y, no sé por qué, la niña,
de tristeza estremeciéndome,
¡reclinó en mi hombro, llorando,
la cabecita inocente!

III

Doblaban también campanas
porque empezaba Noviembre,
en que entre muertos y vivos
sirven de santos intérpretes;
doblaban también campanas,
cuando con ansias crueles
nos despedimos pensando
¡si sería para siempre!
Veintidós años más tarde
torné a mis valles alegre,
pensando en ella y pensando
que era muerta aunque viviese,
y nos encontramos bajo
las encinas de Sanfuentes.

¡Gloriosa Santa Lucía
que en aquel collado tienes
esperanzas para el triste
que la luz ocular pierde:
cegaras mis ojos antes
que llorar los suyos viesen,
porque desde que los vieron,
las angustias de la muerte
no me espantan, no me espantan,
que ya sé cómo se muere!

IV

Yo no sé si ríe o llora,
yo no sé si vive o muere
hacia San Pedro de Abanto
al pie de un collado verde;
pero sé que muchas tardes,
pasando por allí alegre,
yo, que bendigo al que ama
y maldigo al que aborrece,
he visto unos niños rubios
cogiendo en un nogal nueces,
y he sentido odio y tristeza
al ver que a ella se parecen.
¡Y aquel arroyuelo manso
que del collado desciende,
no puedo una vez siquiera
pasar sin extremecerme,
pensando que es de sus ojos
el agua que por él viene!
¡Y en la voz del campanario,
y en el rumor de la fuente,
y en el canto de las aves
oir su voz me parece,
que enamorada me llama
y desesperada muere!

———

LA SOLEDAD

I

Conozco yo una aldeíta
allá en mi valle natal
tan agreste y solitaria,
que cuantos por ella van
exclaman cuando la ven:
—¡Qué espantosa soledad!—
Entre dos montes muy altos,
cuyas laderas están
vestidas de madroñales,
corre, corre hacia la mar,
saltando de peña en peña,
un riachuelo fugaz
tan fresco como la nieve,
tan limpio como el cristal.
Orilla del riachuelo,
en un bosque secular
de castaños y nogales
que sombra apacible dan,
y entre verdes huertecillos
que tienen por valladar
avellanos y saúcos
en que el jazmín y el rosal
y la madreselva apoyan
su dulce debilidad,
y lo interior enriquecen
el manzano y el brevar,
y el cirolero y la parra,
y el cerezo y el peral,
que son desde Mayo a Octubre
regocijo del lugar;
a orilla del riachuelo
diseminadas están
quince casas, dos molinos,
una iglesia parroquial
y un santuario que domina
a toda la vecindad
para que el santo mejor
pueda por ella velar.
Tal es (poco más o menos,
que pinto bastante mal)
la aldeíta de mi valle

que a todos hace exclamar
por solitaria y agreste:
—¡Qué espantosa soledad!

II

Aldeíta que te escondes
en el más agreste y más
apartado rinconcillo
que hay en mi valle natal:
yo, que bajo tus nogales
no jugué en la tierna edad,
ni a las presas de tu río
bajé en verano a nadar,
ni subiendo a tus frutales
me puse como un Adán,
ni rompí a tu señor cura
de una pedrada un cristal,
ni de tu señor maestro
recibí un tantarantán,
ni apedreando tus campanas
fuí aprendiendo a repicar,
ni vestí de monaguillo
en tu fiesta patronal,
ni lloré por los que hallaron
en tu camposanto paz
ni recé por vez primera
en las gradas de tu altar,
ni recibí el agua santa
en tu pila bautismal;
yo, que más de media vida
he pasado en la ciudad
y hallo mi mayor encanto
en la vida intelectual;
yo, aldeíta de mi valle,
que a tantos espanto das,
a pesar de todo esto,
me comprometo a pasar
lo que me queda de vida
en tu horrible soledad,
sólo con la condición
de que no me han de faltar
en la estantería libros,
en el alhacena pan,
en el hogar propio amor,
y en el ajeno amistad.

(De *Canciones primaverales*.)

TRADUCCION DEL HIMNO VASCO

«GUERNIKAKO ARBOLA»

I

El árbol de Guernica
es símbolo bendito
que ama todo euskalduna
con entrañable amor.
Arbol santo, propaga
tu fruto por el mundo
mientras te tributamos
ferviente adoración.

II

Según la historia dice,
el árbol de Guernica
hace mas de mil años
por Dios plantado fué.
Arbol santo, no caigas,
que sin tu dulce sombra,
completa, irrimisible,
nuestra perdición es.

III

No caerás, roble amado,
si cumple sus deberes
Vizcaya reunida
en junta general,
porque las cuatro hermanas
te prestarán su apoyo
para que el euskalduna
viva libre y en paz.

IV

Para que nunca caiga
ese sagrado símbolo,
doblemos la rodilla
e invoquemos a Dios,
que el árbol sacrosanto
vivirá eternamente
si a Dios se lo pedimos
de todo corazón.

V

Como todos sabemos,
en la tierra euskalduna,
derribar se ha intentado
nuestro árbol secular.
Aunemos nuestras fuerzas
para prestarle apoyo,
y en pie seguirá el símbolo
de nuestra libertad.

VI

Roble antiguo y sin mancha,
permanece lozano,
y en Primavera eterna
como en tiempo mejor.
Ten piedad de nosotros
y préstanos tu sombra,
porque todos te amamos
de todo corazón.

VII

El árbol nos responde:
«Vivid apercibidos,
y que yo nunca caiga
a Dios siempre pedid.»
No deseamos guerra,
que en paz con nuestras leyes
sabias, libres y amadas
deseamos vivir.

VIII

Pidamos a Dios todos
que con la paz fecunde
la tierra que sustenta
el árbol secular,
Y su bendición santa
derrame generoso
sobre el pueblo euskalduna
que apoyo a ese árbol da.

EL CANTO DE LELO

I

¡Oh Lelo! ¡Muerto es Lelo!
¡Oh Lelo! ¡Muerto es ya!
¡Oh Lelo! A Lelo Zara
dió muerte criminal.

II

A Vizcaya el romano
pretende subyugar;
pero Vizcaya entona
el canto marcial.

III

El imperio del mundo
tiene Octaviano ya
y es Señor de Vizcaya
Lekovide leal.

IV

Del lado de la tierra
y el lado de la mar
nos oprime Octaviano
con asedio tenaz.

V

En las secas llanuras
los romanos están,
y bosques y cavernas
la montaña nos da.

VI

Apostados estamos
en muy fuerte lugar
y ánimo inquebrantable
tenemos cada cual.

VII

Las armas, siendo iguales,
no tememos lidiar,
pero en nuestras artesas
suele faltar el pan.

VIII

Cubierto de corazas
el enemigo va,
pero el cuerpo indefenso
gana en agilidad.

IX

De día ni de noche
sin tregua al brazo dar,
cinco años há lidiamos
por nuestra libertad.

X

Cuando a uno de los nuestros
muerte el romano da,
cincuenta de los suyos
hemos visto expirar.

XI

Pero hemos aceptado
al cabo su amistad,
porque somos muy pocos
y ellos son muchos más.

XII

En su tierra y la nuestra
lo mismo se ata el haz,
y era ya muy difícil
la lucha prolongar.

XIII

Los dominios del Tíber
guardan su integridad,
y Uchín Tamayo es grande
por la gloria y la paz.

XIV

El leve pica-postes
con su constancia va
venciendo la dureza
del roble secular.

EL CANTO DE ALTABISCAR

(VERSIÓN DE LA LENGUA ÉUSKARA A LA CASTELLANA)

I

Las montañas vascongadas
un grito ha hecho estremecer
y delante de su puerta
el *echeco-jaun* (1) de pie,
pregunta: ¿Quién vá? ¿Qué quieren?
y escucha con avidez.
Y con su ladrido el perro,
que estaba echado a sus pies,
los contornos de Altabiscar
conturba una y otra vez.
Del collado de Ibañeta
gran rumor se alza después,
y percutiendo en las rocas
se acercan con rapidez.
El estruendo de un ejército
que llega de lejos es.
De lo alto con sus bocinas,
contestan los nuestros a él,
y el *echeco-jaun* sus dardos
se apresura a aguzar bien.

II

¡Ya llegan! ¡Ya llegan! ¡Oh
qué bosques de lanzas! ¡Qué
muchedumbre de banderas
multicolores se ven!
¡Y qué rayos de las armas
destella la brillantez!
¿Cuántos son los extranjeros?
Muchacho, cuéntalos bien.
—«Uno, dos, tres, cuatro, cinco,
seis, siete, ocho, nueve, diez...

(1) *Echeco-jaun, echeco-jaun-a,* señor de casa o solar, el señor de casa o solar. El artículo *a, ac* que corresponde al *el, los, la, las,* castellanos es pospositivo en la lengua éuskara.

¡Muchos miles todavía!
¡Contarlos imposible es!»
Uniendo nuestros nervudos
brazos con vigor y fe,
descuajemos estas rocas
del monte y rueden por él,
sobre el que a cervices libres
su yugo viene a imponer!
¡Aplastémoslos, hirámoslos,
sin que tregua al brazo den!

III

¿Qué queréis, hombres del Norte
en nuestras montañas, qué?
¿Por qué venís a turbar
la paz que era nuestro bien?
¡Dios hizo los montes para
los tiranos detener!
Las peñas ruedan y aplastan
cuanto hallan del monte al pie.
¡La sangre corre a torrentes
y palpitan por doquier
pedazos de carne humana
separados a cercén!
¡Oh, qué mar de sangre y cuántos
huesos rotos hay en él!

IV

Huíd, huíd los que aún
tenéis fuerzas y corcel.
¡Y tú, el de la pluma negra
y el manto rojo, tú, Rey
y caudillo Carlo-Magno,
huye, si puedes, también!
Roldán, tu amado sobrino,
muerto allá abajo se ve
a pesar de la bravura
que era proverbial en él.
¡Ahora, euskaldunas, bajemos
del monte con rapidez,
y persigan nuestros dardos
a los que huyen en tropel!

V

¡Huyen, huyen espantados!
¿Dónde está, dónde está aquel
bosque de lanzas? ¿Qué ha sido
de aquellas banderas de
vario color? Ya la sangre
empaña la brillantez
de las centenares armas...
Muchacho, cuéntalos bien,
¿cuántos son los extranjeros?
—Diez, nueve, ocho, siete, seis,
cinco, cuatro, tres, dos, uno...
¡Ni uno con vida se ve!

VI

¡Todo acabó! *Echeco-jauna*,
puedes con tu perro fiel,
volver a casa a abrazar
a tus hijos y mujer.
Limpia tus flechas y guárdalas
en la tosca asta de buey,
y sobre ellas descuidado
échate a dormir después.
De noche vendrán las águilas
de esas carnes a comer,
y ahí blanquearán esos huesos
hasta que el mundo fin dé.

VASCO-NAVARROS ILUSTRES (1)

I

Fué *Garibay* quien escribió primero
la historia general del pueblo ibero.

(1) Pertenecen estos dísticos a un librito que contendrá las semblanzas en miniatura de cien vasco-navarros ilustres y destina su autor a las Escuelas de primera enseñanza de las cuatro provincias hermanas.

II

Moret la Historia de Navarra escribe
y en la inmortalidad por ello vive.

III

Cuando a Araucania subyugó Castilla,
lidió y cantó nuestro inmortal *Ercilla.*

IV

Logró *Machín* con su grandeza de alma
laurel como héroe, como mártir palma.

V

De nuestra santa libertad egida,
Novia a Vizcaya consagró su vida.

VI

Zabala, dando a su saber empleo,
tras recia lid fundó a Montevideo.

VII

Ante el valor de *Urbieta* y la hidalguía,
el rey de Francia se rindió en Pavía.

VIII

Juan Sebastián de Elcano fué el primero
que dió la vuelta al universo entero.

IX

De un Nuevo Mundo el primitivo goza
porque a *Colón* le reveló *Andialoza.*

X

Moraza ¡El dardo que le hirió en el pecho
fué aquel que hirió nuestro foral derecho!

CANTARES VASCONGADOS

I

El día en que nos casamos
nunca puede ser buen día,
y es porque los días buenos
se acaban siempre la víspera.

II

Por tener quien le despierte
se ha casado Saturnino,
y su mujer le despierta
a patadas y pellizcos.

III

Las esperanzas del mundo
son una fruta muy linda
que tiene la mitad sana
y la otra mitad podrida.

IV

Diez gallinas con un gallo
están siempre muy conformes,
y casi nunca lo está
una mujer con un hombre.

V

Madre, quiero que me cases
en los montes de Vizcaya,
que en los montes está el cielo
más cerca que en tierra llana.

VI

Al criado que bien te sirve
nunca le mires con ceño,
que aunque no le debas nada
siempre le estarás debiendo.

VII

Es menester que te guardes
lo mismo que de la peste,
de hombre que no tiene barbas
y de mujer que las tiene.

VIII

Si quieres que yo te quiera
has de ser como Vizcaya,
que ni romanos ni moros
consiguieron conquistarla.

IX

Una heredad en un bosque,
y una casa en la heredad
y en la casa pan y amor,
¡Jesús, qué felicidad!

X

Un día te dí cantares
porque supieses mi amor,
y hoy te daré Padrenuestros
porque te perdone Dios.

XI

Limosneros como Juancho
muy pocos se suelen ver,
que de los cerdos que roba,
le da a los pobres los pies.

XII

Hijo, por Dios, no te cases
con doncella que bien baila.
Quien tiene los pies ligeros
tiene las manos pesadas.

XIII

A la Virgen de Begoña
diera mis trenzas de pelo,
si no porque me hacen falta
para atar a un marinero.

XIV

Con carne matada hoy,
y pan amasado ayer,
y vino encubado antaño,
ayunó Matusalén.

XV

Nuestra Señora de Arrate
ha subido a la montaña
para bendecir mejor
a Guipúzcoa y a Vizcaya. (1)

(1) Nuestra Señora de Arrate es un célebre santuario situado cerca de Eibar, en una alta montaña, que sirve de divisoria a Guipúzcoa y Vizcaya.

XVI

Coloradas se pusieron
las piedras de Arrigorriaga
¡y las muchachas del día
no se ponen coloradas! (1)

XVII

Los huéspedes y el pescado
apestan a los tres días,
y entonces hay que ponerlos
en la calle de patitas.

XVIII

Siete años estuvo el diablo
cursando en Bilbao vascuence,
y sólo aprendió a nombrar
vino, tabaco y mujeres.

XIX

Para sardinas, Bermeo,
para guindas, Baracaldo,
para chacolí, Santurce,
y para naranjas, Baquio.

XX

El que no sepa rezar
que vaya por esos mares,
y verá qué pronto aprende
sin enseñárselo nadie.

(1) Arrigorriaga, nombre de una anteiglesia de las cercanías de Bilbao; equivale a pedregal colorado o rojo. La tradición cuenta que aquel sitio se llamaba antiguamente Padura y tomó el nombre que hoy tiene a consecuencia de haberse teñido de sangre el valle y las montañas en una batalla que se dió allí hacia el siglo IX, en la que los vizcaínos acaudillados por su señor Juan de Zuria, vencieron a los leoneses, a quienes persiguieron hasta el árbol Malato que estaba en Luyando. El caudillo de los leoneses era el príncipe don Ordoño, que se dice murió en la batalla, y fué sepultado en un sepulcro de piedra que subsiste aún en el pórtico de la iglesia de Arrigorriaga.

LA MUSA INDIGNADA [1]

I

Vallecito ignorado y profundo
y agreste y florido,
que entre verdes montañas te escondes,
debes ser de mi musa bendito,
porque sólo escondida en la fronda
de tus bosquecillos
de manzanos, perales, higueras,
ciroleros, cerezos y guindos
entonar a la pobre le es dado
sus cantos sencillos
que aun allí con frecuencia interrumpen
envidiosos o ineptos o impíos,
a pesar de que siempre que escucha
sus gárrulos gritos
se remonta al azul de los cielos
en demanda de paz y de asilo.

II

Yo no sé cómo tantos la dicen
en són de cariño
que hace mal el labrar como el pájaro
entre ramas y flores su nido.
Si aun allí modular no la dejan
sus cantos sencillos
envidiosos o impíos o ineptos
¡dónde irá a modularlos, Díos mío!
Plácenle las ciudades y villas
escuela y asilo
de la ciencia y el arte, destello
de la ciencia y el arte divinos,
pero cómo cantar podrá en ellas
con estro tranquilo
si envidiosos o impíos o ineptos
no respetan su dulce retiro.

(1) Para evitar cabilosidades, debe prevenir el autor de estos versos que el tirano a quien en ellos se alude es la guerra civil, que, conculcando todas las leyes y libertades, constituye el más abominable de los tiranos.

III

Es mi musa la musa del pueblo,
del pueblo que vino
desde aquella región donde tuvo
el humano linaje principio
a poblar el extremo Occidente
de fieras dominio
y conserva en los valles cantábricos
sangre y habla y honor primitivos.
Es mi musa la musa que inspira
al mártir del Irnio,
que clavado en el santo Lauburu,
a la libre Vasconia alza un himno.
Es mi musa la musa que canta
los triunfos perínclitos
de Altabiscar, Padura y las Navas
exaltando a la Patria y a Cristo.

IV

¡Ay! Solía posarse en las ramas
de un árbol bendito
al que nunca tiranos osaron
por espacio de siglos y siglos
y entonaba allí libre y dichosa
sus cantos sencillos
a la fe, y al hogar y a la Patria,
que sus únicos númenes hizo;
mas llegaron al pie de aquel árbol
tiranos impíos
y asestaron sus hachas al tronco
secular, respetado y bendito,
y volando, volando a los cielos
así al Señor dijo,
demandando indignada y llorosa
para tal sacrilegio castigo:

V

«El tirano sin Dios ni conciencia
que mi árbol ha herido
en la tierra, Señor, y en el cielo
de tu santa clemencia es indigno.

Názcanle ingratitudes en donde
sembró beneficios.
Su lealtad y su amor entrañable
retribuyan falacia y desvío.
Lo que más haya amado en la tierra
lo llore perdido.
Se conviertan las flores y el césped
a su paso en ortigas y espinos.
Su conciencia cruel le atormente
despierto y dormido
y le espere el destino de Judas
al finar el humano camino.

LA NIÑA Y EL MARINERO

(A JUAN, AUSENTE EN CUBA)

I

«Nadie se muere de amores»
dicen las almas vulgares
que como amor no han sentido,
lo que es el amor no saben.
Y tú... ¡apóstol inconsciente
de esta doctrina te haces!
¡Ah! Si vinieras conmigo
por esos campos y hogares,
donde el amor y el trabajo
forman santo maridaje,
vieras poemas de amores
que de tu error te sacasen.
El paréntesis que encierra
estos poemas reales,
son dos toques de campana
que a fiesta y a muerte tañen.
Lo que hay en este paréntesis,
¡Dios y el que ha amado lo saben!
Ayer, a las oraciones,
pasé por Elexabarri,

y en la entrada de la fuente
encontré a tu amiga Carmen.
No es ya aquella niña alegre,
sonrosadita y versátil,
con quien en el campo de Albia
más de un domingo bailaste:
es la doncella que vive
esperando que torne alguien
y palidece y desmaya
¡viendo que no torna nadie!
Pronuncié tu nombre y... ¡nunca
mi labio le pronunciase,
que troqué en fuente de lágrimas
los dulces ojos de un ángel!
Juan, si el calor de los trópicos
no ha congelado tu sangre,
escucha el triste poema
con que, a través de los mares,
te invita a llorar el eco
de tus montañas natales.

II

La niña y el marinero,
llenos de gozo inefable,
en el campo de Basurto
bailaron toda la tarde,
para distraer bailando
su soledad y pesares,
y el marinero a la niña
le dijo así al separarse:
—Soy un pobre marinero,
que sólo puede brindarte
una vida que es juguete
de las olas y del aire:
si compartir esta vida
quieres con las tempestades...
¡Que la Virgen de Begoña
en ellas me desampare
si desde ahora no vivo
para servirte y amarte!
Y hablando así el marinero
tornó los ojos amantes
a la basílica santa,
en cuyos altos cristales
los rayos del sol poniente

reverberaban brillantes
allá en el verde collado
que señoreaba el valle.
La niña bajó los ojos
ruborizado el semblante,
su mano buscó otra mano
que ansiaba esta muda frase,
y cuando el sol se ocultaba
tras la cumbre del Serantes,
al pie de la casería
ladera de Pagasarri,
el último maitechu (1)
aquellas dos manos dábanse.
Cuando el sol del nuevo día
asomó por el Bizcargui,
la hermosa niña, de pechos
en los rústicos balaustres
del balconcillo, vestido
de madreselva y rosales,
lloraba, lloraba fijos
los ojos en una nave
que volaba, volaba del puerto
como vuelan del nido las aves.

III

Con el nombre de sepulcro
te nombraban nuestros padres
¡oh collado de Luchana!
y acertaban a nombrarte;
que tu estructura recuerda,
los sepulcros seculares
que cercan nuestras antiguas
iglesias monasteriales.
Si a justificar tu nombre
tu estructura no bastase,
justificativos tiene
en los modernos anales,
porque no en vano el poeta,
llorando con hondos ayes
la noche triste y obscura
que los inundó de sangre,
a los campos de Luchana

(1) Es una dulcísima e intraducible expresión de la lengua vascongada.

llamó campos funerales.
Y si tu estructura fúnebre,
que forma extraño contraste
con la verdura perpetua,
y con las flores fragantes
que engalanan y perfuman
tus laderas y tus valles
y el horror de aquella noche
que me duele recordarte,
porque luchas de Caínes
no deben contarlas nadie,
si tu estructura y aquella
noche de horror y de sangre,
y de heroísmo y de gloria
y de fratricidio infame,
a justificar tu nombre
de sepulcro no bastasen,
harto ¡ay Dios! le justifican
las doncellas y las madres
para quien tus verdes lomas
fueron funeral imagen
de un sepulcro de esperanza,
cuando ocultaron le nave
que volaba, volaba del puerto
como vuelan del nido las aves.

IV

Bajando de la montaña
al dulce y amado valle
donde, elevándose al cielo
en azules espirales,
«Baja, baja, me decía,
el humo de los hogares
que la luz del sol se apaga
y la luz del hogar arde,»
pasé por la casería
oculta en los castañares
como la blanca paloma
que el nido entre ramas hace,
y al pie de aquel balconcillo,
cuyos rústicos balaustres
engalanan y perfuman
madreselvas y rosales,
alcé la vista buscando
quien, lo mismo que otras tardes,

claveles y pensamientos
desde el balcón me arrojase,
porque le enseñase alguno
de aquellos dulces cantares,
que cantan, o más bien lloran,
a sus ausentes galanes
las niñas enamoradas
desde el Iguez al Serantes;
en el balcón ví a la niña,
pero descendí a los valles
sin que sus hermosos ojos
en mí la niña fijase,
porque estaban, fijos, fijos,
allá en los azules mares,
donde la luz melancólica
del sol, próximo a ocultarse,
doraba las blancas velas
de la venturosa nave,
que volaba, volaba hacia el puerto
como vuelan al nido las aves.

V

«¡Tierra!» grita el gaviero
viendo a lo lejos alzarse,
la cima de una montaña
que, conforme va la nave
volando, volando hacia ella
va agrandándose, agrandándose
y todos los marineros
gritan alegres: «¡Serantes!»
—Gaviero, exclama uno,
deja que yo te reemplace,
que tras aquel monte hay otro
que muero por contemplarle.
—¿Tienes en él, por ventura,
hermanos, amada, padres?
—Tengo todo lo que tengo
en la tierra y en los mares.
—Pues trepa ya, que las cumbres
de tierra adentro a luz salen.
Y el marinero a la gavia
trepa veloz y anhelante.
La nave vuela, y en tanto
que vuela, vuela la nave
no creyendo el marinero

la gavia altura bastante
para descubrir el nido
donde sus amores yacen,
trepa, trepa más arriba,
y con ansia inexplicable
buscan sus ojos la verde
ladera del Pagasarri.
Un grito de inmenso gozo
se oye en el alto velamen
y apenas se oye aquel grito
un hombre al abismo cae.
Los de «hombre al agua» conmueven
las marinas soledades,
búscase al náufrago en vano
en el abismo insondable,
y mientras con sus bramidos
el viento y el oleaje
quedan entonando al náufrago
los cánticos funerales,
la nave, siguiendo el rumbo
interrumpido un instante,
va volando, volando hacia el puerto
como vuelan al nido las aves.

VI

Unas campanas contristan
con sus clamores el valle
y un féretro, engalanado
con coronas virginales,
hacia el campo de Basurto
baja de hacia el Pagasarri.
—¿Quién es la muerta?—pregunta
más de una amorosa madre
cuando en las encrucijadas
pára el féretro un instante,
pidiendo a los transeuntes,
arrodillados, un *Pater*,
y una anciana del cortejo
responde llorando a mares:
—¡Soledad era su nombre,
y en verdad no lo era en balde,
que la vida fué para ella
soledad de soledades!
Mirando hacia el mar vivía
desde una apacible tarde

que bailando en estos campos
quiso ahuyentar sus pesares.
Mirando hacia el mar vivía
como si alguno esperase,
y ayer, cuando se ocultaba
el sol detrás del Serantes,
voló su alma a los cielos
¡porque no llegaba nadie!
Yo la ví, en forma de blanca
paloma, que cruza el aire,
ir volando, volando hacia el cielo
como vuelan al nido las aves.

(De *El libro de los recuerdos,* nueva edición corregida y aumentada.)

LA CASERITA DE ARRONA

I

Cantando va sus amores
al despuntar la alborada
la caserita de Arrona
caminito de Zumaya,
y a sus cantares responden
las aves en la enramada
y el Urola en la llanura
y el *mutillá* en la montaña.
Sus rubias trenzas de pelo
flotan al soplo del aura
y sus mejillas hermosas
que arquea sonrisa plácida,
claveles de Donostía
parecen en lo encarnadas.

II

—Ay, caserita de Arrona,
no tornes a la montaña,
que las ventiscas del Hirnio
morena pondrán tu cara.
—Tengo padres en la aldea.

—Tendrás en la villa galas.
—Allí hay quien me da su mano.
—Y aquí quien te da su alma.
—Señor, en los caseríos
suele cantarse esta *canta:*
«Acuérdate de la hormiga
si de volar tienes ansias,
que hasta el cuerpecito pierde
cuando le nacen las alas.»

PARABOLA

I

Señor, el pobre *coblari*
que en sus nativas montañas,
fecundas con el bendito
sudor de la frente humana,
pasa la vida dichoso
amando a Dios y a la Patria,
sabe que a los pasajeros
soléis preguntar en Francia:
—«¿Por qué no entona el *coblari*,
como el ave en la enramada,
un canto cuando el sol sale
y otro cuando el sol se apaga?»
Señor, el pobre *coblari*
cuyas sencillas tonadas
os placen tanto, por ser
españolas y cristianas,
que soléis al extranjero
en su lenguaje explicarlas,
desde el castañar amado
donde en su niñez jugaba,
por esos dulces recuerdos
¡salud os envía y gracias!

II

Señor, el molino rico
de orilla del Ibaizábal,

que es el más grande de todos
los ríos de estas montañas,
anda y anda sin descanso
porque nunca le falta agua;
pero el molinillo pobre
de orilla del Boluaga
que el pastorcillo vadea
sin mojar la blanca abarca,
si andando pasa una hora
parado dos horas pasa,
y cuando parado yace
no es señor, que así descansa,
sino que recoje el pobre,
para volver a andar, agua.
Como inspiración os sobra
y a mí inspiración me falta,
vos sois el molino rico
de orilla del Ibaizábal,
y yo el molinillo pobre
de orilla del Boluaga.

— —

LA ROMERÍA

Ti-ti-rulí dice el silbo;
tan-ta-rará el tamboril,
ja, ja, ja, ríen los mozos
y las mozas ji, ji, ji,
y todo es en la arboleda
tañer, bailar y reir.
El sol se hunde melancólico
tras las cumbres del Oíz
y la campana del templo
pone al *árin-árin* fin,
que es voz de Dios la campana
y del mundo el tamboril.

LA CONCIENCIA

Desde niño he procurado
tener blanca la conciencia,
y, no obstante, me da miedo
cuando me encuentro con ella,
porque me han dicho que cubre
en las cimas del Gorbea
nieve blanca, blanca, blanca,
rocas negras, negras, negras.

PARADOJA

Es menester que compongas,
Señor, un poquito el mundo,
porque se ha deteriorado
de tal modo con el uso,
que el enterrador de Güeñes
anda vestido de luto,
porque hace más de dos años
que no se ha muerto ninguno.

LIBERTADES Y LLUVIAS

I

Tierra éuskara, tierra éuskara,
cuando el santo Jaungoicúa
sacó del caos tenebroso
los montes y las llanuras,
te erizó de altas montañas,
y de cavernas profundas

para que a España sirvieras
de fortaleza segura
que extranjeros ni tiranos
no pudieran rendir nunca,
y el providencial destino
aún cumples noble y augusta,
¡que aun en tí las libertades
seculares se refugian!
Estériles son las rocas
y las ásperas alturas
si el riego y las libertades
no las honran y fecundan,
y Dios, sin duda, queriendo
fecundar y honrar las tuyas,
las libertades les guarda
y les envía las lluvias.

II

Madre España, madre España,
yo he cruzado tus llanuras
de Portugal, de Castilla,
de Aragón, de Extremadura,
de Toledo, de Valencia,
de Andalucía y de Murcia,
y de las cuatro estaciones
que durante el año turnan,
en tres las he visto tristes
y desoladas y mustias,
porque Dios, que les ha dado
cielo azul, tierra fecunda
y anchurosos horizontes,
les ha negado las lluvias
y las nobles libertades
que dan perpetua hermosura
a los valles y montañas
que el Ebro y el mar arrullan.

III

Madre España, madre España,
tú, que eres cristiana pura
y única nación del mundo
que en serlo su gloria funda;
tú, que, por Dios, valerosa,

luchaste siete centurias
y la cruz de Dios pusiste
sobre la infiel media luna,
tú a Dios tan propicio tienes
que no te desoye nunca.
Si en terrenal paraíso
quieres trocar tus llanuras,
que he visto incultas y tristes
y desoladas y mustias,
levanta corazón y ojos
al que invocaste en la lucha,
diciéndole: ¡Señor, dame
la inestimable ventura
que diste a la tierra eúskara:
su libertad y sus lluvias!

LAS CRUCES

I

Santas cruces, santas cruces
que alzaron nuestros abuelos
desde el pueblo a la colina
que se alza orilla del pueblo
conmemorando el sublime
sacrificio del Cordero,
poco a poco, santas cruces,
¡vais cayendo! ¡Vais cayendo!
Y, conforme caéis... caen
la paz del hogar doméstico
y la paz de la república
que a vuestro pie florecieron!

II

Los que la triste estadística
del crimen vais inquiriendo
por aldeas y ciudades
para impedir su progreso,

en vez de ir al consistorio
con tan generoso intento,
id a la santa colina
que se alza orilla del pueblo,
y os dirán, mejor que estados
y judiciales procesos,
las cruces que halláis caídas
cuántas virtudes cayeron!

III

Noble tierra de Cantabria
en cuyos verdes oteros
la religión y el trabajo
tienen altares perpetuos,
aún en tus oteros se alzan
reverenciados y enhiestos
los piadosos simulacros
que alzaron nuestros abuelos.
Noble tierra de Cantabria,
cuida de ellos, cuida de ellos,
que cuando las cruces caen...
¡ay de los pueblos!

CAMINO DEL CAMPOSANTO

Desde que a mi dulce madre
oí el siguiente cantar,
me parecen los cipreses
que sombra a los muertos dan,
verdes laureles de triunfo
y olivas santas de paz:
«¡Camino del Camposanto
nos solemos encontrar
los que lloramos aún
y los que no lloran ya!»

EL ALBA

Pi, pi—que despunta el alba
derramando claridad;
pi, pi—que en blancas columnas
sube el humo del hogar;
pi, pi—que alzan las campanas
el canto matutinal;
pi, pi—que los segadores
cantando a los campos van;
pi, pi—que van las doncellas
agua serena a buscar;
pi, pi—coloradas fueron,
pero vuelven mucho más;
pi, pi—que a su encuentro han ido
los mancebos del lugar;
pi, pi—que ya despuntando
el sol en Oriente está;
pi, pi—que se eleva un himno
de alegría universal;
pi, pi—que benditas sean
la luz y la libertad.

CONTRASTE

No tiene el Ibaizábal
en sus orillas
rosa como las rosas
de tus mejillas,
ni en sus laderas tienen
nuestras montañas
rocas como la roca
de tus entrañas!

LA DONCELLA DE BERMEO

I

«A la Virgen de Begoña
diera mis trenzas de pelo,
si no porque me hacen falta,
para atar a un marinero.»
Así cantó la doncella
trenzando el rubio cabello
y la carita de rosa
contemplando en el espejo;
así cantó la doncella,
y a lo lejos, a lo lejos
en la llanura marina
cantaban los marineros:
«Se peinan para nosotros
las doncellas de Bermeo,
y en todo puerto hay doncellas
y en la mar hay muchos puertos.»

II

Tormentas tiene la vida
como el Océano fiero,
y en un corazón amante
los hombres hallamos puerto.
¡Ay, no acertó con el suyo
aquel navegante ciego
por quien la hermosa doncella
trenzaba el rubio cabello!
Las monjas de Santa Clara
campanas echan a vuelo
porque es esposa de Cristo
la doncella de Bermeo,
que a la Virgen de Begoña
dió ayer las trenzas de pelo
¡que fueron inútil lazo
para atar a un marinero!

LA LABRADORA DE DONDIZ

I

Labradorcita de Dóndiz
que a tu rústico balcón,
engalanado de pámpanos
y enredaderas en flor
te asomas dando un suspiro
del fondo del corazón
cuando, Ibaizábal abajo,
rueda orgullosa y veloz
una carroza que brilla
como los rayos del sol;
labradorcita de Dóndiz
no suspires así, no,
que envidia no deben darte
la riqueza ni el amor
que ostenta en esa carroza
la que otro tiempo te dió
el dulce nombre de hermana
y hoy te niega el santo adiós.

II

Labradorcita de Dóndiz,
yo soy un pobre cantor,
que, para cantarlas, busco
historias del corazón,
y mientras las busco, canto
la patria, el hogar y Dios.
Con Dios, tu esposo y tus hijos
compartes sólo tu amor,
y es el trabajo en vosotros
santo vínculo de unión.
La historia de las mujeres
que me parece mejor,
es la que en resumen dice
«amó, rezó y trabajó;»
y sé que toda su historia
se encierra en este renglón.
¡Que esa no es la de tu hermana
lo sabéis tú, el mundo y Dios!

III

Labradorcita de Dóndiz,
tres veces santo es tu amor,
y al lado de tal riqueza
¡qué mezquinas todas son!
Tras el cónico Serantes
desaparece ya el sol,
y de la vega, cantando
y enjugándose el sudor,
tornan al hogar las dulces
prendas de tu corazón.
Echa al hogar otra cepa,
que es triste hogar sin calor,
y piensa, al ver a tu hermana
desde el florido balcón,
que es tanta la diferencia
entre su amor y tu amor,
que el suyo es obra del diablo
y el tuyo es obra de Dios.

CAMBIO DE JAULA

Caminando, caminando
riberica del Butrón
a ver la mar, que me gusta
porque es grande como Dios,
mis compañeros me dicen
con maliciosa intención,
viendo una casa escondida
entre manzanos en flor:
«¿No sabes quién allí vive?»
Y dando un suspiro, yo
digo: «Ya no vive allí,
que vive en mi corazón.»

—

DESDE GALDAMES

I

Vientecillo que subes de Güeñes
por el hondo regato de Umaran
y me traes a los campos nativos
voces de campanas
tráeme, tráeme, mezclada con voces
tan puras y santas,
la del noble patricio que mora
en la orilla feraz del Cadagua.
Esa voz que penetra en los senos
más hondos del alma,
de venir a estos campos es digna
con las voces del templo mezclada,
porque sale de un pecho que santos
amores abrasan
y resuena en la santa defensa
de Dios y la patria.

II

Vientecillo que subes de Güeñes
por el hondo regato de Umaran,
tráeme, tráeme a los campos nativos
la voz de Mascarua;
y los huesos del buen caballero
que en Múnquiz descansa
en olvido, que Dios te perdone,
¡oh madre Vizcaya!
agitarse veremos de júbilo,
al saber que en las libres montañas
aún hay voz que penetra en los senos
más hondos del alma
porque sale de un pecho que santos
amores abrasan
y resuena en la santa defensa
de Dios y la patria.

III

Vientecillo que subes de Güeñes
por el hondo regato de Umaran,
tráeme, tráeme a los campos nativos
la voz de Mascarua,
y esa voz ardorosa reanime
el fuego en mi alma
de cristiano y patriota y poeta
si un día se apaga.
El laurel que sombrea el sepulcro
de Aranguren, de Novia y de Aldamar
yo no espero que cubra mis huesos
con su sombra santa;
pero eterna ambición me consume,
¡oh madre Vizcaya!
de vivir y morir por la gloria
de Dios y la patria.

BOTON DE ROSA

Condesita, condesita,
en Octubre hará dos años
que te ví por vez primera
embelleciendo estos campos,
botón de rosa suave
virginal y perfumado
que comenzaba a entreabrirse
y a revelar su encantos,
y hoy será rosa temprana
que envidiarán las de Mayo.
Dos años hará en Octubre
que por aquí no has tornado
y desde entonces el tiempo
¡me ha parecido tan largo!
¡Ay! Cuántas veces he dicho:
«Si yo tuviera veinte años
y fuera soltero y noble

y rico y galán y sabio,
dejaría mis montañas
y llegaría temblando
de amor y de incertidumbre
a su opulento palacio
y la ofrecería humilde
mi corazón y mi mano,
porque ella realiza el ángel,
no el incorpóreo y fantástico
que algunos poetas sueñan,
sino el tangible y humano
que un poquito más vulgares,
pero un poquito más prácticos
en las cosas de este mundo,
otros poetas soñamos.»

II

Condesita, condesita,
Dios, que es previsor y sabio,
a tí y a tu dulce madre
morada en la corte ha dado
porque ángeles necesita
el ambiente cortesano
para que le purifiquen
con su aliento dulce y santo;
pero, aunque esto considero,
tu nombre brota en mis labios
cuando a Dios le pido flores
para embellecer mis campos.
Hoy, cuando el sol despuntaba
sobre los montes lejanos,
encontré una doncellita
caminito de Durango
y aquí voy a retratarla...
para que rabie Madrazo.
Abarca blanca y pulida
con media de bellón blanco,
saya colorada y corta,
delantalito morado,
chaqueta de honesto escote,
pañuelo de lindos ramos
que en el escote velaba
el seno redondo y alto,
arillos de plata sobre-
dorada, lucientes y anchos,

trenzas gemelas y largas
rematadas en dos lazos,
pañuelo que parecía
no haberle tocado manos,
sobre la raíz de sus trenzas
cruzados dos de sus cabos,
mejillas de rosa y nieve,
cuello redondito y blanco,
ojos que al hallar los míos
pudorosos se bajaron,
dientes a pedir de boca
y boca a pedir de labios.
Tal era la doncellita
que hoy encontré muy temprano.
Si tú te vistes como ella
y me envías tu retrato,
será el de la niña que iba
caminito de Durango.

(De *El Libro de las Montañas;* nueva edición corregida y aumentada; Madrid, 1909.)



PROSA

JAUN-ZURÍA

I

Gran número de guerreros, con el carcaj a la espalda, llena el atrio del palacio de Témora, residencia de los reyes de Erín (1), y los bardos cantan, al son de las arpas de oro, las hazañas que han glorificado en la guerra y en la caza al valeroso Morna, soberano de las verdes islas cercadas de olas azules.

Las arpas de los bardos callan, los guerreros se ordenan en dos largas filas, las puertas del palacio se abren, y aparece en ellas el anciano Morna, en medio de sus hijos Lémor y Armin.

El pueblo que se acerca a contemplar a su rey, le aclama con infinito amor, que Morna es *el amado de todos*, según la significación de su nombre en el armonioso idioma de las verdes islas.

Canos tiene el rey cabello y barba; pero la nieve de setenta inviernos no ha conseguido aún enervar aquellos miembros de atleta, desarrollados en el trabajo y la sobriedad.

También tiene el pueblo calurosas aclamaciones para los príncipes que acompañan al anciano; que hermosos de cuerpo y alma son Lémor y Armin.

Lémor tiene la tez blanca, como la nieve que corona las cimas del Cármora, el cabello dorado como los rayos del sol, y los ojos azules como la flor del lino.

Se alejan, se alejan de Témora, seguidos de los guerreros y bendecidos de las mujeres, los ancianos y los niños, que los siguen con la vista y el corazón hasta que se pierden en la espesura de Lena.

(1) Irlanda.

No van a la guerra, no, que las mujeres no lloran al verlos partir.

El jabalí de ásperas cerdas y prolongados colmillos es el enemigo con quien van a lidiar en los bosques de Lena.

Helos, helos que ya se dispersan en la espesura, así que los perros que los siguen de cerca anuncian la presencia del monstruo de los bosques.

El rey va por un lado, y Lémor y Armin por otro.

La bocina de los ojeadores anuncia también la aparición del jabalí.

El jabalí corre, corre, corre, destrozando con sus formidables colmillos cuantos perros osan acercarse a él, y rechazando con su áspera y cerdosa piel cuantas flechas se le disparan.

Lémor se ha separado ya de su hermano, como antes se había separado de su padre, y hace una hora que los cazadores se fatigan recorriendo el espeso bosque, sin poder rendir la fiera.

La bocina anuncia a Lémor que la fiera se dirige hacia donde él está, y el hermoso cazador prepara su arco.

Agítase la maleza a corta distancia; la espantosa cabeza del monstruo se deja ver, y la flecha de Lémor parte silbando.

Un doloroso quejido resuena en la espesura, y Lémor se lanza a acabar con la fiera; pero la fiera no está allí donde el príncipe encaminó su flecha, y el quejido se repite a algunos pasos más allá.

Avanza Lémor, y al apartar la maleza de donde sale el quejido, un grito de inmenso dolor se exhala de su pecho; que su padre, el rey de las verdes islas, el amado de todos, y de nadie tanto como de Lémor, yace allí moribundo, atravesado el noble pecho por el dardo partido del arco de Lémor.

Lémor demanda auxilio para su padre, invoca la protección del cielo para el moribundo anciano, procura devolver a éste la vida, que se va, que se va por instantes, y llora al ver su impotencia, y siente en su alma la desesperación.

II

Ya regresan al palacio de Témora los príncipes de las verdes islas, y los guerreros que fueron con ellos a las selvas de Lena; pero los bardos que salieron a su encuentro cuando los vieron asomar por los lejanos oteros, no pulsan las arpas de oro, ni glorifican con cánticos de alabanza a los cazadores.

Silenciosos y tristes llegan cazadores y bardos, y al saber la causa de su silencio y su tristeza, las mujeres y los ancianos y los niños atruenan el espacio con sus lamentos. Morna, el amado de todos, torna sin vida, conducido por sus guerreros en un lecho de ramas fúnebres, y Lémor y Armin parecen próximos a morir de dolor.

Los ancianos, jefes de las tribus de Erín, se congregan al siguiente día en Témora, y después de conferenciar largo rato, comparecen ante Lémor, heredero de la soberanía de las verdes islas.

—Príncipe—le dice el más anciano de los jefes—aunque nuestras leyes condenan a muerte al parricida, tú no debes morir, porque si tu flecha ha herido a tu padre, no la ha dirigido tu voluntad; pero no debe ceñir una corona ni

vivir entre nosotros el que está manchado con la sangre de su padre y de su rey. La corona de Morna descansará en la frente inmaculada de Armin. Mañana, al alborear, te esperará en el puerto una nave aparejada y provista de cuanto necesites para tu sustento. Aléjate en ella para siempre de nuestras islas, y que el cielo te ampare donde quiera que los vientos te lleven.

Lémor acata la decisión de los jefes de las tribus, y se entrega a merced de los vientos y las olas, sin más compañía que su dolor, su esperanza en el cielo, que sabe su inocencia, y dos leales servidores que quieren participar de su desdicha.

La nave, falta de diestro piloto, vaga días y días, y aún meses, por las soledades del Océano, juguete de las irritadas olas y de los vientos desencadenados.

La sed devora a Lémor y sus servidores, que no pueden llevar a sus labios más agua que la de la mar salada; pero he aquí que cuando ya la última esperanza de descubrir un continente, cualquiera que él sea, los abandona, descubren allá muy lejos, entre las brumas, unas costas cubiertas de verdes montes, y empujan, empujan su nave hacia aquella tierra de bendición.

Aquella tierra es la habitada por los cántabros, por la raza de gigantes a quienes cinco siglos ha no pudo domar todo el poder de Roma, la señora del mundo.

Ya se acerca la nave a la costa. Hermoso es, más hermoso aún que las islas de Erín, el continente que el príncipe y sus servidores saludan llenos de júbilo.

Los desterrados saltan de la nave y prorrumpen en gritos de alegría, porque a la sombra de unos verdes y seculares castaños, brota una caudalosa fuente, clara como las cristalizaciones de las grutas del Drumanar.

El agua calma el ardor que les devora. La tranquilidad acude a su alma y el sueño a sus ojos. Reclínanse en un recuesto cubierto de flores, y quedan profundamente dormidos.

III

¿Adónde va el *echeco-jauna* (1) de Busturia, que abandonando el cultivo de sus campos, desciende a las desiertas playas de Mundaca, seguido de los que le acompañaban en el trabajo? ¿Adónde va el *echeco-jauna?*

Ha visto desde la altura una navecilla bogando sin gobierno y chocando contra las rocas, y como es compasivo y hospitalario, corre, corre, vuela a socorrer a los náufragos, que supone luchando con la muerte en la ribera.

Detiénese al bajar al llano, y le imitan los que corrían en pos de él. Tres extranjeros duermen cabe la fuente, a la sombra de los castaños, y el *echeco-jauna* y sus compañeros detiénense a velar su sueño.

Los hijos de las verdes islas despiertan, y preguntan al *echeco-jauna* cúya es la tierra adonde el viento y las olas han arrastrado su nave.

Y al saber que es la tierra de los invictos cántabros, alzan sus ojos al cielo para dar gracias a Dios, que los ha traído a la patria de los primeros héroes del universo.

---

(1) Señor de casa propia.

Bajo el techo de Busturia hallan hospitalario asilo los desterrados de Erín; pero pronto se sabe en las montañas éuskaras que mora en ellas un hijo de reyes, y el anciano Lekobide, el caudillo de los euskaldunac y descendiente de aquel otro glorioso caudillo del mismo nombre que humilló la soberbia de los Césares y celebran los cantos populares vascos, envía mensajeros al príncipe de Erín para ofrecerle su hogar en el valle de Padura.

Lémor contempla la felicidad suprema de la tierra, al llegar a la morada del caudillo vascongado.

Una aureola de gloria circunda la anciana frente de Lekobide, y otra de castidad y hermosura la frente juvenil de Luz, la hija del jefe de los euskaldunac.

Meses ha que Lémor se sienta en el escaño del hogar de Lekobide. Meses ha que pugna por abandonar el valle de Padura, porque, buen caballero y buen cristiano, se avergüenza de vivir en el ocio, mientras los hijos de Agar huellan la santa cruz allende el Ebro. Meses ha que quiere ir a ofrecer su brazo al valeroso conde de Castilla; pero siempre le detienen los ruegos de Luz y de Lekobide, y más que todo una fuerza misteriosa que reside en su corazón.

Los ejercicios guerreros y la caza le entretienen. Cuando alejándose de Padura se encamina a las altas montañas que dominan el valle, para perseguir allí al jabalí o al gamo, Luz se asoma a la ventana, entristeciéndose más cuanto más se aleja el extranjero, y el extranjero torna la vista buscando a Luz en la ventana.

IV

Los euskaldunac son libres, libres como las brisas y los pájaros de sus montañas.

No tienen Señor a quien rendir vasallaje, ni más leyes que las escritas en la conciencia de sus ancianos, que juzgan al delincuente y dirimen las contiendas a la sombra del santo roble de Guernica.

Fuera de las jerarquías de la virtud y la inteligencia y la ancianidad, sólo hay una jerarquía en la tierra de los euskaldunac.

Los euskaldunac eligen un caudillo que esté siempre dispuesto a conducirlos al combate cuando el extranjero invada su libre tierra, y ese glorioso título concedieron a Lekobide ha más de media centuria, atendiendo a su virtud, a su inteligencia, a su valor y a su glorioso nombre.

Un día, congregados los patricios éuskaros bajo el santo roble de Guernica, recordó uno de ellos que Lekobide era anciano, e impotente, por lo tanto, para acaudillar las huestes euskaldunac el día que el extranjero invadiese la patria. Entonces un patricio centenario habló de este modo a la asamblea:

—«Quince años hacía que Leyalá, el perro más valiente y leal de nuestras montañas, vigilaba día y noche a la puerta de su amo.

«Leyalá es viejo», dijo un día el *echeco-jauna;* y aquella noche un nuevo guardián ocupó el puesto en que Leyalá había encanecido.

»El raposo, ahuyentado hacía quince años por Leyalá, que le sentía desde lejos, vino aquella noche sin que el perro joven le sintiera, y comió las gallinas del *echeco-jauna.*

»Y Leyalá, que había dejado cabizbajo y triste el helecho en que dormía hacía quince años a la puerta de la casería, para que un extraño ocupase su puesto, apareció muerto a la mañana siguiente, aunque el *echeco-jauna* le había preparado un lecho más blando y más abrigado que aquél en que descansaba hacía quince años.»

Así habló el patricio centenario, y nadie ha recordado desde entonces que Lekobide es anciano.

Tampoco Lekobide lo recuerda, que la juventud de su alma no le deja pensar en la ancianidad de su brazo.

Pero he aquí que un sordo rumor y una agitación inusitada muchos años ha, se extiende por los valles y las montañas éuskaras, y numerosos corredores, con la indignación en el alma, llegan a la puerta de Lekobide, exclamando:

—¡*Quidaria!* (1) Un ejército formidable asoma por las cordilleras de Orduña, y ¡ay de los euskaldunac si el *irrinzi* (2) no se oye pronto en nuestras montañas!

—¡Rayo de Dios!—grita Lekobide encendido en ira.—¡Suenen las cinco bocinas en los cinco montes éuskaros, que no llegarán al árbol Malastu los que en son de guerra osan pisar nuestros libres solares! ¡Dadme la cota y la lanza que me acompañan en el combate setenta años ha!

Lekobide se viste la acerada cota, y su cuerpo se encorva bajo el peso de la armadura.

Lekobide empuña la lanza, y su brazo se niega a sostenerla.

Entonces el glorioso caudillo recuerda su ancianidad, y tiembla, y cae lleno de desaliento y desesperación en el poyo de la puerta.

Y entretanto la alarma cunde por las montañas y los valles éuskaros, y ya muchos guerreros vascongados bajan al valle de Padura, pidiendo a su glorioso caudillo que los conduzca al combate.

Un rayo de esperanza ilumina de repente la venerable faz de Lekobide.

—¡Príncipe de Erín!—exclama el anciano dirigiéndose al hijo de Morna.—Toma mi cota y mi lanza, y ocupa mi lugar al frente de las legiones euskaldunac.

—Señor—contesta Lémor—yo pelearé contra los enemigos de la tierra que tan generosa hospitalidad me ha dado, pero será confundido con tus guerreros. Busca caudillo más digno que yo de conducir tus guerreros al combate.

Todos los euskaldunac que han bajado al valle de Padura unen sus ruegos al de Lekobide; pero el modesto príncipe insiste en pelear como el más humilde.

—Serás mientras vivas el caudillo de los euskaldunac, que yo soy impotente para serlo—dice Lekobide con universal asentimiento.

Pero Lémor continúa rehusando el glorioso título que se le ofrece.

—Hijo de reyes eres, y mereces mandar vasallos—exclaman los ancianos de veinte valles, reunidos ya en el de Padura.—La libre tierra éuskara te da su señorío si consientes en acaudillar sus huestes.

El príncipe de Erín rehusa el señorío de los euskaldunac.

Y en tanto, nuevos corredores llegan anunciando que el ejército enemigo ha pasado el árbol Malastu, y baja como mar embravecida, arrasando cuanto se opone a su paso.

---

(1) Caudillo.
(2) Grito de guerra.

—¡Oh, príncipe de Erín!—exclama Lekobide.—Si por mis venas corriese sangre de reyes, yo te diría: Acaudilla las legiones euskaldunac, arroja de nuestra tierra al extranjero, y al tornar del combate te senterás en mi hogar y te daré el nombre de hijo.

Lémor dirige a Luz una mirada llena de amor y de ansiedad; y como si en el rostro de la doncella hubiese leído la respuesta que anhelaba su alma, exclama, vistiéndose la cota y empuñando la lanza de Lekobide:

—¡Anciano, que Dios me deje sentar en tu hogar y oir de tus labios el nombre de hijo!

V

En los cinco montes más altos de la tierra libre resuenan las bocinas, y el *irrinzi* contesta a aquel belicoso sonido en todos los valles y en todas las montañas.

Todo varón bastante fuerte para lanzar un dardo o blandir una espada, o una lanza o un hacha, abandona presurosamente su hogar y se encamina hacia el valle de Padura cuyas hondonadas y cumbres apenas pueden ya contener los millares de euskaldunac, que van acudiendo al llamamiento de la patria.

Y no es fuera de razón este llamamiento, que los enemigos son muchos y ya se acercan al valle de Padura como desafiando al caudillo de los euskaldunac que saben tiene allí su morada.

El ejército que invade las montañas éuskaras no se compone, no, de aquellas esforzadas legiones castellanas y leonesas que tantas veces plantaron la cruz de Cristo sobre las tiendas musulmanas, ni le acaudillan reyes de León ni condes de Castilla. Compónese de viles aventureros que infaman el nombre cristiano desde el Ebro al Tajo, y le acaudilla *Ordoño el Malo*, el villano usurpador de la corona de Sancho el Craso, que, arrojado del trono leonés, quiere ahogar su despecho en la noble sangre de los euskaldunac, y levantar en las montañas éuskaras un nuevo trono en que sentarse.

El ejército vascongado, acaudillado por Jaun-Zuria, como denominan los euskaldunac al príncipe de Erín, sale al encuentro del extranjero, que asoma ya por las montañas que dominan el valle de Padura, y Sancho Estiguiz, el Señor del Duranguesado, deja sus palacios de Tabira para acaudillar a los durangueses, que ansian ir a pelear al lado de sus hermanos los de la raza euskalduna, y vuela al lado del príncipe.

Trabado está el combate, y su espantoso fragor atruena las antes pacíficas montañas éuskaras.

Espesas nubes de dardos oscurecen el sol. Enormes rocas arrancadas por el hercúleo brazo de los euskaldunac, se desploman sobre las huestes de Ordoño, desordenándolas, y espantándolas, y aplastándolas. El hacha, y la lanza, y la espada de los patricios vascos, siembran de cabezas extranjeras e inundan de sangre los peñascales de Padura.

Pero la desesperación de Ordoño, que es inmensa, hace supremos esfuerzos para reanimar el valor de los aventureros, y aún se mantiene indecisa la victoria.

—¡Muera—exclama Ordoño—el caudillo de los euskaldunac, y el triunfo será mío!

Y corre al encuentro de Jaun-Zuría, que a la par lidia y rige su ejército en lo más recio de la pelea.

El hijo de los reyes de Erín sale a su vez al encuentro del ambicioso jefe de los invasores, y cierra con él en descomunal batalla.

La lanza de Lekobide, manejada con fuerza de titán por el príncipe de Erín, traspasa el pecho de Ordoño, que expira dando un rugido de desesperación, que resuena en las montañas de Padura como el del león herido. Pero ¡ay! una piedra lanzada por los enemigos hiere la noble frente del Señor del Duranguesado, por cuya vida daría la suya el príncipe de Erín.

El desorden es espantoso en las ya mermadas legiones extranjeras, que huyen, huyen en desorden por donde bajaron, señalando su huella con sangre y fuego.

Los euskaldunac las siguen hasta el pie del Luxa, y allí, cansados ya de matanza, y viendo libre y feliz a la patria, descansan y celebran su glorioso triunfo a la sombra del árbol Malastu, que limita la tierra libre.

VI

Cerca de diez siglos han pasado desde que los euskaldunac, acaudillados por el desterrado de Erín, hicieron extremecer de gozo a la patria en los campos de Padura.

Si queréis visitar aquellos campos, no busquéis en el mapa el nombre de Padura, pues trocaron este nombre por el de Arrigorriaga, que en el rico y venerable idioma éuskaro, equivale a *piedras bermejas.* Las rocas de que están erizadas las montañas de la antigua Padura, conservaron por mucho tiempo el color de la sangre que derramaron en ellas las hordas de Ordoño el Malo; y he aquí por qué la antigua Padura trocó este nombre en el de Arrigorriaga.

Dirigíos a la iglesia parroquial del valle de Arrigorriaga, y allí, junto a la pila del agua bendita, veréis un sepulcro de piedra. Preguntad a los sencillos aldeanos quién yace en aquel sepulcro, y os contestarán, latiendo su corazón al recuerdo de las glorias de la patria, que allí yace un príncipe llamado Ordoño, que intentó robar sus libertades al pueblo vascongado, y fué muerto por Jaun-Zuría, el primer Señor de Vizcaya.

Examinad luego los empolvados archivos del templo, y si sabéis la inmutable y eterna lengua de los euskaldunac, unos carcomidos y amarillentos pergaminos os dirán que en aquel templo se unieron la hija de Lekobide y el hijo de un rey de Erín.

EL PERRO NEGRO

I

La carretera que, bajando del valle de Mena, cruza las Encartaciones de Vizcaya y va a morir en Castro-Urdiales, atraviesa, apenas sale del territorio vizcaíno, unas agrestes soledades conocidas por el monte de Otáñez.

La bajada es tan rápida, y los barrancos que cortan el monte son tan profundos, que sólo a fuerza de revueltas o tornos, como allí dicen, y de terraplenes y muros gigantescos se ha podido abrir cómodo paso a través de aquel monte.

En uno de los sitios más solitarios, es decir, en el recodo que forma el camino al atravesar el torrente que se despeña por el barranco central, hay una cruz de madera que recuerda un sangriento drama representado hace algunos años en aquella espantosa soledad.

Miguel, un alegre y laborioso guipuzcoano, apareció una mañana de primavera en el bortal (1) que se extiende al otro lado del torrente, construyó aquel día una cabaña en el sitio más elevado del bortal, y al otro día comenzó a talar bortos para reducirlos a carbón, destinado a una de las ferrerías de Otáñez, pueblo que se encuentra al salir del monte que lleva su nombre.

Miguel alegraba aquella soledad con su contínuo canto, con sus piropos a las panaderas de las Encartaciones que los jueves y domingos iban a Castro-Urdiales y con la afectuosa y amena conversación que entablaba con cuantas personas pasaban por allí.

Entre las panaderas encartadas que por aquella época iban a Castro, se contaba una hermosísima muchacha del concejo de Sopuerta, que con una excelente mula, y seguida constantemente de un perrito negro, atravesaba el monte de Otáñez todos los jueves y los domingos al salir el sol, con dirección a Castro, y le volvía a atravesar cuando el sol se ponía, con dirección a Sopuerta, cuya jurisdicción empieza al comenzar el declive oriental del monte.

La cabaña de Miguel estaba en un alto ribazo que daba sobre el camino.

Todas las mañanas y todas las tardes, mientras Miguel charlaba un rato con Agustina, que así se llamaba la hermosa panadera, el perrito negro trepaba, listo como una ardilla, por el ribazo, manducaba la ración de torta de maiz que le guardaba Miguel, y se despedía de éste repitiendo las fiestas con que le había saludado al llegar.

(1) Madroñal.

II

Un domingo por la tarde dormía Miguel en su cabaña, descansando y desquitándose de la vigilia de la noche anterior que había pasado sacando una oya. (1)

Dos caldereros franceses, con una caballería, llegaron al recodo del torrente, yendo de hacia las Encartaciones, y se detuvieron a la sombra de unas frondosas alisas que daban sobre el camino, huyendo del sol, que aún calentaba de firme.

Desde aquel sitio, no sólo se veía la cabaña de Miguel, sino también todo el resto del camino hasta cerca de la salida del monte adonde baja haciendo tornos para continuar luego por el fondo del valle, siguiendo la corriente de un riachuelo, por medio de sombríos castañares, a cuyo término se encuentran las primeras casas de Otáñez.

Los caldereros tomaron de la caballería unas alforjas, dejaron la caballería paciendo en una praderita cercana, y se sentaron a merendar a la orilla del camino.

—El otro día, cuando pasamos por aquí, había carboneros allá arriba—dijo uno de los caldereros.—¿Dónde estarán hoy, que no se ve a nadie?

—Hoy, como es domingo, habrán ido a Otáñez a mudarse y limpiar de cisco el gaznate con un cuartillo—contestó el otro.

—Ea, limpiemos nosotros el nuestro del polvo del camino con una magra y un par de tragos de vino.

En efecto, los franceses metieron mano a las magras y a la bota, y poco a poco se fueron alegrando.

—¿Si estarán los carboneros durmiendo en la cabaña?—dijo uno de los caldereros.

—Verás qué pronto lo sabemos—contestó el otro.

Y poniendo la mano en la boca en forma de bocina, gritó, imitando la especie de ahullido con que avisa el *tortero* a los carboneros para que acudan a la cabaña a comer cuando tiene ya dispuesta la comida, que consiste en tortas de maíz, que cuece en una pala de hierro caliente, y en una olla de habas con tocino y cecina.

—¡Ahuuu!

Nadie contestó al grito del calderero.

—No te canses, hombre—dijo su compañero.—¿No te he dicho que los carboneros están esta tarde en Otáñez?

—¿Pues sabes que hoy está esto a pedir de boca para cobrar el pontazgo a los que pasen el puentecillo ese?

—Lo malo es que no pasa nadie.

—Calla, que me parece que alguien va a pasar.

(1) La oya, nombre vascongado que equivale a cama, es la leña amontonada en forma de cono y puesta en combustión para carbonizarla. Sacar la oya es retirar el carbón y apagarle.

En efecto, se oían hacia allá abajo los cascabeles de una caballería y el canto de una mujer.

Los caldereros se levantaron a mirar, y vieron que subía hacia el puente del recodo una muchacha montada en una briosa mula y seguida de un perrillo negro.

—Es una panadera—dijo uno de los franceses.

—Siempre traerá tres o cuatro durillos...

Que no ganamos nosotros en tres o cuatro días componiendo calderas.

—¿Sabes que es arrogante chica?

—Mejor que mejor.

—Y la mula es soberbia.

—Como la necesita un hombre de mi peso.

—Dinero, moza y mula... Triple negocio.

Los caldereros siguieron hablando, pero en voz baja, porque ya estaba cerca la panadera.

—¡Miguel!—gritó Agustina al pasar por frente de la cabaña.

Pero viendo que Miguel no respondía, continuó su camino.

El perrillo negro subió a la cabaña, entró en ella, hizo una fiesta a Miguel, que seguía durmiendo; pero conociendo por los cascabeles de la mula que su ama se alejaba, se apresuró a bajar el ribazo y continuó tras la mula.

III

Agustina, al pasar el puente para tomar el camino que costeaba desde allí horizontalmente la montaña, descubrió a los caldereros recostados contra una peña a la parte de arriba del camino, y se detuvo un momento poniéndose descolorida, como si presintiese algún mal, pero siguió adelante haciendo un gran esfuerzo para aparentar serenidad.

—Buedas tardes, señores—dijo a los desconocidos.

—¡Hola, buena moza!—contestaron los caldereros acercándose lentamente hacia ella.—¿De dónde se viene?

—De Castro.

—Ya sabes que hay que pagar el puente.

—¿Qué puente?

—El que acabas de pasar.

—¿Y cuánto se paga?—preguntó Agustina temblando.

—Todo el dinero que lleves—contestó uno de los caldereros, lanzándose a la pobre muchacha, al mismo tiempo que el otro se lanzaba al ramal de la mula.

—¡Jesús me valga!—gritó la desventurada Agustina en el momento en que uno de los caldereros, hombre de hercúleas fuerzas, la arrebataba en sus brazos al matorral de alisas que sombreaba el camino.

El perrillo negro se lanzó furioso a las piernas del que se llevaba a su ama, pero el calderero le alcanzó una fuerte patada que le hizo retroceder medio derrengado.

—¡Valedme, Virgen Santísima!... ¡Miguel!... ¡Miguel!... ¡Socorro!...—gritaba Agustina cada vez con voz más débil.

Y entonces el perrillo negro corrió medio arrastrándose hacia la cabaña de Miguel, en la que penetró dando dolorosos aullidos.

Miguel despertó con los aullidos y los arañazos del perro, y oyó los desolados gritos con que le pedía amparo Agustina.

Miguel comprendió lo que pasaba, porque al incorporarse en la cama de helecho donde dormía, vió a uno de los caldereros que sujetaba en medio del camino a la mula de Agustina, y el movimiento del ramaje donde ésta luchaba con el otro malvado.

Miguel se sobrecogió de terror considerando que lo menos eran dos los que habían asaltado a la panadera, y no se atrevió a salir de la cabaña, a cuya puerta el perrito continuaba aullando desesperadamente.

Los gritos de Agustina eran cada vez más débiles y dolorosos.

—¡Miguel!... ¡Miguel!... ¡Socorro!... ¡Que me matan!... ¡Miguel!...

El perro, viendo que Miguel no tomaba el hacha que estaba a la puerta de la cabaña e iba a socorrer a su ama, se alejó de aquel cobarde.

Poco después cesaron del todo los gritos de Agustina, y Miguel vió a los caldereros montar cada uno en su caballería, volver hacia el *ilsu* o mojón donde empieza el territorio vizcaíno, y tomar las cordilleras de Saldamando, con dirección a las montañas de Alen.

El perrillo continuaba aullando dolorosamente en el matorral donde se había perpetrado el crimen y donde hoy se ve una cruz de madera, junto a la cual al anochecer del 28 de Septiembre de 1859, me contó esta lúgubre historia un joven de Lasmuñecas, que es la primera aldea vizcaína que se encuentra, pasado el *ilsu*.

IV

Miguel, así que vió alejarse a los asesinos, tomó el camino de Otáñez, a cuya jurisdicción pertenece el sitio donde se había cometido el crimen, para poner éste en conocimiento de la justicia.

Acercábase ya al valle, cuando todavía, en el silencio de la noche, que era ya cerrada, seguía oyendo allá arriba los aullidos del pobre perro.

Conforme iba volviendo en sí de su terror, iba adquiriendo el convencimiento de que su conducta había sido villana.

—Mi cobardía—se decía a sí mismo—no merece perdón de Dios ni de los hombres. «¡Miguel!... ¡Miguel!...» me gritaba en las ansias de la muerte, la pobre Agustina. ¡Y yo no tuve siquiera aliento para responder desde lejos a su clamor e infundirle esperanza y acobardar a los asesinos!... ¡Cómo, Dios mío, podré yo presentarme, sin morirme de vergüenza, a los ojos de nadie en la tierra en que he nacido, donde el valor y la generosidad abundan tanto!

Y Miguel sintió los ojos húmedos de rabia y vergüenza de sí mismo.

La noche se iba poniendo oscura.

Miguel llegó al puente de los vados, y de repente vió delante de sí al perrito negro de Agustina, cuyos ojos brillaban como dos ascuas.

Miguel quiso hacer una fiesta al perro; pero el perro le gruñó rabiosamente, brillando sus ojos con resplandor más siniestro aún, y desapareció en la sombra de los castañares.

La justicia de Otáñez, acompañada de Miguel, se apresuró a ir al monte para recoger el cadáver de la joven panadera, o prestar a ésta auxilio, si aún era tiempo, a cuyo efecto acompañaba al alcalde el cirujano.

Durante todo el camino, Miguel vió pasar y repasar por delante de él al perrito negro, siempre gruñéndole rabiosamente y mirándole con unos ojos relucientes como carbones encendidos: pero lo más singular de todo era que nadie más que él veía al perro, y conforme se iban acercando al sitio del crimen, iban oyendo más distintamente los lúgubres aullidos que daba el pobre animal al lado de su ama.

Al llegar al matorral de alisas encontraron a Agustina cubierta de heridas, y al perrillo negro a su lado.

El cirujano notó que la joven conservaba aún un resto de vida. Procuró devolverle el conocimiento, y lo consiguió: pero fué por cortos instantes, pues la infeliz expiró apenas declaró quienes la habían robado y herido.

El perro siguió tras el cadáver de su ama hacia Otáñez, y Miguel se quedó en su cabaña.

Miguel, para ahuyentar algo el miedo, encendió a la puerta de la cabaña una gran hoguera, se acostó y procuró quedarse dormido.

Cuantas veces despertó aquella noche y desde su cama de helecho dirigió la vista a la hoguera que ardía delante de la cabaña, vió al perrillo negro junto a la hoguera siempre enseñándole los dientes y con los ojos relumbrantes.

Así que amaneció, echó sobre las ascuas un pedazo de bacalao, *engañó* con él el pedazo de torta que la tarde anterior había guardado, según su costumbre, para obsequiar al perro de Agustina, y bajó al torrente a beber un trago de agua para subir en seguida al bortal a trabajar; pero al ir a echarse de bruces en un remanso que hacía el agua, vió en ésta al perro negro *reguillándole* los dientes, como en aquella tierra dicen.

Alzó la vista a las rocas de la orilla, creyendo que el perrillo estaría encaramado en alguna de ellas, y el agua reproducía su imagen; pero por ninguna parte descubrió al perro, y empezó a sentirse dominado de una especie de terror que no acertaba a explicarse.

Durante todo el día vió pasar por su lado al perro, y aun creyó oir hacia el matorral de alisas el dolorido grito de «¡Miguel!... ¡Miguel!...» con que la pobre Agustina le había llamado en vano.

Al declinar la tarde hizo una cruz de madera, la plantó donde aún se veía la sangre de Agustina, y tomó el camino de las Encartaciones.

V

Miguel fué a los montes de Galdames, en las Encartaciones, donde hacían carbón unos amigos suyos, guipuzcoanos también, a quienes contó lo que le pasaba, y sus amigos le dijeron que se quedase a trabajar allí, y dos de ellos irían a concluir su tarea en el monte de Otáñez. Miguel aceptó gustoso esta

proposición; pero al ponerse el sol aquel mismo día, vió delante de sí al perrillo negro que le miraba con ojos centelleantes y dientes amenazadores. La misma aparición vino a espantarle los días y las noches siguientes.

El terror comenzaba a trastornar la imaginación de Miguel, cuyo espíritu no encontraba un instante de calma, ni velando ni durmiendo.

Una tarde, al anochecer, se retiraba Miguel a la cabaña con su hacha al hombro y muy contento, porque aquella tarde no había visto al perrillo negro; pero de repente le vió a tres pasos de distancia, como siempre, rechinando los dientes y mirándole con ojos de fuego.

Lleno Miguel de ira descargó tan terrible hachazo sobre el animalejo, que casi le dividió en dos pedazos, y continuando hacia la cabaña, se acostó muy tranquilo, seguro de que no volvería a aparecérsele su constante y terrible perseguidor; pero al día siguiente el perrillo se le apareció más irritado que nunca, y sin que en su cuerpo se notase lesión alguna.

Entonces el desdichado Miguel determinó huir inmediatamente de Vizcaya, a ver si en Guipúzcoa se veía libre del perro, y se encaminó a Bilbao con objeto de embarcarse en uno de los vapores que viajan entre Bilbao y San Sebastián.

—Ese perrillo—le dijeron sus compañeros, debe ser el diablo, que toma la forma de perro para desesperarte: Si vuelve a aparecérsete, hazle la cruz y verás cómo desaparece.

Miguel bajó a Güeñes y tomo Cadagua abajo, resuelto a seguir, en caso necesario, el consejo de sus compañeros.

Más arriba de Alonsótegui existe a la orilla del camino una columna de piedra, coronada por una cruz de fierro, y en la columna se lee esta inscripción: «Aquí murió don Diego de los Hoyos. Rueguen a Dios por él. Murió en 9 de Diciembre, año de 1675.» Cerca de dos siglos ha subsistido en aquella soledad aquel fúnebre monumento, sin que la codicia haya tocado la cruz de fierro, ni la irreverencia haya deteriorado de una pedrada el pedestal. ¡Bendito sea el pueblo que así respeta la memoria de los muertos, y así venera el signo de la redención!

Al acercarse Miguel a la cruz, con la boina en la mano y rezando un Padrenuestro por el que allí entregó al Señor su espíritu, vió al perrillo negro al pie de la cruz mirándole con ojos relumbrantes y dientes amenazadores.

No era, pues, el diablo quien le perseguía y le amenazaba: ¡era Dios, era su propia conciencia!

Embarcóse en Bilbao, creyendo que, al menos durante su viaje a San Sebastián, no le perseguiría aquella horrible visión; pero también se equivocó, que al declinar la tarde, cuando el buque se acercaba a San Sebastián, Miguel vió sobre la cubierta del buque al perro negro en la amenazadora actitud acostumbrada.

VI

Miguel había perdido la razón, puesto que una tarde abandonó la casería paterna, situada cerca de San Sebastián, y se dirigió a la orilla del mar con ánimo de poner término a su desventura, poniendo término a su vida.

En el camino se le apareció el perrillo negro, y esta nueva aparición, que se repetía todos los días y en todas partes, le afirmó más y más en su bárbara y sacrílega resolución.

Llegó a la playa, y buscando una roca a cuyo pie las olas fuesen bastante furiosas para despedazarle instantáneamente, la encontró y trepó a ella.

Al examinar el abismo a que se iba a precipitar, y al pensar en la horrible muerte que iba a recibir empezó a faltarle el valor para suicidarse, si es que valor puede llamarse al acto de cobardía que lleva el nombre de suicidio.

Apartó sus ojos del mar y contempló el paisaje que se extendía a su vista: a un lado la ciudad hermosa y alegre, y al otro verdes y risueños oteros, blancas caserías y floridas huertas; aquí y allí alegres cantares y repique de campanas, y allá arriba, en la falda de la montaña, el bullicioso son del tamboril que regocijaba a la multitud, entregada a los encantos de la romería.

Miguel pensó que la vida es hermosa, aun para los más infortunados, y desistió del criminal intento de abandonarla voluntariamente.

Cuando se alejaba de la playa, oyó hacia un extremo de ésta un doloroso grito, y al volver la vista vió aparecer entre las olas una hermosa cabeza que desapareció inmediatamente.

—¡Socorro!...—gritó con desolado acento aquella misma cabeza, volviendo a aparecer y desaparecer entre la espuma.

Miguel se acordó al oir aquel grito del de la pobre Agustina, que no se apartaba nunca de su memoria.

Y se lanzó a las olas con la angustia y la abnegación con que un padre se lanza a salvar a su hija.

Un momento después apareció sosteniendo en sus brazos a una joven, que las olas furiosas pugnaban por arrebatarle.

Larga y penosa fué la lucha: pero al fin, Miguel, ensangrentado, casi sin aliento, medio muerto de emoción y de fatiga, salió a la orilla trayendo en sus brazos a la desventurada joven, a quien acudió a prestar auxilio su familia, que la buscaba desolada.

La joven a quien Miguel había salvado era hija de un rico banquero de Madrid, que lloraba de gratitud y alegría estrechando la rústica mano del que había salvado a su hija.

Miguel emprendió el camino de su casería precisamente al ponerse el sol, a la hora en que todas las tardes se le aparecía el perrillo negro: pero el perrillo negro no se le apareció aquella tarde.

Y pasaron días y días sin que volviera a aparecérsele, hasta que llegó uno en que a la puerta de su casa se le apareció, no el perrillo negro, sino el rico banquero de Madrid, cuya hermosa hija había salvado, para dejarle, en testimonio de su agradecimiento, un saquito que contenía cien onzas de oro.

EL PAR DE CAPONES

Contados los cuentos de *éste* y el *otro*, contemos ahora el de *más allá*, que también es popular, pues de boca del pueblo le he recogido.

El de más allá era el señor don Luis de Laraudo, caballero de Bilbao, donde siempre hubo gente alegre y amiga de *tomar el pelo,* como aquí se llama el acto poco meritorio de chungarse socarronamente con el prójimo.

El señor don Luis, que vivió en el primer tercio de este siglo, a pesar de haber sido alcalde de la villa y haber desempeñado otros cargos tan serios como éste, dejó memoria imperecedera de gracioso y agudo como pocos, como que se decía que todos se morían de risa al oirle; y es de notar en él que, a fuer de pariente del cuentista por excelencia llamado pueblo, no podía dominar su inclinación a elegir curas o frailes, si no precisamente para protagonistas de cuentos, para interlocutores de bromas que parecían cuentos, según se verá en éste con que completo mi trilogía.

Era don Luis muy amigo del padre Guardián del imperial convento de San Francisco de Abando, y toda tarde en que escogía para su paseo la banda izquierda del Ibaizábal, pasaba el puente de San Antón, cruzaba Bilbao la Vieja y se detenía en San Francisco a hacer una visita al padre Guardián, religioso obeso, aficionado a la carne de pluma, y particularmente a los capones de Durango, de alma plácida y serena, y de candor que contrastaba por completo con la malicia de buen género de su gran amigo el señor don Luis.

Y en verdad que el padre Guardián no se mostraba ingrato a las visitas del señor Laraudo, porque rara era la vez que éste lograba salir de la celda del prelado sin haber sido obsequiado cuando menos con un jicarón del rico chocolate que fabricaba en aquella santa casa un hermano lego que había sido chocolatero de ley, acompañado de un bollo, no menos rico, de los que fabricaba Pedro Franconi, el que, en compañía de su paisano Francisco Matossi, había fundado en Bilbao el primer café Suizo que hubo en España.

Una tarde el señor don Luis, después de despachar el canjillón de chocolate, el bollo y el vaso de agua con azucarillo, mientras el padre Guardián reía como un bienaventurado que era, oyendo sus gracias, que para él era gracioso cuanto salía de labios del señor don Luis, éste dijo al buen religioso con la mayor formalidad del mundo:

—Padre Guardián, se me cae la cara de vergüenza cada vez que vengo a verle a usted.

—¿Y por qué, amigo don Luis?

—Porque usted me está siempre obsequiando y yo no le hago obsequio alguno.

—¡Miren qué porrazo! Bastante obsequio me hace usted con su amistad y sus visitas.

—Eso, padre Guardián, bastará para tranquilizarme en cuanto a usted, que es la bondad suma, pero no en cuanto a los demás religiosos, que me ven venir casi todas las tardes a llenar la andorga, y no ven nunca venir de mi parte ni siquiera un par de pollos tísicos. Precisamente ahora tengo famosa ocasión de regalar a usted un par de capones, que meten miedo de grandes y gordos, y se los voy a enviar mañana.

Al padre Guardián le chispearon los ojos de alegría al oir hablar de un par de capones, que instantáneamente se figuró del tamaño de un par de pavos, y con unas mantecas capaces de dar sustancia al *gaudeamus* de toda la comunidad. Estuvo por rehusar formalmente la oferta, pero no tuvo valor para pasar en este capítulo de lo que la cortesía más elemental aconseja en estos casos.

—Amigo don Luis, no se moleste...

—No hay molestia que valga, padre Guardián: el par de capones viene aquí mañana por la tarde.

—Pero ¿qué necesidad tiene...

—Vaya, no me incomode usted, padre Guardián.

—Pues ¡porrazo! si usted se empeña, venga el par de capones y los despacharemos, a la salud de usted.

Así diciendo uno y otro, el señor don Luis se fué a dar un paseo, y el padre Guardián quedó chispeándole aún los ojos de gula, único pecado en que solía incurrir aquel santo hombre, con la idea del par de capones.

El señor don Luis, cuando no daba su paseo por Abando, le daba por Begoña, que está por la banda opuesta del Ibaizábal. En este caso subía por Zabalbide, se detenía un rato en Larrínaga a *tomar el pelo* a un hortelano, gordo como un cebón, que trabajaba en las huertas lindantes con la calzada: llegaba al santuario, rezaba una salve a la Virgen, salía al pórtico, y se entretenía allí también en *tomar el pelo* a un hermano suyo, que era cura, y a otro cura de Begoña, apellidado Anillu, que era amigo inseparable de su hermano. Era proverbial en Bilbao y sus cercanías la cortedad de alcances de estos dos señores curas, y don Luis solía utilizar esta circunstancia para sus gracias: por ejemplo, del modo siguiente:

—¿Les parece a ustedes que el padre Santo puede casarse?

—No, señor.

—Pues yo creo que sí.

—Es imposible.

—Imposible me parecía a mí también, pero al fin he caído del mulo después de consultar a dos grandes teólogos.

—¿Y se puede saber qué teólogos son esos?

—Dos muy consumados: mi hermano y Anillu.

Al oir esta salida no había quien no se desternillase de risa, porque una cosa es contarlo y otra ver y oir al señor Laraudo.

Así como, cuando paseaba por Begoña, el hortelano de Larrínaga y su hermano y Anillu eran los que hacían el gasto a su afición a *tomar el pelo*, cuando paseaba por Abando, lo era, además del padre Guardián de San Francisco, un hortelano de Abando-Ibarra, muy parecido, en diversos conceptos, al de Larrínaga. Los dos hortelanos eran gordos, los dos tenían un mismo apodo, lle-

vaban muy a mal que por este apodo se les designase, los dos eran muy codiciosos y los dos tenían un genio de mil demontres.

La mañana siguiente los dos hortelanos recibieron este aviso:

—De parte de don Luis de Laraudo, que esta tarde a las cuatro vaya usted de su parte a ver al padre Guardián de San Francisco para un asunto que le interesa a usted mucho.

Como los dos hortelanos sabían que el señor Laraudo era muy amigo del Guardián, y le visitaba todas las tardes, cada cual creyó que el Guardián habría encargado al señor Laraudo les diese aquel aviso.

Casi al mismo tiempo llegaron a la portería de San Francisco los dos hortelanos, que se saludaron cordialmente, pues eran amigos, y se sentaron a esperar, por haberles dicho el hermano portero que el padre Guardián estaba aún en los oficios de vísperas.

Entrados en conversación, naturalmente, recayó ésta en la circunstancia que los reunía allí, y cuando mutuamente se manifestaron que habían sido llamados por el padre Guardián por conducto del señor Laraudo, empezaron a discurrir sobre lo que el padre Guardián tendría que decirles.

Como los dos eran codiciosos y los dos tenían en América parientes de quienes no sabían hacía muchos años, y el padre Guardián solía tener comisiones de averiguar el paradero de los parientes de vizcaínos muertos en América, y aún de ponerles en camino de percibir herencias, pensaron si el padre Guardián los llamaría para alguna cosa de éstas.

Terminadas las vísperas, el portero subió a avisar al Guardián que en la portería esperaban para verle de parte del señor Laraudo, y el Guardián se apresuró a decir que subiesen a su celda.

A ésta precedía una salita de recibimiento, y allí los esperaba el padre Guardián, que se sorprendió, y aún se disgustó, al verlos con las manos peladas, pues él esperaba que las llevasen ocupadas lo menos con un par de capones.

—¿De parte de quién vienen?—les preguntó el Guardián, dudando aún de que fuesen de parte de su amigo.

—De parte del señor don Luis de Laraudo, que nos ha mandado *a cada* recado para que de su parte nos presentemos a usted.

—Pues no sé como puede ser eso, porque yo no he hecho encargo alguno al señor don Luis. Ayer, como casi todas las tardes, estuvo aquí; tomamos chocolate juntos, hablamos de diferentes cosas, y se despidió, por más señas, diciéndome que hoy me enviaría un par de capones que metían miedo de grandes y gordos...

Dos rugidos de cólera, y dos pasos hacia el padre Guardián con los puños cerrados, interrumpieron al santo y candoroso prelado, que retrocedió espantado, sin comprender la cólera ni el ademán amenazador de aquellos hombres.

—¡Padre Guardián—exclamaron éstos—es una iniquidad que usted se divierta así con nosotros!

—No, hijos, si yo no me divierto con ustedes.

—A mí me llaman por mal nombre el capón de Begoña.

—Y a mí el capón de Abando.

—¡Ah, porrazo!—exclamó entonces el padre Guardián, trocándose su espanto y su sorpresa en tentaciones casi irresistibles de reir a todo trapo.

—¡Entonces quien se ha divertido con ustedes y conmigo es el señor don Luis!

Los hortelanos comprendieron que, en efecto, eran tres y no dos, los chasqueados por el señor Laraudo, y tomaron escaleras abajo.

Cuando pasaron por la portería, el hermano portero les oyó decir que iban a matar al señor Laraudo. ¿Le mataron?

¡Ca! El señor Laraudo murió muchos años después, de enfermedad natural, y se cuenta que hasta en su última confesión hizo una de las suyas, haciendo perder con ella la gravedad propia del acto al padre Guardián, su gran amigo, que era el que le confesaba, y a quien dijo: «Padre, se cuenta por ahí que a muchos he hecho morir de risa. Absuélvame también de esas muertes.»

(De los *Cuentos populares)*

EL ANGEL Y EL DIABLO

I

Uno de los empleados en el camionaje del otro mundo escribió y publicó un libro, según unos muy bueno, y según otros muy malo.

Por si hay entre ustedes alguno que no sepa lo que es camionaje, cosa que nada tendrá de particular, porque esta palabra no está en el Diccionario de la Lengua castellana, voy a explicárselo. Camionaje se llama todo lo que se refiere al transporte de personas y efectos desde las estaciones de los ferrocarriles a su inmediato destino. Por ejemplo: a la estación A llega el fardo de ricas telas de contrabando B, que espera a conveniente distancia el contrabandista C; la fuerza motriz que, por encima de Carabineros, etc., hace salvar a B la distancia que media entre A y C se llama camionaje. ¿Están ustedes enterados? ¿Sí, eh? Pues volvamos al libro.

Del libro en cuestión, que era todo él pura estadística, pura matemática, pura ciencia numérica, resultaba un dato muy curioso, y era que guarda proporción el número de viajeros destinados al cielo o al infierno con el número de años que los mismos viajeros cuentan, con la particular circunstancia de que cuanto más tarde sale uno de este mundo más probabilidades tiene de que le lleven los demonios.

El día en que se puso a la venta el susodicho libro no quedó un ejemplar en las librerías; y esto tiene una explicación muy sencilla: el libro, según unos

era muy bueno, y, según otros, era muy malo, y en materia de libros lo que más gusta son los extremos. Un libro sublimemente bueno o sublimemente malo, es de todos modos sublime, y encuentra abundancia de lectores.

No había un habitante del otro mundo que no leyese o se preparase a leer el libro del empleado en el camionaje, y dicho esto, dicho se está que el angel de la Guarda y el diablo no fueron los últimos que gastaron su medio durete en comprar el tal librito, por supuesto, el primero con la intención más pura y el segundo con la intención más endiablada.

Los buenos libros no sólo son buenos por lo que dicen, sino también por lo que le hacen a uno pensar cuando los lee. Yo sé que era muy curioso el que escribió y publicó el empleado en el camionaje del otro mundo; pero esto no me autoriza a decir que fuese bueno: hay curiosidades muy pícaras, y tanto esto como lo que hizo pensar al angel y al diablo, me hacen suspender mi juicio acerca de la bondad de la obra.

Veamos lo que la obra hizo pensar al angel y al diablo.

El angel se puso a razonar en estos términos, así que terminó la lectura del libro:

—¡Válgame Dios lo que he descubierto! ¿Con que resulta que cuanto más viven las criaturas humanas, menos probabilidades tienen de entrar en el cielo, y que infaliblemente van a él las que mueren en la edad de la inocencia? Pues señor, está visto que yo hago muy mal en cuidar de los chiquillos, y que a los chiquillos y a mí nos tiene cuenta que se mueran antes de llegar a la edad de las picardías, porque así van todos derechos al cielo, y del otro modo van casi todos derechos al infierno. ¡Bobo de mí, que no me había ocurrido hasta ahora una cosa tan sencilla como ésta! No es cosa de que yo vaya a empujar a los chicos para que se rompan la crisma, por ejemplo, al bajar una escalera, porque eso ya sería usurpar sus atribuciones al diablo; pero lo que sí haré es dejar que se la rompan. Señor, ¿que un chiquillo se cae al río o coge una insolación? Le dejo que se ahogue o se muera de un ataque cerebral, en vez de tirarme al agua a sacarle o convertirme en curandero, como he hecho hasta aquí. En el mundo hay protecciones muy mal entendidas, y ya estoy convencido de que una de ellas era la que hasta aquí he dispensado a los chiquitines. Vea usted cómo hasta de los libros peores se saca algo bueno.

Así razonaba el ángel, mientras el diablo razonaba de este otro modo:

—¡Mil demonios me lleven si con la lectura de este libro no he hecho el mayor descubrimiento de toda mi pícara vida! Y que habla como un libro este empleado en el camionaje. Si todas las criaturas humanas murieran de chicas, sería cosa de cerrar el infierno, porque no parecería por él un alma. Lo que a mí me tiene cuenta es que nadie se muera hasta llegar a la edad de las picardías. ¡Bruto de mí, que no había caído hasta ahora en una cosa tan sencilla como ésta! No es cosa de que yo vaya a andar con los chiquillos de la mano, porque eso sería usurpar las atribuciones al ángel; pero lo que sí haré es librarles del peligro si los veo en él, en vez de procurar que se los lleve la trampa, como hasta aquí he hecho. En el mundo hay precauciones muy mal entendidas, y ya estoy convencido de que una de ellas era la que hasta aquí he hecho a los chiquillos. Vea usted cómo hasta de los libros mejores se saca algo malo.

Así razonaba el diablo, mientras una madre decía viendo travesear a su hijo:

—¡Jesús, estas criaturas estudian con el enemigo malo!

Y otra madre decía viendo que su hijo había rodado las escaleras sin hacerse daño:

—¡Jesús, estas criaturas se matarían si el ángel de la Guarda no las tuviese de su mano!

II

Ya tenemos en campaña al ángel y al diablo dispuestos a cambiar de papeles, o lo que es lo mismo, al ángel a dejar que los niños se rompan la crisma, y al diablo a impedir que se la rompan.

Quizá no haya pueblo en el mundo donde con tanto amor se trate a los niños como en Bilbao. Una de las cosas que más llaman en Bilbao la atención del forastero, es la gracia y aun la riqueza con que los niños, hasta de la clase artesana, están vestidos y engalanados. En el Arenal y el campo de Volantín cuando hace buen tiempo, y en la plaza Nueva y el pórtico de Santiago cuando le hace malo, centenares de niños y niñas muestran el buen gusto y la ternura que caracteriza a las madres de familias bilbaínas. Tal vez lo que algunas gentes llaman atraso influya en este afán con que toda madre se ocupa aquí constantemente en el cuidado y embellecimiento de sus hijos. Aquí la vida del hogar no ha degenerado como en otras grandes poblaciones; aquí la madre de familia no pasa la mayor parte de su vida en los cafés y los bailes y las tertulias, como sucede, por ejemplo, en Madrid; aquí la madre de familia pasa la vida en su hogar ocupándose en el cuidado de su casa y su familia.

Algunas gentes opinan que esto es un lamentable atraso; pero de seguro no opinarán lo mismo esos hermosos niños que de cinco a seis de la tarde en verano, y de tres a cuatro de la misma en invierno, salen de todas las casas vestidos y embellecidos con mil primores, mientras sus madres, llenas de santo orgullo, se asoman a los balcones para contemplar la obra de su ternura y su delicado gusto.

De la madre que con el cuerpo o con el pensamiento está casi siempre fuera de su hogar, no esperéis esa ternura y ese delicado gusto que se reflejan en los inocentes niños que, como bandadas de hermosas palomas, vagan por los paseos de nuestra culta y opulenta villa.

El ángel y el diablo, que no ignoraban esto que yo cuento, y que por lo mismo deben tener tan buena voluntad el primero, como mala el segundo a la noble villa, el ángel y el diablo se plantaron en el Arenal de Bilbao una hermosa tarde de verano, a la hora en que aquellas arboledas se pueblan de hermosos niños, que el ángel contemplaba con embeleso y ternura, y el diablo con desdén y repugnancia.

Un precioso niño de cuatro años, en torno de cuya rubia cabeza revoloteaba invisible el ángel, sin poder apartarse de él, por más que lo intentaba, como la mariposa revolotea en torno de la luz que la enamora, sin poderse apartar de ella por más que lo intenta, trepó por los balaustres de la verja del muelle y emprendió un paseo por encima de la verja. El ángel pensaba que al niño y a

él les tenía cuenta que el niño cayese al agua y se ahogase, y volase al cielo; pero en el momento en que el niño se ladeaba para caer al Ibaizábal, el ángel obedeció al instinto del bien, propio de su divina esencia, y tocando al niño con el ala le sostuvo y le salvó empujándole suavemente a la blanda arena del paseo.

Casi al mismo tiempo que esto pasaba en el muelle. pasaba no lejos de allí una cosa parecida. Un niño de seis años se subió a un árbol con el afán de coger un nido. El diablo, revoloteando también invisible, procuraba acercarse a él para impedir que se matara y volara al cielo; pero con dificultad podía vencer la repugnancia que le causaba aquella angelical criatura. El niño puso el pie en una débil rama y el diablo, en vez de sostenerla para que no se quebrantara con el peso del niño y éste cayera al suelo, obedeció al instinto del mal, propio de su infernal esencia, y desgarrando la rama hizo caer al niño, que se mató en la caída, y voló al cielo.

Y cuando los niños tornaban al hogar donde los esperaban sus amorosas madres, el ángel tornaba al cielo y el diablo tornaba al infierno, diciendo:

El ángel.—Está visto que yo no sirvo más que para amar y proteger a los niños, que son mis hermanos y mis semejantes. La ciencia de los números será muy buena para los hombres, pero para los ángeles es mejor la ciencia del corazón. Sigamos siendo el guardián de la inocencia y la debilidad y la hermosura, y el que por sus picardías vaya al infierno, con su pan se lo coma.

El diablo.—Está visto que yo no sirvo para niñero, porque me inspiran una repugnancia invencible todos esos trastuelos de carita y alma de ángel. Sigamos armándoles zancadillas para que se rompan el bautismo, que si la edad de la inocencia no me paga tributo, la edad de las picardías me llena la alforja.

Así hablaron el ángel y el diablo, en quienes, como hemos visto, el instinto del bien y el instinto del mal pudieron más que el interés.

Madres que tenéis hijos pequeños, ya sabéis que el ángel protege y el diablo persigue a vuestros chiquitines; pero lo que no sabéis, y por eso os lo voy a decir, es que siempre que váis a un baile, a un café o a una tertulia, dejando a vuestros chiquitines en casa, el diablo se mete en ella cuando vosotras abrís la puerta para salir.

MARI-SANTA

I

Lo que voy a contar, pasó hace más de cuatrocientos años, o lo que es lo mismo, cuando San Vicente Ferrer andaba por el mundo, asombrándole con su predicación y sus milagros.

Mari-Santa era hija de un pobre marinero de Bilbao, y debía la primera parte de su nombre al cura que la bautizó, y la segunda al pueblo, que la tenía

por una santa. Si no era una santa tal como la iglesia quiere que sean las que coloca en sus altares, poco le faltaba, porque desde niña se había consagrado al consuelo de los afligidos.

¿Lloraba un niño en las riberas del Ibaizábal? Una niña que jugaba en estas riberas abandonaba presurosa sus juegos infantiles para consolar al niño, que al punto trocaba su llanto en risa, porque la palabra de aquella niña tenía una dulzura que calmaba todos los dolores y dulcificaba todas las aflicciones.

¿Consumían las llamas la pobre casería de un labrador en las repúblicas de Abando, Begoña o Deustúa, y el labrador y su familia lloraban sin consuelo, viéndose de repente sin techo con que cobijarse ni pan que llevar a los labios? Una compasiva doncella aparecía entre aquella desconsolada familia, y su dulce y persuasivo acento infundía consuelo y esperanza y resignación a aquellos desventurados.

¿Lloraba una madre de familia la pérdida de su esposo o su hijo? La humilde hija de un marinero corría a su lado y llevaba el consuelo a su corazón sólo con el poder de su palabra, dotada de un encanto y una persuasión irresistibles.

La que empleaba así su vida en consolar a los afligidos, era conocida en todo el valle del Ibaizábal con el nombre de Mari-Santa.

II

El Apóstol Vicente Ferrer, el segundo Pablo, el clarín del Evangelio, como con razón le llama su biógrafo Valdecebro; el trueno de Europa, como con más razon en el fondo que buen gusto en la forma le califica Granda, historiador de la basílica de Begoña, llegó al valle del Ibaizábal asombrando con su elocuencia y sus milagros a las tres provincias vascongadas, como había asombrado a las restantes de España y muchas de Europa.

A propósito de los milagros de San Vicente Ferrer, quiero hacer una pregunta a los que no creen en milagros. Pase que haya quien dude de los que piadosamente ha atribuído el pueblo a tal o cual siervo de Dios, porque la misma Iglesia duda de ellos mientras no tiene grandes pruebas de que son verdaderos; pero ¿es posible que haya quien dude de los de San Vicente Ferrer, que por espacio de un siglo y en número infinito estuvieron asombrando a Europa y se verificaban muchísimas veces en presencia de veinte o treinta mil personas? Sabido es que el santo apóstol decía a su compañero: *Toqueu a milacre*, y al toque de la campana llamada de milagros se reunían en torno del apóstol millares de enfermos que sanaban instantáneamente así que el apóstol ponía su mano en ellos. Puede equivocarse o alucinarse una persona, pero no millones de ellas; puede equivocarse o alucinarse una población, pero no millares de poblaciones; puede durar la equivocación o alucinación un día, pero no un siglo.

Vicente Ferrer predicaba en lemosín o valenciano en la iglesia de Santiago de Bilbao, y le comprendía perfectamente el pueblo, que, casi en su totalidad, no sabía más lengua que la vascongada, que entonces era casi la única que se hablaba en Vizcaya. Por la noche, convencido, sin duda, de que el cielo está

más cerca de los montes que de la tierra llana, como dice un cantar vascongado, iba a descansar de sus gloriosas fatigas en una pobre casería situada en la cordillera que se extiende entre Gangúren y Bérriz, donde en aquellos tiempos se llamaba Campo de la Lid, y hoy se llama Santo Domingo, porque el apóstol valenciano erigió allí un templo, que ha subsistido hasta nuestros días, al santo fundador de la Orden dominicana, cuyo hábito vestía Vicente Ferrer.

Contáronle en Bilbao las piadosas tareas en que Mari-Santa empleaba la mayor parte de su vida, y aquella noche, al llegar a su humilde asilo de la montaña, hincóse de rodillas, alzó los ojos y el corazón al cielo, y pidió a Dios que si un día enviaba la tribulación a la doncella que se consagraba al consuelo de los afligidos, le enviase también el consuelo.

Apenas el siervo de Dios formuló esta súplica, el Señor le anunció que la había acogido propicio.

III

Mari-Santa se unió con un honrado mancebo que, como el padre de Mari-Santa, ganaba el sustento dedicándose a la marinería, y un año después dió a luz un hermosísimo niño.

Cuando cumplía este niño tres años, enfermó de repente, y, a pesar de los cuidados de su tierna y amantísima madre, voló su alma al cielo.

El dolor de Mari-Santa, cuyo marido se hallaba ausente en una larga navegación, no tuvo límites.

Todos procuraban consolar a Mari-Santa; pero la que encontraba consuelo para todas las aflicciones, no le encontraba para la suya; por más que le recordasen que su hijo se sentaba ya entre los ángeles y había muerto sin los dolores físicos que comúnmente se experimentan en el tránsito de la vida temporal a la eterna.

En la colina de Mallona, subiendo de la villa al santuario de la Virgen de Begoña, existía por aquellos tiempos una ermita consagrada a Jesús Crucificado, y cada vez que Mari-Santa pasaba por allí se postraba a los pies de Jesús, exclamando:

—¡Gracias, Señor, porque nunca habéis dejado descender la tribulación a mi alma!

Pero desde que perdió a su hijo su oración era ésta:

—¡Señor! ¿Por qué me habéis desamparado?

Una noche bajaba Mari-Santa de consolar a los afligidos en las colinas de Begoña, y, según su costumbre, dobló las rodillas ante el Crucifijo de Mallona.

La noche era obscura, obscura, y el Ibaizábal rugía en el fondo del valle, y el mar bramaba a lo lejos, y las fieras aullaban en las laderas de Archanda y Pagasarri, que entonces estaban cubiertas de altos y espesos matorrales.

—¡Señor! ¿Por qué me habéis desamparado?—exclamó Mari-Santa con más dolor y desconsuelo que nunca.

—¡Torna la vista!—le contestó una voz que parecía salir de los labios del Crucificado.

Mari-Santa tornó la vista hacia las lóbregas vertientes del Pagasarri, y una visión singular se ofreció a sus ojos: allá a lo lejos, a lo lejos, vió el cadáver de un mancebo pendiente de un patíbulo, y al pie del patíbulo dos ancianos que lloraban y procuraban taparse el rostro con las manos para ocultar su vergüenza. ¡El mancebo ajusticiado se parecía prodigiosamente a su hijo, y los ancianos se parecían prodigiosamente a ella y su marido!

Mari-Santa comprendió, llena de júbilo y consuelo, el significado de aquella maravillosa visión, y desde entonces nunca pasó por la colina de Mallona sin exclamar, prosternada a los pies del Crucificado:

—¡Gracias, Señor, porque llevásteis a vuestro seno a mi hijo, antes que fuese indigno de él!

(De *Cuentos de vivos y muertos*)

TRAGA-SARDINAS

AL SEÑOR DON RAIMUNDO DE MIGUEL

Como usted, mi querido y respetado amigo, es autor de la mejor colección de fábulas morales que se ha escrito en lengua castellana, el recuerdo del fabulista Samaniego, que evoco en este cuento, ha traído a mi memoria el de usted, siempre grato para mí, porque además de ser el de un maestro benemeritísimo, el de un poeta esclarecido y el de un ciudadano tan honrado en la vida privada como en la vída pública, es para mí el de un excelente amigo. Una humilde florecilla del campo salpicada de rocío es recuerdo tan tierno como una flor de oro salpicada de brillantes, y por eso me atrevo a ofrecerle a usted esta humilde florecilla de mi ingenio.

I

El insigne fabulista alavés don Félix María de Samaniego casó en Bilbao, donde vivió mucho tiempo y dejó muchos recuerdos de su donoso ingenio. Samaniego es en Bilbao algo parecido a lo que es Quevedo en Madrid, o mejor dicho, en España; no hay agudeza de ingenio que no se le atribuya con más o menos verosimilitud. Sin embargo, se cuentan allí muchas que indudablemente son suyas, y a este número pertenece la anécdota que voy a contar. Es posi-

ble que esta anécdota no sea original del mismo Samaniego, y sí sólo una de aquellas imitaciones de que tan discreto ejemplo nos dió en muchas de sus fábulas, cuyo pensamiento pertenecía a los fabulistas que le precedieron, desde Esopo a Lafontaine; pero no por eso tiene menos gracia, a pesar de lo pícaramente que yo la voy a contar.

Samaniego tenía mucha afición a la villa de Marquina, que aunque chiquitita, es muy linda, apacible y honrada, y es en Vizcaya el pueblo de más recuerdos literarios, como que de allí eran los Mogueles, que escribieron en vascuence libros piadosos muy buenos y en castellano disertaciones filológicas muy discretas, y hasta hubo en la misma familia una señora que tradujo en lindos versos vascongados una colección de fábulas; de allí procedían los Astarloas, uno de los cuales dió a luz la *La apología de la lengua vascongada*, y dejó inéditos trabajos importantísimos sobre el mismo asunto; (1) allí residió largo tiempo el ilustre Guillermo de Humboldt, estudiando y aprendiendo la lengua vascongada, para publicar luego sus doctísimas demostraciones de que aquella lengua es resto venerable y apenas adulterado de la que se habló en la generalidad de la península ibérica antes de la dominación romana; y por último, de allí proceden los Munibes, uno de ellos fundador de la famosa Sociedad Vascongada, que dió origen a las de Amigos del País, y en cuya patriótica empresa invirtió la enorme suma de noventa mil ducados, dato histórico que yo he tenido ocasión de comprobar en el archivo del señor conde de Peñaflorida, digno nieto de aquel ilustre patricio, que tiene su patriarcal hogar en Marquina.

No es extraño, pues que Samaniego, con sus aficiones literarias y su amor a lo apacible, honrado y hermoso, gustase de pasar largas temporadas en Marquina, dejando a su hacendosa y varonil mujer el cuidado de la casa y cuantiosos bienes que tenía en Bilbao y sus cercanías, tanto más, cuanto que su mujer estaba siempre en sus glorias con el tráfago de criados e inquilinos.

II

En Vizcaya hay grandes trabajadores, pero también hay grandes comedores. Si yo fuese a contar las historias de Heliogábalos vizcaínos que he recogido andando por allí de villa en villa, de aldea en aldea, y de casería en casería, escribiría un libro muy curioso; pero como dicen que para muestra basta un botón, me contentaré con mostrar, no uno, sino un par de botones.

En una taberna de Munitibar que es al pie del monte Oiz, donde se inicia el valle de Lequeitio, hay un letrero hecho a punta de cuchillo, en una puerta, y su historia es la siguiente:

Un anochecer llegaron a la taberna tres lequeitianos, uno de ellos eclesiástico, y determinaron pernoctar allí, porque iban de Bilbao y se les hacía ya tarde para continuar a Lequeitio, que está de allí cosa de dos leguas.

(1) Los principales de estos trabajos son unos *Discursos filosóficos de la lengua vascongada*, cuyo manuscrito obra en poder de la Diputación general de Vizcaya, esperando que se proceda a su impresión, como lo tiene acordado el Señorío.

—Por supuesto—dijeron a la tabernera—tendrá usted cena abundante que darnos.

—¡Ojalá que no tuviera tanta!—contestó la tabernera.—Esta mañana han pasado por aquí trece pícaros canteros marquineses, que decían iban a Guernica y volverían a mediodía, y después de haberme encargado que les tuviera dispuesta una buena comida, no han vuelto, y ha quedado todo, como quien dice, para los cerdos.

—Aquí estamos nosotros para cenarnos lo de los trece, y más que fuera—dijeron los lequeitianos.

La tabernera tomó esto a broma, pero una hora después se había convencido de que no lo era, pues los tres lequeitianos no habían dejado ni los huesos de la comida preparada para los trece canteros.

Y no contentos con esto aquellos bestias (salva la corona del que la tenía), al irse la mañana siguiente, después de almorzar fuerte, escribieron en la puerta del comedor con la punta de un cuchillo:

«El día tantos de tal mes y de tal año se cenaron aquí Fulano, Zutano y Mengano, la comida dispuesta para trece.»

Como el hecho es histórico y público y notorio en el valle de Lequeitio, no he querido callar, por más que me pese, la circunstancia de que el héroe principal de esta hazaña fué un señor cura, para tener ocasión de honrar a los buenos sacerdotes, que abundan en Vizcaya, y execrar a los malos, que allí son pocos, y sobre todo para rogar a los lectores que pidan a Dios le haya perdonado su glotonería, pues murió hace años, poco menos que reventado a fuerza de comer.

El otro botón que voy a presentar de muestra es un caballero de Marquina, llamado don Lesmes, aunque más conocido por Traga-sardinas, y célebre por su insaciable apetito. Cuéntase que don Lesmes apostó un día a que se comía dos docenas de sardinas frescas y se bebía un azumbre de vino mientras el reloj de la villa daba las doce, y ganó la apuesta, pues al dar el reloj la undécima campanada, don Lesmes se quitaba con el último trago de vino el dejo de la última sardina. A esta hazaña debía el apodo de Traga-sardinas.

III

Don Lesmes era uno de aquellos que viven para comer, en lugar de comer para vivir. A pesar de ser caballero de casa solariega bastante rica, era solterón, porque todos sus afectos estaban en el estómago y no un poquito más arriba. Un poquito más arriba ni un poquito más abajo no tenía afecto alguno. No consistía su celebridad sólo en su insaciable apetito, sino también en su creencia de que el día que le perdiese ya podía ponerse bien con Dios, porque sin remedio era hombre muerto. Esta creencia tenía su origen en una broma que habían querido darle sus amigos. Como fuese hombre que dividiese su amor a la manducatoria con su amor a la vida, sus amigos habían querido darle un susto tremendo haciéndole creer que se hallaba en inminente peligro de muerte. Puestos de acuerdo al efecto con el médico de la villa, éste le anunció que en el momento en que le faltase el apetito debía disponerse a morir, porque su

muerte estaba próxima. Don Lesmes creyó a pies juntillas al médico, porque era tan crédulo y candoroso cuanto comilón, y preparado así, sus amigos se dedicaron a hacerle perder el apetito; pero quienes se llevaron chasco fueron ellos y no don Lesmes, a quien nunca lograban ver harto.

Fué por Marquina el insigne don Félix María de Samaniego, que ya he dicho gustaba de pasar allí largas temporadas, y como le contasen lo inútiles que habían sido sus esfuerzos para asustar a don Lesmes y apelasen a su ingenio para conseguirlo, el buen don Félix les dijo:

—Déjenlo ustedes a mi cargo, que yo apretaré un poco mi flojo ingenio a ver si cumplo con una fábula en acción, el precepto de Horacio.

Samaniego vivía en una casa aislada en las cercanías de la villa.

Don Félix y don Lesmes se encontraron al anochecer al retirarse del paseo.

—¡Oh, señor don Félix!

—¡Oh, señor don Lesmes! ¿Cómo va esa humanidad?

—Bien, a Dios gracias, pues el apetito se conserva excelente. Hoy, después de comer me fuí a dormir la siesta acostumbrada, que nunca baja de un par de horas; pero no había pasado una, cuando me despertó el pícaro gusanillo...

—Le envidio a usted el buen apetito por que yo le tengo fatal.

—Dios me lo conserve, porque el día que le pierda me voy inmediatamente al otro barrio, según me ha dicho el médico.

—Hombre, ya podía usted acompañarme mañana a comer, porque mañana es mi cumpleaños y me voy a aburrir comiendo solo, y sobre todo con la falta de apetito que tengo estos días.

—Pues acepto el convite.

—Y no le pesará a usted, amigo don Lesmes, pues me han mandado de Laguardia un barril de vino rancio y una docena de perdices, que deben ser cosa buena.

—¡Je! ¡je! ¡je! ¡Cómo se regala este pícaro de don Félix! Pues allá me tendrá usted y haremos por sacar el escote.

—Váyase usted temprano, que quiero que almorcemos, comamos y cenemos juntos, porque no le suelto a usted hasta el día siguiente.

—¡Je! ¡je! ¡je! Así que despache el chocolate, las *paminchas* y el vaso de leche, y duerma la reposada, me tiene usted por allá. Ahora vamos a ver si nos dan de cenar, que me voy cayendo de debilidad con el paseíto que hemos dado hasta Urberoaga.

—Pues lo dicho, señor don Lesmes.

—Lo dicho, señor don Félix.

IV

A las ocho de la mañana siguiente subía don Lesmes las escaleras de la casa de Samaniego. Se levantaba temprano, sirviéndole de despertador el estómago, cuya debilidad fortificaba con un tazón de cuatro onzas de chocolate, tres o cuatro *paminchas* (que son unas tortas de pan muy sabrosas, como de cuarterón cada una), y la leche que cabía en uno de aquellos tremendos vasos

de asa que suele haber en las aldeas. Lo que llamaba don Lesmes la *reposada* era una hora de sueño en el sillón, porque hasta después del chocolate había de dormir siempre el buen don Lesmes, si bien entonces se contentaba con dormir en el sillón y no en la cama, como hacía después de almorzar y comer.

A las nueve terminaban Traga-sardinas y Samaniego un abundante almuerzo, en cuya preparación había hecho prodigios de habilidad y esmero la cocinera.

Samaniego era buen comedor, pero excitó vivamente la compasión de don Lesmes con su falta de apetito, que decía haber perdido hacía algunos días.

—Ea—dijo don Félix a su huésped—¿supongo que ahora querrá usted echar el sueñecillo acostumbrado?

—Eso ya se sabe; sin la reposada ni aun el chocolate me sienta bien.

—Pues venga usted a su cuarto, y duerma a sus anchas.

Don Félix acompañó a don Lesmes a uno de los cuartos más hermosos y retirados de la casa: don Lesmes se desembarazó de la ropa exterior y se acostó, y don Félix, después de cerrar cuidadosamente la ventana para que la luz no le molestara, se salió del cuarto llevándose recatadamente el reloj de don Lesmes, que éste había colocado sobre la mesita de noche.

Hecho esto, Samaniego adelantó la hora, así del reloj del comedor como del de don Lesmes, haciendo que ambos señalaran la una, y acercándose de puntillas al cuarto de don Lesmes escuchó, y como notase que éste roncaba ya como un marrano, entró y colocó el reloj sobre la mesa de noche.

V

Media hora después, es decir, antes de las diez de la mañana, don Félix entró en el cuarto de don Lesmes, gritando al mismo tiempo que abría la ventana:

—¡Arriba, señor don Lesmes!

—¿Qué hay, señor don Félix? preguntó don Lesmes, despertando sobresaltado.

—¡Qué ha de haber, hombre! Que está ya la sopa en la mesa.

—¿Pues qué hora es?

—¡La una dada!

—¡La una! ¡No puede ser, hombre!

—Vea usted el reloj.

—En efecto—dijo don Lesmes mirando su reloj.—¡Pero hombre, si me parecía que acababa de quedarme dormido!

—Es que tiene usted un sueño de ángel, y se conoce que le ha sentado bien el almuerzo.

—Hombre, sí, a Dios gracias.

—Supongo que habrá buen apetito?

—Ese, a Dios gracias, no lo he perdido yo nunca.

—Y eso que el almuerzo fué muy fuerte. Vamos a la mesa, que la comida no lo será menos.

Don Félix y don Lesmes pasaron al comedor.

Todavía parecía al segundo como que no habían transcurrido cuatro horas desde que terminó el almuerzo; pero el reloj del comedor, que, como el suyo, señalaba más de la una, acabó de disipar sus dudas. Por casualidad, el de la villa estaba aquel día parado.

La comida fué magnífica. Cada vez que salía un nuevo plato, el rostro de don Lesmes se iluminaba de alegría, porque aquellos manjares eran capaces de abrir el apetito a un muerto, por más que ni esto ni el ejemplo del buen diente de don Lesmes bastasen a vencer la parquedad de Samaniego, que la explicaba con lo desganado que endaba hacía días.

Terminada la comida antes de las tres, don Lesmes, reventando de lleno, se fué a dormir la siesta, acompañándole al cuarto don Félix, que cerró cuidadosamente la ventana para que no le molestara la luz, y salió, apoderándose del reloj del tragaldabas y diciendo que él iba también a dormir una buena siesta.

Pero en lugar de ir a dormir la siesta, Samaniego se entretuvo en poner el reloj de don Lesmes y el del comedor a las nueve, en cerrar con el mayor esmero todos los balcones y ventanas de la casa y encender la lámpara del comedor, mientras las criadas hacían todas las transformaciones necesarias para la cena.

Acercóse don Félix a obscuras al cuarto de Traga-sardinas, y como oyese a éste roncar, entró, y dejando el reloj sobre la mesa de noche, salióse y fué a recibir y encerrar en el cuarto contiguo al comedor a una porción de amigos suyos y de don Lesmes, incluso al médico de la villa, a quienes sintió subir sigilosamente la escalera.

Poco después tomó una luz y se dirigió al cuarto de Traga-sardinas.

VI

—¡Señor don Lesmes! ¡Señor don Lesmes!—gritó don Félix desde la puerta.

—¿Qué ocurre?—contestó don Lesmes, despertando sorprendido con la luz artificial y aquellas voces.

—¿Está usted malo?

—No, a Dios gracias. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque tanto dormir me va dando malísima espina.

—¿Cómo que tanto dormir si no hace media hora que me acosté?

—¡No tiene usted mala media hora, cuando lleva durmiendo cerca de seis!

—¿Pues qué hora es?

—Las nueve.

—¿Las nueve?

—Sí señor; y si no, vea usted el reloj.

—¡En efecto!—exclamó don Lesmes consultando el reloj.—¡Pero si se me había hecho la siesta un cuarto de hora!

—¡Dichoso usted, que tan apacible sueño tiene! Ea, arriba, vístase usted y vamos a cenar.

—¡A cenar!...—murmuró don Lesmes poniéndose malhumorado, porque creyó que su estómago no recibía aquella noticia con la satisfacción de costumbre.

—Sí señor, a cenar. ¡Pues qué! ¿No le parece a usted aún hora? Yo mismo me estoy cayendo de debilidad, a pesar de lo desganado que ando estos días. Ya veo que del decantado apetito de usted hay que rebajar mucho.

Don Lesmes se vistió, y un poco caviloso se dirigió al comedor, cuyo reloj marcaba, como el suyo, más de las nueve, y don Félix y él se sentaron a la mesa.

Sirviéronles una ensalada de lechuga con rajas de huevo, que por aquella tierra suele servir de introducción, así como en otras suele servir de postre, y ambos le hicieron los honores correspondientes.

Tras la ensalada vino una enorme fuente de perdices estofadas, que eran el manjar más codiciado de don Lesmes. Este sonrió de alegría al ver las perdices: pero Samaniego notó que al llevarse a la boca un trozo de tentadora pechuga, se puso descolorido y masticaba como con repugnancia.

—Amigo don Lesmes—dijo don Félix trinchando con delicia el tercer muslo de perdiz—es necesario convenir en que a ataque de perdiz no hay inapetencia que resista.

Don Lesmes, que a su vez se llevaba a los labios otra pechuga, dejó caer al plato tenedor y presa, exclamando con terror y desesperación:

—¡Ay señor don Félix!... ¡Soy hombre perdido!

—¿Por qué, señor don Lesmes?

—Porque ha llegado mi última hora. ¡Que venga el medico, o mejor dicho, que venga mi confesor!

—¿Ha perdido usted el juicio, señor don Lesmes?

—¡No, lo que he perdido es el apetito, que es en mí tanto como perder la vida!

Y don Lesmes, llorando y aterrado, clamaba por que llamaran al médico, o más bien a su confesor, porque se moría sin remedio.

Una de las criadas hizo que salía precipitadamente, y un instante después entró en el comedor, seguida del médico, a quien decía haber tenido la fortuna de encontrar apenas puso el pie en la calle.

En efecto, Traga-sardinas sentía ansias de muerte y creía llegado su postrer instante.

—¿Qué ocurre, señor don Lesmes?—le preguntó el médico.

—Que he perdido el apetito.

—¿Comiendo a las horas regulares?

—¡Sí, señor!

—Si es así, ¡caso desesperado tenemos!

Oyéronse pasos precipitados en el corredor, y entraron los amigos de Traga-sardinas fingiéndose profundamente consternados.

—Don Lesmes, ¿qué es lo que ocurre?

—¡Que ha llegado mi última noche!

—Dirá usted su último día.

—¡Ay! ¡Ya no veré el de mañana!

—Pero verá usted el de hoy—dijo el médico.

—Que abran esos balcones para que el moribundo respire el aire libre.

Una criada abrió de par en par el balcón del comedor, y el sol, que todavía estaba muy lejos del Ocaso, inundó el comedor de luz e hirió el rostro de don Lesmes, que dió un grito de alegría y sorpresa, al mismo tiempo que todos los

circunstantes prorrumpían en ruidosas carcajadas y aplausos a Samaniego, calificando de su más ingeniosa fábula la que acababa de poner en acción.

—Señor don Félix—exclamó el médico—falta la moraleja de la fábula.

—Entre la fábula y la moraleja debe haber algún espacio—contestó don Félix.

Poco tiempo después los amigos de don Lesmes y don Félix fueron a dar al segundo la noticia de que el primero, al terminar una comilona, había reventado de lleno.

—¡Ahí tienen ustedes la moraleja de la fábula!—exclamó el señor don Félix con tristeza.

(De los *Cuentos del hogar*)

MINÓMANOS Y BESUGÓMANOS

I

Uno de los últimos días del mes de Diciembre de 1872, en cuya época estaba en toda su intensidad la minomanía en Vizcaya, salieron de Bilbao, apretados como sardinas en tonel, en un desvencijado tílburi don Celestino y otros dos minómanos, y se encaminaron hacia las Encartaciones, donde están los montes de hierro de la Cantabria marítima, que admiraron al naturalista Plinio hace cerca de dos mil años, y en cuyas agrestes y elevadísimas montañas estaba próxima a rugir una caldera de agua hirviendo que arrastrase en pos de sí 2.000 quintales de vena, que en otros tiempos no arrastraban doscientas yuntas de bueyes.

Conforme caminaban, molían a los aldeanos que encontraban al paso preguntándoles si había o dejaba de haber veneras o señales de ellas aquí o allá o en el otro lado, y los aldeanos, después de contestarles cualquier cosa para salir del paso, apretaban el suyo sonriendo maliciosamente de ellos.

Algunas veces veían en la falda de la montaña peñascos negruzcos, que les hacían dar un grito de alegría creyendo que eran ferruginosos, y saltando del tílburi don Celestino, que pretendía ser el más inteligente en mineralogía, trepaba allá, y bajaba en seguida desconsolado con la noticia de que el peñasco era arenisco y su color obscuro provenía de la intemperie.

Pero no desmayaban sus risueñas esperanzas con estos desengaños, porque sus esperanzas estaban en una aldea que les habían asegurado era un nuevo Galdames no descubierto aún por ningún Ochandátegui. (1)

---

(1) El concejo de Galdames tenía riquísimos criaderos de hierro en sus laderas de Urállaga; pero apenas se habían explotado nunca, ni nadie se acordaba de ellos, menos el autor de este libro, que más de una vez hizo mérito de aquella riqueza en sus humildes cuentos. Hacia el año 1870, don Simón de Ochandátegui, modesto, inteligente y laborioso vecino de

Después de dar algunos vuelcos en el camino, merced, según el alquilador del tílburi, a su impericia en el manejo del vehículo, y merced, según ellos, a la homicida codicia del alquilador, llegaron por fin a la aldea de promisión, y se dirigieron a la taberna para descansar allí un poco, almorzar ellos y su compañero el jamelgo, y empezar sus exploraciones mineras con ayuda de los informes que esperaban de los aldeanos.

En todas las aldeas, incluso las de Vizcaya, que no son de las que más abundan en holgazanes, hay algunos pelgares cuya única, o cuando menos cuya principal ocupación es la de pensar cómo podrán llenar la andorga a costa ajena.

En la aldea donde habían hecho alto nuestros minómanos bilbaínos había tres mozos y un viejo de esta laya. Poco después de llegar los *chimbos*, con cuyo nombre se designa en Vizcaya a los bilbaínos por su loca afición a cazar, y por supuesto a comer becafigos, que aquí se llaman chimbos, conversaban y fumaban el viejo y los mozos a la puerta de la taberna, recostados en el tílburi, cuyo caballo había sido desenganchado y llevado a la cuadra.

Las agudezas del viejo hacían desternillar de risas a los mozos, que le escuchaban como si fuera el oráculo de la aldea.

Mari-Pepa, una mujer de más de cincuenta años, dicharachera y de mucho arremango, pasaba con su herrada en la cabeza con dirección a la fuente, que estaba a la entrada de un castañar cercano.

—¿Qué hacéis ahí, holgazanes, de viga derecha en día de labor?—les dijo.—Más valiera que estuviérais roturando en el monte que no ahí pensando en llenar la tripa.

—¿Llenar la tripa?—le respondió el viejo.—Así nos lo hicieras bueno con un par de besugos y media azumbre por barba.

—¡Mira el vejestorio como yo qué lecciones da a los trastos que le acompañan! ¡Lástima que no reventárais con vuestras comilonas! Talegueros, que siempre estáis oliendo donde cocinan. No, si yo fuera alcalde...

—¿Qué harías si lo fueras?

—Haceros tomar la azada.

—¿Y los derechos *endevidualés* que trae la Constitución?

—¡Vaya con lo que salen ahora! Como tuviera la Constitución de *Madeo* muchos partidarios como vosotros...

—Pues los tiene.

Bilbao, previo el desarrollo que iba a tener la exportación de mineral de hierro para Inglaterra, y asociado de don Carlos de Aguirre, perteneciente a una distinguida familia bilbaína, en quien parecen hereditarios el ánimo y la constancia para las empresas industriales, fijó su atención en las veneras de Galdames, y denunció la mayor parte de ellas, y él y el señor Aguirre proyectaron un ferrocarril de 18 kilometros para facilitar la explotación del mineral de Galdames y de Triano, aunque para el de este último ya existía un ferrocarril construído y explotado por el Señorío de Vizcaya. Convenidos luego con una fuerte Compañía inglesa compuesta de ricos fabricantes de hierro, que antes de firmar el contrato envió a Vizcaya ingenieros ingleses distinguidísimos para estudiar las minas, explotarlas y exportar sus minerales, esta Compañía ha construído un puerto en Sestao y un ferrocarril que, atravesando los férreos montes de Triano se interna en los no menos ricos de Galdames, y arranca anualmente medio millón de toneladas de mineral, que conduce a Inglaterra. Es inútil advertir que los señores Ochandategui y Aguirre se han asegurado con este contrato una renta con que, si no fueran naturalmente modestos, podrían hombrearse con los lores ingleses de *primo cartello.*

—¡Eh, quitáos de ahí, pestes, y a ver si váis a trabajar, que buen día hace para eso!

—Sí, buen día, y va a caer otro diluvio universal.

—Así cayera y fuera yo Noé, que habíais de ser los únicos animales que no se salvaran en *la* mi arca.

Así diciendo, Mari-Pepa continuó su camino.

—¿Sabéis—dijo Quico, pues así se llamaba el viejo,—que desde que Mari-Pepa nos ha hecho mentar los besugos y el vino me está dando una guerra de mil demonios el gusanillo del estómago?

—Y a mí pata—contestaron casi a la par los tres mozos.

—Pues ello—continuó el viejo,—hay que ver cómo se le mata, o cuando menos se le atolondra. Vamos a ver si a vosotros se os ocurre algo bueno.

—¡Contra! (1) ¿Cómo nos ha de ocurrir a nosotros que somos jóvenes, lo que se le ocurra a usted, que es viejo?

—Tienes razón, hombre. Ya me parece que he dado con el medio de matar el gusanillo.

—¿Cómo?

—Comiendo.

—¡Puño, qué salida!

—Por de contado, ya sé donde hay besugos sacados ayer tarde de la mar y venidos anoche de Castro.

—¡Cóncholes, mira que noticia! Eso también lo sabíamos nosotros: en la taberna.

—Justo, que media docena de ellos trajo la tabernera.

—¡Mal atracón de ellos se estarán dando ahora los del tílburi!

—¿Y a qué habrán venido esos *chimbos?*

—¿A qué han de venir sino a lo consabido? A buscar veneras. ¿No habéis visto que cuando llegaban todo se les volvía catalojear a los peñascales de por ahí arriba?

—Verdad es, pero también lo es que hoy no untamos nosotros el morro con los besugos de la taberna. ¡Conde, que no discurriera usted algo bueno!

—Pueda ser que lo discurra—dijo Quico, que con la mano puesta en la frente, parecía batallar con una idea que se le presentaba turbia y a toda costa quería tornar clara.—¡Ah, ya!—exclamó al fin lleno de alegría:—positivamente habrá besugada y vino para nosotros cuatro.

—Yo no tengo para el escote, ¡carrizo!

—Ni yo.

—Ni yo, dijeron tristemente los tres mozos.

—Yo tampoco—añadió Quico;—pero no faltará quien pague por los cuatro.

—¿Quién?

—Los *chimbos.*

—¿Y con qué motivo?

—Con el que luego sabréis. Vámonos para adentro con pretexto de encender

(1) Estas y otras que siguen son interjecciones muy usadas en el litoral cantábrico. Si están admitidas en la literatura de costumbres otras análogas, como caramba, cáspita, caracoles, etc., no hallo razón para que yo me abstenga de escribir éstas.

la pipa, y cuidado con que chistéis como no sea para responder amén a todo lo que yo diga.

—Así se hará. ¡San Antonio!—exclamó regocijado el de las interjecciones.

Y los cuatro arlotes entraron en la cocina de la taberna, que estaba en el piso bajo.

II

Los minómanos estaban almorzando en la cocina, porque como hacía frío y en el hogar ardía medio carro de leña, habían querido que les pusieran allí la mesa, y no en el piso principal, que estaba como una nevera.

—¡Deogracias!—dijo Quico apareciendo a la puerta de la cocina seguido de los demás besugómanos.—Que aproveche, señores.

—¿Ustedes gustan?

—Muchas gracias, que ya lo hemos hecho. Con permiso de ustedes y de Pepa-Ramona vamos a encender la pipa.

—Ustedes lo tienen.

Pepa-Ramona, que era la tabernera, y quizá la única vecina del pueblo que ponía buena cara a aquellos perdidos, porque le tenía cuenta, alargó a Quico un tizón encendido.

Los minómanos, por boca y mano de don Celestino, ofrecieron un vaso de vino a los besugómanos, que le aceptaron por boca y mano de Quico.

Cada cual iba a su negocio, que para don Celestino era el descubrimiento de una buena venera, y para Quico el descubrimiento de unos inocentes que les pagasen una buena besugada.

Don Celestino, o Celes, como le llamaban familiarmente sus imberbes compañeros, era un hombre de mediana edad, seco de cara y de ingenio, afable, candoroso, con sus puntos de presunción de listo y sus ribetes de codicia. En cuanto a sus compañeros, eran un par de mozuelos incautos, que en Madrid hubieran sido tomados por un par de horteras a quienes don Celestino había infundido la esperanza de eclipsar con su fortuna a los Ochandátegui y los Aguirre.

Don Celestino era uno de los muchos que en Bilbao se tiraban de los pelos por habérsele *tomado* a todo el que creía empresa seria la perseverante y bien calculada de los señores Ochandátegui y Aguirre.

—¿Ustedes conocerán mucho estas cercanías?—preguntó don Celestino a Quico.

—¡No las hemos de conocer! ¡Jesús! ¡palmo a palmo!

—Y ¿qué tal? ¿Hay por aquí muchas veneras?

—Qué, ¿vienen ustedes en busca de ellas?

—Hombre, tanto como eso no; hemos venido a dar un paseo; pero si hubiera por ahí algo que mereciera la pena de denunciarse, siquiera para dar nombradía y dinero al pueblo, mataríamos dos pájaros de una pedrada.

—Pues nosotros sabemos de una venera, que tan buenas las puede haber en Vizcaya, pero mejores no.

—¡Recontra, si es buena!—asintieron los tres mozos.

Los ojos de los minómanos brillaron de alegría, y don Celestino no sólo alargó un nuevo vaso de vino a los aldeanos, sino que, sacando la petaca, dió a cada uno un hermoso cigarro puro, con que Quico y compañía sustituyeron a la pipa.

—Pues hombre—dijo don Celestino,—si no está lejos de aquí podemos ir a verla, y quizá a ustedes y nosotros nos tenga cuenta.

—Cerca de aquí está; pero es el demontre que estamos esperando a un caballero de Bilbao a quien le hemos prometido enseñársela, y no quisiéramos faltar a la palabra, porque la última vez que estuvo aquí nos encargó que le buscásemos una buena venera, y estuvo tan fino con nosotros, que nos convidó a comer con él y todo le parecía poco para obsequiarnos.

—¡Caray, señor más generoso!—exclamó el mozo de las interjecciones.

—Pues a generosos y agradecidos no nos gana nadie a nosotros—repuso don Celestino.—Ea, a ese señor le buscan ustedes por ahí otra venera, y mientras hacemos tiempo para que aquí Pepa-Ramona nos ponga una buena besugada, que despacharemos juntos esta tarde, nos vamos a ver la venera que ustedes tienen ya descubierta.

Quico y sus compañeros se miraron con el rabillo del ojo, como diciendo: «¡Ya cayeron estos peces en la remanga!»

—En fin—respondió Quico,—si estos chicos, que deben estar tan agradecidos como yo al caballero de Bilbao, pues participaron también de sus obsequios, se deciden a que por servir a ustedes hagamos una mala partida a tan buen señor...

—¡Reconcho! No tenemos en ello inconveniente; que de buenos a buenos caballeros no hay nada, y los señores nos parecen inmejorables.

—No les pesará a ustedes. Si a ustedes les parece, nos iremos ahora mismo antes que llueva, porque amenaza agua.

—Son ya las doce, y en casa nos están esperando para comer. Lo mejor es que vayamos a avisar que no nos esperen.

—Sí, vayan ustedes en un vuelo, que aquí comeremos todos juntos, pues nosotros no hemos hecho más que tomar una sopa de ajo y un trago.

—Pues ea, vamos, y no extrañen ustedes que tardemos un poco en volver, porque todos vivimos en caserías que están donde Cristo dió las tres voces.

Apenas los besugómanos salieron de la taberna, los tres mozos interrogaron al viejo en voz baja, poco satisfechos del recurso a que había apelado para comer besugo aquella tarde.

—¡Repuño! ¿está usted loco, Quico?—le dijeron por boca del de las interjecciones, que era el que siempre llevaba la palabra.—¿Qué venera ni qué rayo les vamos a enseñar a los *chimbos*, si no hay rastro de ellas en toda la jurisdicción del pueblo?

—Hay una muy rica a quinientos pasos de aquí.

—¿Dónde? ¡carámbano!

—En la cañada del Castañar, más arriba del Crucero.

—¡Sangre! si lo que hay allí son peñas *caliales*.

—Pues las peñas caliales se convertirán en peñas de fierro, y las peñas de fierro en besugos, pan y vino a manta. *Vengáis* conmigo, mentecatos, y sabréis cómo se hace este milagro.

Al pasar por la fuente que manaba a la entrada de un castañar, Quico rebuscó entre los helechos secos, y encontrando la mitad de un cántaro roto, le tomó, y todos continuaron hacia el Crucero, que estaba pasado el arroyo que bajaba por la cañada.

El Crucero era una plazoleta donde cruzaba la carretera un camino transversal, y donde los vecinos de la barriada principal de la aldea dejaban cargados o descargaban los carros de vena cuando iban de las veneras de Somorrostro, para tomarlos allí al ir a las ferrerías, evitando así las cuestas entre el Crucero y sus casas.

Quico llenó el tiesto de *miñón* o polvo de vena, e hizo que sus compañeros llenaran las boinas de *chirta* o vena menuda, y todos se dirigieron castañar arriba.

Los mozos sonreían plácidamente, empezando a comprender la jugarreta del viejo.

Llegados a dos peñas calizas que blanqueaban, sobresaliendo una vara a flor de tierra, entre el brezo y las árgomas, subiendo cañada arriba a la orilla del arroyo, se detuvieron allí.

Quico llenó de agua el cacharro, revolvió el miñón, y haciendo una brocha con un manojo de ramas de brezo, fué tiñendo con aquella especie de pintura de color cárdeno las dos rocas, que adquirieron así el aspecto de purísimo mineral de hierro.

—Ea—exclamó una vez terminada esta operación, y después de esparcir la chirta entre la maleza en torno de las peñas y de arrojar el tiesto en un argomal;—¿hay aquí venera o no la hay?

—La hay mejor que las de Triano y Galdames—contestaron los mozos, admirados de la sabiduría de su maestro de picardías, y agotando en su alabanza el pudoroso vocabulario interjeccional de los pilletes vasco-cántabros.

Y los cuatro se dirigieron hacia la taberna, poquito a poco, para dar lugar a que una buena solanilla que había asomado por entre los negros nubarrones que cubrían el cielo secase el tizne de las rocas calizas.

III

Los minómanos esperaban a los besugómanos con mucha impaciencia, temerosos de que se hubieran arrepentido de su promesa de enseñarles la venera y no volviesen.

Don Celestino encargó a la tabernera que fuese escamando los besugos, y minómanos y besugómanos se encaminaron contentísimos a la cañada del Castañar.

Los ojos de don Celestino y los de sus incautos compañeros brillaban como ascuas buscando la prometida venera. Al fin los tres lanzaron un grito de alegría al descubrirla.

—Aquí tienen ustedes lo prometido—dijo Quico.—Aquí no hay *calones:* aquí todo es hierro puro, y estoy seguro de que todos los barcos de Inglaterra no agotan en un siglo toda la vena que debajo de estas muestrecillas hay. Con que, ¿es alhaja la venerita o no lo es?

—¡Magnífica, soberbia, piramidal!—contestaron los tres minómanos a adjetivo encomiástico por barba.—Lo menos—añadió don Celestino—da esta mina el 70 por 100 de hierro como las mejores de Somorrostro.

—Pues vean ustedes la chirta que asoma por aquí—dijo otro de los minómanos recogiendo algunas de las piedrecillas que los besugómanos habían sembrado entre la maleza.

—¡Fierro puro!—asintió don Celestino examinándolas.

Algunas gotas de agua comenzaban a caer.

—Señores—dijo Quico,—nos vamos a mojar si nos detenemos aquí un poco.

—Es cierto que viene por el lado de Somorrostro una orilla de mil demonios; pero lo que tenemos que hacer aquí pronto se despacha.

Así diciendo, don Celestino sacó del bolsillo un metro y una aguja náutica, y después de acordar con sus compañeros las pertenencias que debían denunciar, orientó y midió la mina con aire magistral, echaron todos a correr, porque el chubasco apretaba.

—Pepa-Ramona—exclamó don Celestino al entrar en la taberna, es necesario que hoy eche usted la casa por la ventana en nuestro obsequio. Besugos sin duelo, y el mejor pan y vino que usted tenga en casa.

—No tengan ustedes miedo, que casi a besugo por barba van a salir, pues son ustedes siete y seis besugos tengo. En cuanto a pan y vino y postres, corresponderán en cantidad y calidad a los besugos.

Mientras Pepa-Ramona asaba la besugada y ponía la mesa, se discutió solemne y detenidamente el nombre con que se había de denunciar la mina.

Las opiniones fueron muchas. Don Celestino, que deseaba fuese el nombre altamente encomiástico, propuso que se adoptase el de *La que le echa la pata a todas;* pero este nombre se desechó, no por poético, que aquella gente no entendía de poesía, si no por largo, y se convino al fin, como un homenaje a Quico, al patriarca de la reunión, y como nombre altamente encomiástico de la riqueza de la venera, en que ésta se llamase, como proponía Quico, *La Pintiparada,* cuyo eufonismo correspondía también a una venera que no podía ser mejor ni pintada.

—Cuando ustedes gusten, señores—dijo Pepa-Ramona;—y minómanos y besugómanos se arrojaron como leones a la besugada.

Una hora después, los seis besugos, un queso de bola, una cántara de vino y una tanda de copas de Jerez coronaban la función.

Llovía a mares, y los minómanos, en virtud del agua, y también en virtud del vino, determinaron pasar allí la noche y emprender su regreso a Bilbao la mañana siguiente.

Hicieron bien, porque si con la cabeza fría habían dirigido tan mal el tílburi, que había dado cuatro vuelcos a la ida, ¿cuántos vuelcos no hubieran dado a la vuelta dirigiendo el tílburi con la cabeza caliente?

Quico y sus discípulos reventaban de llenos y tenían una chispa que no se podían tener. La noche se acercaba, y a instancias de la tabernera, que temía se le desnucasen tan buenos parroquianos si se retiraban después que cerrase la noche, se despidieron tartamudeando y se alejaron de la taberna haciendo eses.

Una hora después la noche era como boca de lobo, continuaba diluviando, y los minómanos roncaban soñando que un rubicundo inglesote les ofrecía cien mil libras esterlinas por *La Pintiparada.*

El día siguiente amaneció despejado.

Los minómanos, que sin dificultad habían acertado a desenganchar del tílburi el caballo, se desesperaban porque no acertaban a engancharle. Al fin, mal o bien, lo consiguieron con ayuda de un chico de la tabernera, que los asombró adivinando cómo se hacía aquella operación sólo con observar las partes usadas de las varas y las correas, y se pusieron en camino inmediatamente.

La carretera atravesaba la cañada del Castañar donde estaba la famosa venera.

—Señores—dijo don Celestino deteniendo el tílburi,—un entusiasta saludo de despedida a *La Pintiparada* antes de alejarnos de ella.

—Sí, sí, ¡viva *La Pintiparada!*—exclamaron todos, poniéndose de pie en el tílburi y levantando en alto los hongos.

—Pero no basta esto—añadió don Celestino:—propongo que echemos pie a tierra y vayamos a saludarla más de cerca, y así podremos ratificar la orientación y las medidas que ayer el chubasco nos obligó a hacer de prisa y corriendo, no sea que después tengamos dificultades en la designación.

—¡Aprobado, aprobado por unanimidad!

Y saltando del tílburi los tres, ataron las riendas del caballo a un castañuelo de orilla del camino, y tomaron cañada arriba por la orilla del arroyo, buscando con la vista a *La Pintiparada,* sin lograr descubrirla.

—¡Calle!—exclamó don Celestino,—anoche ha nevado.

—¿Cómo que ha nevado?—replicaron sus compañeros.

—Sí, que *La Pintiparada* blanquea. ¿No lo véis?

—¡Cierto! ¡Cosa más rara!

Los minómanos dieron algunos pasos más hacia las rocas, blancas entonces y la tarde anterior cárdenas, y lanzaron un grito de indignación.

La lluvia había borrado el tizne ferruginoso, y aquellos peñascos habían recobrado su fisonomía calcárea.

A pesar de su natural candor, los minómanos comprendieron la jugarreta de los besugómanos, y prorrumpieron en furiosas amenazas y denuestos contra aquellos pillastres, de cuya picardía ya no les quedaba duda, cuando al romper, ciegos de cólera, por entre las árgomas, tropezaron con el tiesto embadurnado de miñón que Quico habia arrojado después de la fechoría.

—¡Volvamos a la aldea para buscar a esos pillos y romperles el alma!—exclamaba don Celestino.

—¡Sí, sí, volvamos y demos una paliza a esos arlotes, más que arlotes!—asentían sus jóvenes e incautos compañeros.

Mari-Pepa estaba a la sazón llenando la herrada en la fuente del Castañar.

—Diga usted, buena mujer—le preguntaron babeando de coraje,—¿dónde viven Quico y los tunantes que estaban con él en la portalada de la taberna cuando usted pasó ayer a la fuente y habló con ellos?

—Todos viven allá en el quinto infierno.

—¡Arlotes, más que arlotes!

—Pero ¿qué les ha pasado a ustedes con ellos, que tan quemados están?

—Pillada como la que nos hicieron ayer no se hace en el mundo con ser mundo.

—Qué, ¿les sacaron a ustedes los cuartos aquellos perdigones?

—Haga usted cuenta que sí, pues nos sacaron una magnífica besugada.

—¡Ja, ja! ¿Y cómo se las compusieron para ello?

—Pintando de color de vena unas peñas calizas para embocárnoslas como venera.

—¡Ja, ja, ja!

—¡Eso es, ríase usted de la gracia!

—¡Pues sí que la tiene el lance! ¡Ja, ja, ja! ¡Comedia más graciosa!...

—¡Calle usted, *sinsorga!*

—Los *sinsorgos* son ustedes, que se la dejan pegar el día de los santos Inocentes.

—¡Calla!—exclamó don Celestino, volviéndose a sus compañeros,—y que tiene razón esta mujer, que ayer era día de los Inocentes. ¡Pero, hombre, no haber caído nosotros en ello!

—No es extraño que no cayeran ustedes—dijo Mari-Pepa con sorna;—que para ustedes los buscadores de veneras todos los días son días de Inocentes.

Los minómanos bajaron tristemente la cabeza, y volviendo a montar en el tílburi, se alejaron de la aldea silenciosos, mientras Mari-Pepa, volviendo de la fuente con la herrada en la cabeza cantaba:

Hay en Vizcaya no pocos
que corren de cerro en cerro,
buscando vena de hierro
porque la tienen de locos.

(De los *Nuevos Cuentos Populares.*)

CATA-OVALES

TRADICIÓN POPULAR VIZCAÍNA

I

Lleve los *Dos mundos* a tantos compatriotas míos como residen en la América latina con el pensamiento y el corazón en los valles nativos una de las mil tradiciones que he recogido en estos amados valles, y llévela desnuda de toda gala retórica, pues me falta tiempo para suplir con tales galas su desnudez originaria.

II

Al Oeste del valle donde tienen asiento los concejos de Galdames y Sopuerta, arrancan dos montañas paralelas en dirección al valle de Arcentales, separadas por una honda y estrecha cañada, por cuyo fondo se precipita un bullicioso riachuelo cuyas riberas pueblan frondosas arboledas y minas de ferrerías y aceñas.

Casi al comedio de esta cañada en la ribera izquierda, blanquea la aldeita de Labarrieta, con sus doce o catorce casas rodeadas de heredades, viñedos y árboles frutales. con su iglesita de Santa Cruz y su ermita de Santa Lucía, que tapa la boca y sirve como de portería a una singular caverna, allá arriba en la ladera de la montaña.

Sirviendo como de estribación a la montaña meridional o del lado opuesto y asomándose por espacio de media legua a la hondonada, sigue la dirección de ésta un cordón de blancas rocas calcáreas, que elevándose cada vez más, terminan frente a la aldeita, con elevación tal, que causa vértigo el asomarse a ellas por el campo del Oval, nombre que lleva la planicie o meseta que en aquel punto las domina.

Aquella parte de la cordillera pétrea, se llama la Peña de la Miel, porque es frecuente ver destilar por ella la miel de los *tártanos* o panales que labran las abejas en sus grutas y concavidades.

Para terminar este preliminar, acaso excesivamente prolijo, añadiré que desde el campo del Oval o sea desde encima de la Peña de la Miel, se descubre por entre las dos montañas, allá en el lejano valle de Arcentales, una iglesia que tiene la advocación de San Miguel de Linares.

Allá hacia los tiempos en que mi bisabuela materna fué víctima de uno de los afluentes que baja por Labarrieta, había en Labaluga, feligresía de Sopuerta, un tal Juan Pablo de Reveñiga, conocido con el nombre de Cata-ovales que le habían dado en su mocedad, con motivo de haber sido perseguido de la justicia como catador o castrador fraudulento de colmenas, que allí abundaban antiguamente más que ahora, y se llaman ovales por su forma cilíndrica, como construídas de troncos de árboles inorcos o naturalmente huecos, que era la única forma que tenían hasta que construyéndolas también con tablas, se les dió la cuadrada que ahora alterna con la cilíndrica u oval.

III

Juan Pablo tomó una hermosa mañana su piricacho o cesto, una soga y una hoz, y trasponiendo por el portillo de Latrabe, iniciación de la cordillera opuesta a la que tiene por estribación las rocas calcáreas que terminan en la Peña de la Miel, descendió a la hondonada, vadeó el río por el puente de Lacilla, trepó por los castañares de Sopeña, atravesó la cordillera pétrea por el hondo y angosto portillo de la Talada, salió al campo del Oval y se dispuso a la arriesgada y

difícil operación de llenar el cesto de tártanos de los que las abejas monchinas o silvestres elaboraban en las grietas de la peña.

Ató un extremo de la soga al tronco de una encina achaparrada que arraigaba en el borde de la peña, sujetó a su cintura el cesto con el ceñidor o faja, afianzó a su cuerpo por bajo los sobacos el otro extremo de la soga, colocó la hoz dentro del cesto, y después de asomarse al borde de la peña y sonreir de codiciosa alegría viendo algunos dorados panales rebasar de las grietas donde habían sido elaborados, se decidió a descender a ellos; pero al santiguarse como invocando la protección divina en tan arriesgado descenso que no dejaba de infundirle temor a que contribuían hasta los bramidos del río, que allá abajo crecía rápidamente con el deshielo de la nieve en las excelsas cumbres del Colisa, dirigió la vista hacia Arcentales y descubriendo el alto campanario de la iglesia de San Miguel de Linares, se arrodilló, se descubrió la cabeza y exclamó, extendiendo los brazos en actitud de súplica:

¡Glorioso San Miguel,
para tí la cera
para mí la miel!

Hecha esta promesa que disipó su temor por completo, emprendió con mucha serenidad el descenso por el primer término de aquel espantoso abismo, asiéndose con ambas manos a la soga y se detuvo en un pequeño saliente de la roca donde logró fijar ambos pies, repitiendo sin cesar:

¡Glorioso San Miguel,
para tí la cera
para mí la miel!

Manejándose como el Santo le dió a entender y aguantando heróicamente los picotazos de las abejas indignadas del audaz latrocinio de que eran víctimas, corta que corta y engancha que engancha los tártaros con la hoz, llenó de ellos el piricacho, y reiterando su promesa al glorioso San Miguel emprendió el ascenso y le terminó con la mayor felicidad, salvo los picotazos de las abejas que habían puesto su cara como un tomate.

Una vez sobre la peña con su rica cosecha de miel y cera, Cata-ovales se puso a contemplarla con delicia y de esta deliciosa contemplación salió dirigiendo la vista hacia Arcentales y exclamando:

¡Glorioso San Miguel,
para tí la cera
para mí la miel!

IV

Cata-ovales con su piricacho de tártanos al hombro, descendió por los castañares de Sopeña al puente de Lacilla, y antes de emprender la subida al portillo de Latrabe, se detuvo sobre el puente para descansar y contemplar el río

que iba cada vez más crecido, con motivo de seguir verificándose un rápido deshielo en las elevadas alturas de Colisa, que dominan Arcentales.

El puente de Lacilla era de madera, y tenía barandas de lo mismo. En una de las barandas apoyó Cata-ovales el piricacho sujetándole con una mano y restregándose con la otra los picotazos de las abejas que aún le escocían como sinapismos de fuego.

Estando en esto, una de las abejas que quedaban entre los tártanos le clavó el *resped* ó aguijón en la mano con que se frotaba la cara, y llevando Juan Pablo maquinalmente la mano con que sujetaba el piricacho, éste fué a parar al río con todo su contenido.

Al verle desaparecer en la turbia y furiosa corriente, no tuvo límites la desesperación de Juan Pablo, que volviéndose hacia Arcentales exclamó:

¡Glorioso San Miguel,
para el diablo la cera,
para el diablo la miel!
—¡Y también para el diablo
el alma de Juan Pablo!

contestó a aquella desesperada e irónica exclamación otra misteriosísima que parecía venir de hacia Arcentales, repercutiendo río abajo por las sombrías arboledas, hasta alcanzar la horrisonancia del trueno al llegar al puente de de Lacilla, que en aquel instante, derribado y arrastrado por una montaña de agua con el desdichado Cata-ovales, cuyos huesos se encontraron algún tiempo después, tres leguas más abajo, en la playa de Pobeña, como los de mi bisabuelo materno, con la única diferencia de que los de mi bisabuelo estaban blancos como la nieve y los de Cata-ovales negros como el carbón.

LA FUENTE DE LA SABIDURIA

CUENTO POPULAR RECOGIDO EN LA MERINDAD DE MARQUINA (VIZCAYA)

I

Sancho López de Urberuaga, no se había tenido nunca por tonto ni por tal le había tenido nadie, sino antes bien, por tan discreto como los viejos de la merindad de Marquina decían haberlo sido cuando mozo el caballero de Barroeta, cuya tontería había llegado a ser proverbial desde el Urola al Lea, y desde el mar al Urco y Oiz; pero empezaba a creerse tan falto de seso, como el caballero de Barroeta lo era desde que salió de la mocedad, y las gentes más discretas empezaban a participar de su opinión.

La razón que tenía el solariego de Urberuaga para sospechar que se había tornado tonto como el caballero de Barroeta, es lo que en breves cláusulas voy a explicar.

Dejóle su padre buena casa, buena ferrería, buen molino, buena heredad, labrantías, buenos bosques de carboneo, buenos ganados y buenos castañares y manzanares, y a pesar de no haber sido nunca holgazán, ni vicioso ni manirroto, de tal modo había menguado su herencia paterna, que quedaba reducida a la casa-solar, ya tan desvencijada, que a no ser por la yedra que la abrazaba y sostenía hubiera dado en el suelo; a unas tierrecillas labrantías, dilatadas a modo de estrechos listones, a ambas orillas del río, desde la revuelta que éste da pasado el solar de Ubilla, hasta Aspilza; el bosque costanero que dominaba el solar a la banda diestra del río; y hasta una veintena de cabezas de ganado mayor y menor, y no cuento entre los cortos bienes de Sancho, la ferrería y el molino de Aspilza, porque éstos, lejos de ser labrantes y molientes, como lo eran cuando de su padre los heredó, eran ya sendos montones de ruinas por haber carecido y carecer su señor de haberes monedados para conservarlos y repararlos.

Aún la corta heredad que se extendía a la mano derecha del río desde la casa-solar de la angostura frontera a las ruinas de la ferrería y el molino de Aspilza, ni para manzanar donde cosechar un tonel de sidra servía, porque ramificaciones de aquel manantial de agua caliente, que daba nombre al solar de Urberuaga, brotando abundantemente a espaldas del susodicho solar, aparecían en toda aquella llanurica, y la encharcaban y aun quemaban frutales, sembreos y hierba de pasto.

Cierto que deleitosa era la honda y estrecha cañada donde Sancho tenía su solar, porque frondosa vegetación la adornaba y enriquecía por todas partes, y allí la temperatura era tan benigna en todo tiempo, que ni frío se sentía en invierno, ni calor en verano, y así que la primavera asomaba flores que olían a gloria y pajaricos cuya dulce música no cesaba, convertían en paraíso aquel vallejuelo desde Jemeingan, en que empezaba por arriba, hasta Berriatúa, en que remataba por abajo.

Pero tengo para mí, que aún el jardín de Edén hubiera parecido árido y desabrido a nuestros primeros padres Adán y Eva, si a estos hubiera faltado y sobrado lo que a Sancho faltaba y sobraba en Urberuaga, que era en punto a faltas, pan y abrigo, y en punto a sobras, trabajo y cavilaciones.

Hasta con mujer hacendosa e hijos juiciosos contaba Sancho para que prosperase su casa y hacienda; pero en verdad os digo, que maldición de Dios parecía haber caído sobre una y otra, porque lo que en todo otro era elemento de prosperidad, en él lo era de ruina.

En vista de esto nadie debe maravillarse de que Sancho empezara a sospechar que era más tonto que el caballero de Barroeta, ni de que las gentes de la merindad empezaran a participar de la misma sospecha.

II

¿Véis aquella torre alta, labrada con arte maravilloso, rodeada de fuertes muros y hasta con su iglesica frontera consagrada a los santos San Joaquín y Santa Ana, para que los piadosos y nobles señores de la torre pudiesen oir misa los días santos desde las ventanas de su cámara, ahorrándose así el largo y mal camino que mediaba entre la torre y la iglesia de Nuestra Señora, de que los susodichos señores eran compatronos? ¿No véis aquella ferrería y aquellos molinos y aquella casería que entre nogales y castaños están al pie del collado donde se alza la torre? ¿No véis aquel camino que partiendo de Barroeta, se sepulta entre los montes del Este, siguiendo la orilla siniestra de un arroyo que desde los montes desciende a aumentar el caudal de agua con que labran y muelen la ferrería y los molinos de los señores de la torre?

Pues cuando Sancho López era pobre señor del solar de Urberuaga, que era a mediados del siglo XVII, los señores de Barroeta nadaban en riqueza, no obstante haber llegado a ser proverbial la falta de seso del cabezalero de linaje, que lo era Martín Yáñez de Barroeta, a la sazón hombre como de sesenta años. Aquellos molinos y aquella ferrería molían y labraban sin cesar un solo día ni una sola noche; todos los amaneceres y todos los anocheceres estaba lleno de ganados que iban a los montes o tornaban de ellos y eran lucrativa propiedad de los señores de Barroeta, aquel camino que comunicaba con los montes del Este; cuando llegaba la estación de las cosechas, los trojes y cámaras de la torre se llenaban de castañas, de manzanas, de cereales y de otra muchedumbre de frutos, y cuando llegaba la fiesta del Señor Santo Tomás, era de ver la multitud de gente campesina que de toda la merindad y aun del Oeste de Guipuzcoa, se dirigía a la torre de Barroeta, con la renta anual que por sus caserías y molinos y montazgos pagaba a los señores de la susodicha torre.

Todos los que de la torre salían se mostraban contristados de la falta de seso que habían visto en el caballero de Barroeta, en la mocedad el más discreto de las merindades de Vizcaya.

El citado solariego de Urberuaga, que veía decrecer de año en año la prosperidad y riqueza de la casa de Barroeta, no embargante la sandez cercana a imbecilidad del señor principal de la susodicha casa, y la fama de ladrón que tenía su mayordomo Gil Pérez, y veía también que él, pasando por uno de los hombres más discretos de la merindad y echando el cuajo a toda hora y en todo día, menos los días santos que guardaba como buen cristiano, de año en año aumentaba en pobreza, de modo tal, que ni él ni su mujer, ni sus hijos, podrían ya salir de hambre y harapos, el cuitado solariego de Urberuaga tornó a decir, viendo y pensando todo esto, empezó a pensar que era mucho más tonto que el caballero Barroeta, y en esta opinión se iba confirmando al saber que todas las gentes sesudas de la merindad empezaban a pensar lo mismo, fundadas en las mismas razones.

III

Una tarde de fines de verano, Sancho López sudaba en el bosque de Suso su casa solariega, preparándose a cocer una carga de carbón que era el mayor recurso con que él, su honrada mujer y sus hijos pequeños aún, prolongaban la mísera existencia; su mujer ordeñaba una vaca para preparar, con la poca leche que daba, y otro tanto de agua y un puñado de harina de borona, la cena para todos, y los rapaces tornaban, cogiendo zarzamoras y avellanas de los matorrales, de la escuela que tenía cabe la ermita del Señor San Miguel de Arechinaga el ermitaño de aquel peregrino santuario.

—Señor padre, señor padre—le gritaron los muchachos al asomar junto a la ferrería y el molino de Ubilla, con cara y manos negras de las zarzamoras,—el señor caballero tonto viene con el peregrino que ayer hizo tantas cosas santas con el agua caliente de nuestra heredad.

Al oír esto Sancho, hundió el hacha en el tajo que le servía para partir leña, y tomó bosque abajo, tanto más presuroso cuanto que, cuando los rapaces llegaron a casa, vió asomar por la revuelta de Ubilla al caballero de Barroeta acompañado de uno de sus criados y de un peregrino que, en efecto, el día anterior se había detenido largo rato en Urberuaga haciendo pruebas con frascos en el agua del tibio manantial, con no poca maravilla de los muchachos y aun del mismo Sancho y su mujer, que creían necio entretenimiento del peregrino.

Salióles Sancho al encuentro, saludándoles con la cortesía que era natural en él, y el peregrino le dijo que por su consejo el caballero de Barroeta, iba a beber agua del manantial y a bañarse en la misma agua, a cuyo efecto llevaban tras ellos un mozo cargado con un tonel grande y abierto por uno de sus extremos.

Maravillóse no poco de esto el buen Sancho López, y preguntó al peregrino por qué tal consejo había dado al caballero de Barroeta; y el peregrino se contentó con decirle que estaba seguro de que con aquella bebida y aquel baño repetido por espacio de algunos días, había de recobrar el caballero la razón, que hacía tantos años había perdido.

Sancho tuvo grandes tentaciones de reir al oír esto, pero contuvo la risa por cortesía y por compasión al cuitado imbécil, y los acompañó hacia el manantial, pensando que el peregrino, o tendría tan poco seso como el caballero, o era un bribón que vendiendo la falsa ciencia de curar, se proponía sacar la tripa de mal año en la abastada mesa de la torre de Barroeta.

El cuitado Martín Yáñez, que no tenía voluntad propia y que no abría los labios como no fuese para decir un despropósito, bebió agua del manantial sin oponer a ello resistencia alguna, y mientras el peregrino llenaba de la misma agua tibia el tonel, el criado se entró con el caballero en la enramada inmediata, desnudóle, cubrióle con una sábana, y tornándole hacia el tonel, hiciéronle entrar en éste, donde permaneció hasta que el peregrino indicó que era tiempo de sacarle y tornarle a vestir.

Hecho todo esto, Martín Yáñez y sus acompañantes fuéronse de Urberuaga, prometiéndose tornar a hacer lo mismo en los días sucesivos, y aunque a San-

cho y a su mujer y a sus hijos parecióles que el señor caballero tonto, como le llamaban estos últimos, tornaba más animado y contento que había ido, le vieron alejarse compadecidos de que, a su falta de juicio, tuviese que añadir el engaño de que indudablemente era víctima por parte del peregrino.

IV

Algunas semanas después de haber llamado a las puertas de la torre de Barroeta un peregrino, asegurando que era inteligente en la curación de males como el que le habían dicho padecía el cabezalero de aquel noble linaje, estaba maravillada la merindad de Marquina porque Martín Yáñez de Barroeta había recobrado con creces el juicio y la discreción, que había perdido casi de repente no bien salido de la mocedad.

En efecto, el caballero de Barroeta daba cada día grandes pruebas de sabiduría y discreción. La primera que se le atribuía era el haber jubilado, con toda la renta que tenía, a su mayordomo Gil Pérez, diciendo que lo hacía por economizar. La segunda era disponer que ninguno de sus criados se levantase de la mesa con hambre, en lugar de levantarse con tanta como tenían al sentarse, que era lo que sucedía cuando el verdadero señor de la casa era el mayordomo Gil Pérez. También decía el caballero de Barroeta que esta disposición suya era para economizar. La tercera prueba de discreción y subiduría que se contaba de él, era la de aconsejar a todos sus parientes y amigos varones que casasen en lugar de permanecer solteros, temerosos de dar con mujer de mal carácter y llenarse de hijos. Asimismo decía que este consejo se fundaba en el deber que todos tenemos de economizar dinero, inquietudes y vergüenzas. La cuarta prueba de discreción y sabiduría del caballero de Barroeta era...

Pero ¿a qué me he de molestar y he de molestar a los lectores dando noticia de todas estas pruebas, si necesitaría un tomo la narración de todas las que se contaba haber dado ya el caballero de Barroeta?

Sancho López de Urberuaga estaba, como todas las gentes de la merindad, maravillado de la virtud descubierta en el manantial de agua tibia que brotaba a espaldas de su casa solariega.

Una tarde subió a la torre de Barroeta a preguntar por el peregrino que había descubierto aquella virtud, y le dijeron que aquella mañana después de visitar el santuario de Arechinaga, había continuado la vida de Santiago de Compostela, sin querer recibir de Martín Yáñez más recompensa que la que consistía en una solemne promesa: esta promesa era la de tener por tonto incurable a todo el que no tuviese por obra de la Naturaleza, y no en manera alguna por obra de gentiles y extranjeros, el singular fenómeno trilítico de San Miguel de Arechinaga. Por lo demás, sólo se había podido averiguar del peregrino, que éste era un médico extranjero que iba a cumplir la promesa que había hecho al Apóstol Santiago de visitar su insigne basílica de Compostela en sufragio del alma de aquellos a quienes su ignorancia había matado, y en acción de gracias a Dios por aquellas curaciones que su ciencia había conseguido.

Sancho López de Urberuaga, su mujer y sus hijos, como sus antecesores, se habían abstenido siempre de beber el agua tibia que brotaba a espaldas de su casa solar, porque la creían nociva en el hecho de tener temple, en su concepto no natural; y siempre había bebido de la de un ruin manantial de temple frío, que brotaba junto a la angostura frontera al molino y la ferrería de Aspilza; pero al ver el maravilloso efecto que el manantial de su propiedad había producido en el caballero de Barroeta, Sancho la bebió a todo pasto, y no contento con esto se bañó en ella por espacio de algunos días, porque decía con mucha razón:

—Yo debo ser tonto como lo era el caballero de Barroeta, aunque mi tontería sea menos aparente que lo era la suya, y tengo infinitamente más necesidad que él de hacerme discreto y sabio, para encontrar por medio de esta discreción y esta sabiduría alguna industria en que mejorar siquiera un poco esta vida, cada vez más lacerada y ruin que tenemos mi mujer, mis hijos y yo. Por de pronto, entreveo que mi más fundada esperanza de mejoría está en la maravillosa virtud que se ha descubierto en la fuente de mi propiedad; y ya sólo me falta idear el medio de utilizar esta virtud en beneficio de mi casa y hacienda.

Y así pensando y diciendo, Sancho se ponía a reventar de agua tibia, persuadido de que beberla era beber la sabiduría que tanto había menester para salir de su penuria.

Al fin creyó haber dado con un medio seguro de enriquecerse, y el haber dado con este medio lo atribuyó a que el agua de su propiedad había ya obrado en él efecto parecido al que había obrado en el caballero de Barroeta.

Poco tiempo después, apareció a la puerta de las iglesias parroquiales y todos los consistorios cantábricos y aún en no pocos sitios públicos del resto de España, un anuncio que decía:

«FUENTE DE SABIDURÍA»

«Merece este nombre una que brota sobre la casa-solar de Urberuaga en la república de Jemeingan, Señorío de Vizcaya, porque en su caudal se ha descubierto la maravillosa virtud de tornar discretos y sabios aún a los más faltos de sexo, como lo prueba Martín Yáñez de Barroeta, señor de la ilustre casa y linaje de su apellido en la misma república, que habiendo permanecido por espacio de veinte añes tan sandio que rayaba en imbécil, háse tornado discreto y sabio como hay pocos, bebiendo la susodicha agua y bañándose en ella.»

«Todo el que acuda a la susodicha fuente de la sabiduría, pagará un ducado diario al señor de la casa-solar de Urberuaga, a que pertenece, por disfrutar de su maravillosa virtud, amén de lo que fuese justo que pague por el hospedaje y alimentación que recibirá en la susodicha casa-solar de Urberuaga, y además estará obligado a escribir en un libro en blanco una página a la entrada y otra a la salida, ambas a la sabiduría, para que en todo tiempo pueda apreciarse con la comparación de una y otra el saludable efecto producido por tan maravillosa fuente de sabiduría.»

V

Aquel estrecho pero deleito o vallejuelo que se extendia desde el solar de Ubilla al de Aspilza, brotando al promedio de estos dos solares, riberica izquierda del río. el manantial de Urberuaga era como lugar de romería para gentes, no sólo de las provincias cantábricas, sino también para no pocas de allende el Ebro y aún de reinos extranjeros, y no pudiendo hospedarlas a todas el solar de Urberuaga y otros de las cercanías, se derramaba por toda la república de Jemeingan. y aun por la linda villa de Marquina, que apenas dista media hora del susodicho manantial.

El honrado Sancho López y su mujer y sus hijos pensaban en enloquecer de alegría viendo la muchedumbre de ducados de que ya eran dueños, y con que ya tenían por cierto serles dado reedificar el molino y la ferrería de Aspilza, que una vez molientes y labrantes, les darían lindo y seguro lucro con que ir restaurando lo demás de la casa y la hacienda, harto necesitadas de ello.

Cuando vinieron los temporales de invierno y fué poco menos que imposible la susodicha peregrinación a la fuente de la sabiduría, naturalmente cesó la ida de tontos, a la susodicha fuente. cosa en verdad que no sintieron Sancho. su mujer y sus hijos. que, viéndose poco menos que ricos, deseaban descansar y gozar del primer invierno abastado que habían conocido.

Entonces Sancho tomó el libro que él llamaba de las comparaciones. y le encontró casi lleno, con ser en extremo voluminoso. y creyendo que iba a holgar mucho con el contraste que ofrecerían las sandeces que todos habían escrito a la llegada y las discreciones que los mismos habían escrito a la partida, se puso a leer y a hacer comparaciones.

¡Cuál no sería su asombro cuando se encontró con que en todo el libro no había página alguna escrita por tontos, sino que todas ellas, por el contrario. estaban escritas por sabios consumados! De modo, que el libro, desde la primera página a la última, era un tesoro de discreción y de sabiduría. No sabiendo el buen Sancho cómo explicarse esto, subió a la torre de Barroeta con el libro bajo el brazo a ver si Martín Yáñez, que tan discreto y sabio se había tornado, acertaba a explicárselo.

—La explicación que no alcanzas—le dijo Martín Yáñez—es muy sencilla y fácil: todos los que han acudido a la Fuente de la Sabiduría han sido sabios y no tontos, porque el sabio es el único que se cree tonto, y el tonto el único que se cree sabio.

VI

Sancho López de Urberuaga creyó que en conciencia de buen cristiano. no debía volver a anunciar como Fuente de la Sabiduría la que brotaba a espaldas de su casa-solar; porque si bien podía poseer virtudes medicinales para determinados males del cuerpo, que desaparecidos, desaparece la sombra con que oscurecían la inteligencia. en cuyo caso debía hallarse la curación del caballero

de Barroeta, lo ineficaces que habían sido las aguas de Urberuaga para darle a él la poca sabiduría que necesitaba para saber que el sabio es el único que se cree tonto y el tonto el único que se cree sabio, probaba que aquellas aguas en manera alguna debían calificarse de Fuente de la Sabiduría, y sí sólo de Fuente de Salud, para determinadas dolencias.

Dudaba Sancho si emprender la edificación de la ferrería y el molino de Aspilza, porque después de pagar todas sus deudas, reparar un poco su casa-solar y cubrir otras necesidades de honra y provecho, le parecía poco su caudal para llevar a cabo tal obra.

Precisamente cuando luchaba con estas dudas, apareció por Urberuaga el alemán que dijo a Sancho que iba a pedir la sabiduría a aquellas aguas, porque se tenía por tonto rematado.

Sancho se descubrió la cabeza ante él, dándole por un gran sabio; y para probarle que su manantial no daba ni quitaba sabiduría, le dió a leer el libro que llamaba de las comparaciones. Leyóle el alemán, y de tal modo se maravilló de la sabiduría en él atesorada, que por él ofreció diez mil ducados, que Sancho aceptó.

El alemán dió a la estampa el libro en Maguncia, con el título de *Libro de la Sabiduría*, y en breve tiempo centuplicó lo que le había costado.

Y en verdad, que si el alemán no se hubiera llevado tan a tiempo el libro, quizá se lo hubiera llevado el agua, porque una noche, tal y tan repentinamente creció el río, que Sancho, su mujer y sus hijos, con dificultad pudieron salvarse y salvar con ellos su caudal monedado.

Aquella avenida se llevó la casa-solar de Urberuaga, sin dejar ni aun los cimientos; y entonces Sancho López, que creyó voluntad de Dios y no suya, el quedarse aquel solar acaso destinado a mas altos fines, determinó añadir a la reedificación de la ferrería y el molino de Aspilza, que consideraba también como solar paterno, casa cómoda y sólida al lado de la ferrería y el molino, para vivir él y su familia explotando honradamente ambos ingenios.

El manantial de Urberuaga se fué cubriendo de maleza, y aun permaneció olvidado y escondido, hasta que más de dos siglos después unos pobres tísicos que necesitaban para prolongar indefinidamente su vida un poco de nitrógeno, siquiera una vez al año, y para obtenerlo tenían que trepar a la cumbre de los Pirineos, siéndoles así peor el remedio que la enfermedad, se reunieron para pedir a Dios que les proporcionase nitrógeno más barato, y entonces Dios llamó a ciertos animosos y modestos hermanos marquineses, y les dijo:

«Vosotros que sois trabajadores, ingeniosos y benéficos como pocos, váis a desenterrar con ayuda de un médico que yo os enviaré, abundancia de nitrógeno en el apacible y fresco vallejuelo de Urberuaga, y de mi cuenta corre el portarme bien con vosotros.»

¡Bien, muy bien se han portado Dios, los marquineses y el médico en el vallejuelo de Urberuaga!

LAS TRES DEVOCIONES

I

Los cuentos contados por mí al público (que en verdad no son pocos, puesto que llegan a diez tomos), se dividen en tres clases: cuentos propiamente populares, pues son recogidos de boca del pueblo y recontados por mí como Dios me da a entender; cuentos inventados por mí, en virtud de que soy un cachillo del pueblo y no se me ha de negar la libertad de inventarlos, cuando al más zamarro se le concede, y cuentos que no lo son. A éstos últimos, que pudieran también llamarse «Cuentos Sucedidos,» pertenece el que voy a contar, para explicar cuál es la devoción como Dios manda y cuáles las devociones como manda el diablo.

II

Han de saber ustedes que en Vizcaya hay un pueblo, cuya única inmodestia consiste en llevar el nombre de ciudad, no teniendo la décima parte del vecindario de Bilbao, que lleva el nombre de villa, y aún esta inmodestia es sólo aparente, pues el pueblo de que se trata no lleva el nombre de ciudad por vanidad propia, sino porque le heredó de sus honrados antepasados, que no le ganaron adulando a los reyes o señores, sino derramando su sangre y gastando su hacienda en servicio de Dios y de la patria.

Este pueblo, que se llama Orduña, tiene fuera sus muros, en las estribaciones septentrionales de la cordillera pirenaico-cantábrica, un santuario muy venerado, consagrado a la Madre de Dios con el nombre de la «Virgen de la Antigua», que se funda en proceder la imagen que allí se venera de otro pueblo que precedió al actual y tuvo asiento precisamente donde le tiene el santuario que conmemora su existencia.

En Orduña, como en todos los pueblos, sin exceptuar a los más religiosos y cultos, hay gentes que no entienden la devoción como Dios manda, que es como la entiende el capellán de la Virgen de la Antigua, sino como manda el diablo, que es como la entiende Orapronobis, y sobre todo como la entienden Juan Palomo y su hijo Bartolo.

III

Orapronobis era una viuda más simple que los que creen en el patriotismo de los políticos de oficio, y es tenida por una santa, que por intercesión de la Virgen de la Antigua alcanza de Dios grandes favores.

Esta circunstancia mueve a las gentes que tienen de la devoción la idea que tiene Orapronobis y tienen Juan Palomo y su hijo, a pedir a la primera que les alcance de Dios, por intercesión de la Virgen de la Antigua, lo que más cuenta les tiene; y Orapronobis, que es incapaz de negar a nadie favores de esta naturaleza, se apresura siempre a acceder a tal petición; de modo que si la Virgen o su divino Hijo no son siempre tan complacientes como ella, no es por falta de voluntad y diligencia de Orapronobis.

Citaré un ejemplo de ello. Uno de los que en los puertos de mar cargan de pescado fresco sus caballerías y van a venderlo a los pueblos del interior, llegó a Orduña (que dista de la costa ocho o diez leguas) con dos cestas de besugos que le quedaban de los que había cargado en Bermeo, y una fresquera se los compró, para vender los besugos al por menor.

La fresquera decía, mirando hacia la costa, con ansia de ver aparecer hacia allí nubarrones que indicasen próximo temporal:

—Si Dios quisiera que se alborotase la mar de modo que en dos o tres días no pudiesen salir a ella los pescadores de Bermeo, me ponía yo las botas vendiendo como quiera las dos cestas de besugos, que tendré que vender a cualquier precio si la mar está buena y viene por Orduña peste de besugos más frescos que los míos.

Y así pensando y diciendo, se fué a ver a Orapronobis y le suplicó que rogase a la Virgen de la Antigua, que se alborotase la mar, y Orapronobis se fué inmediatamente al santuario, y con todo su corazón y toda su alma, pidió a la Virgen que intercediese con su divino Hijo para que se alborotase la mar, de modo que no pudiese salir ni una lancha pescadora, y la pobre fresquera de Orduña, libre de toda competencia, pudiese vender al precio que le diese la gana las dos cestas de besugos, aunque éstos olieran a demonios.

IV

Estaba yo por decir que en punto a devoción, Juan Palomo es otro que bien baila, pero me guardaré muy bien de decirlo, porque la devoción de Orapronobis, al menos en la intención, se diferencia mucho de la de Juan Palomo.

Juan Palomo cree en Dios y en la Virgen y en toda la corte celestial, pero es con la condición precisa de que Dios y la Virgen y los santos han de hacer lo que a él le tenga cuenta.

Un día acudió a Orapronobis, suplicándole que pidiera a la Virgen de la Antigua que no se muriese un huésped que él tenía en su casa y le pagaba lucrativo hospedaje y había caído enfermo de mucho peligro. Orapronobis le complació, el huésped se puso bueno, y Juan Palomo anduvo por mucho tiempo armando camorras con los de Arceniega, y los de Begoña, y los de Eibar, sosteniendo que ni la Virgen de Begoña, ni la Virgen de la Encina, ni la Virgen de Arrote, ni ninguna Virgen, aunque fuese bajada del cielo, valía nada en comparación de la Virgen de la Antigua, de Orduña.

Otro día acudió a la misma Orapronobis, suplicándole que pidiera a la Virgen de la Antigua que subiera todo el pueblo el precio del trigo, porque él tenía aún sin vender todo el que había acaparado para la venta en Agosto úl-

timo: Orapronobis le complació muy de veras; pero el precio del trigo en lugar de subir bajó, y Juan Palomo, que sabía cuánto les quemaba la sangre a los de Orduña el que se dijera que la Virgen de la Encina valía más que la Virgen de la Antigua, armó cien camorras con ellos, diciéndoles que la Virgen de la Antigua no valía ni para descalzar a la de la Encina; y en cuanto a Orapronobis, decía que era una beatona falsa, a quien ni Dios ni la Virgen ni ningún santo hacían caso, y que si su huésped se había puesto bueno, era porque no le había llegado la hora de la muerte, y añadía que ni Dios ni la Virgen ni los santos se metían en que un hombre se pusiera bueno o dejase de ponerse.

Esta era la devoción de Juan Palomo, de quien su hijo Bartolo era vivo retrato por fuera y por dentro. ¿No es verdad que la devoción de Juan Palomo, aún más que la de Orapronobis, lejos de ser como Dios manda, era como manda el diablo?

V

Llegó el tiempo de la quinta, y entraron en ella el hijo de Juan Palomo y el hijo único de Orapronobis, sacando el primero el número 13 y el segundo el número 12, para doce soldados que correspondían a Orduña.

El hijo de Juan Palomo no tenía exención alguna, y por consecuencia, si se libraba el hijo de Orapronobis, que alegaba la de hijo de viuda pobre, a quien mantenía, su padre no tenía más remedio que dejarle ir a tomar el chopo o soltar para redimirle ocho mil reales, que para él era como soltar ocho mil dientes; pero Juan Palomo y su hijo, que habían protestado de la exención del hijo de Orapronobis, confiaban en que éste sería declarado soldado, completándose con él el cupo.

Entre las gentes cuya devoción correspondía a dos de las tres de que se trata en este cuento, empezó a cundir la opinión de que Orapronobis apretaría más firme que nunca con la Virgen de la Antigua para que su hijo saliese libre, y cuando Juan Palomo y su hijo cayeron en esto, convinieron en que Bartolo corría grave riesgo de ser declarado soldado.

Padre e hijo cogían el cielo con las manos, viéndose amenazados de este peligro, y la víspera de la declaración de soldados, a fuerza de discurrir en busca de medios para conjurarle, dieron por fin con uno que les pareció a pedir de boca y les tranquilizó por completo. Este medio consistía sencillamente en plantarse los dos de centinela día y noche en el campo que precede al santuario de la Virgen de la Antigua, y no consentir ni a tiros que Orapronobis pasase al santuario a rogar a la Virgen que saliese libre su hijo.

VI

En efecto, Juan Palomo y su hijo, armados cada cual de un buen garrote, se fueron aquella noche al campo de la Antigua, resueltos hasta a deslomar de un garrotazo a Orapronobis, si no había otro medio de impedir a ésta que visitase a la Virgen, y allí permanecieron toda la noche, y continuaban la ma-

ñana siguiente, ojo avizor uno y otro, a ver si Orapronobis asomaba por allí antes de hacerse la declaración de soldados, que debía empezar a las diez de la mañana.

A muchas mujeres vieron pasar hacia el santurio desde que empezó a rayar el alba, unas pobres y otras ricas, unas calzadas y otras descalzas, unas con la cara descubierta y otras con la cara velada, pero ninguna de ellas era Orapronobis. Unicamente, cuando todavía no había acabado de amanecer, repararon en una, cuyo andar les pareció el de Orapronobis, pero se convencieron de que no era ella, porque iba descalza de pie y pierna, cosa que ni de pensar era de Orapronobis, que vestía siempre de medio señora, y era tan honesta, que se lo tapaba todo, incluso la cara.

Las diez de la mañana estaban para dar, y Juan Palomo y su hijo se disponían a dejar el puesto, creyendo no ser ya necesario que permanecieran en él, y contentísimos por haber pasado para Bartolo el gran peligro de que Orapronobis pidiese a la Virgen que saliese libre su hijo, cuando padre e hijo dieron un bramido de cólera y desesperación viendo a Orapronobis salir del santuario descalza de pie y pierna, sin duda porque había hecho voto de ir así a visitar a la Virgen.

—¡Semos perdidos!—exclamó Juan Palomo.

—¡Perdidos semos!—asintió su hijo.

Y reventando los dos de ira, se dirigieron al encuentro de Orapronobis, poniéndola de santurrona, de devota falsa, de hipocritona, de fanática, de chupalámparas, de tragasantos y de husmeasacristías, que no había por dónde cogerla.

Orapronobis, asustada con los insultos y el ademán amenazador de Juan Palomo y su hijo, empezó a dar voces en demanda de auxilio, y oyendo aquel alboroto el venerable capellán del santuario, se apresuró a salir a averiguar en qué consistía, y apaciguarle.

VII

—¿Qué es eso, hijos míos, que tanto irrita y altera a ustedes?—preguntó el capellán a Orapronobis y sus increpadores.

—Señor Capellán, que por esta pícara beata va a ir mi hijo soldado.

—No hay tal, señor Capellán, que si va será porque la Santísima Virgen quiera librar al mío.

—Pues precisamente eso es lo que yo quiero decir. Prevalida esta bribona de que consigue de la Virgen lo que le da la gana...

—Hijos míos—interrumpió el capellán a Juan Palomo, profundamente dolido de la falsa idea que, tanto aquel majadero como aquella mentecata tenían de la devoción—les conozco a todos ustedes, y sin necesidad de explicación suya ni de nadie sé por cuán herrado camino van ustedes en materia de fe religiosa. Escúchenme ustedes, y después de escucharme, obren en esta materia como obra la generalidad de las gentes del honrado y piadoso pueblo a que ustedes y yo pertenecemos.

Si su hijo de usted—continuó el capellán dirigiéndose a Orapronobis—es declarado libre del servicio militar, sera porque sea justo, que si no lo fuera, la Virgen no habría de interceder con su divino Hijo para que se cometiera una injusticia. ¿Qué idea tienen ustedes de Dios y de su Santísima Madre y de los santos? Ciertamente que la tienen muy errónea; Dios es la esencia de la justicia y del bien, y siéndolo, es el colmo del absurdo el solicitar y esperar de El cosa que sea en perjuicio de nuestros semejantes en general o de alguno de ellos en particular. ¿Comprende usted, pobre y simplicilla hija mía, lo que quiero decirle?

—¡Ay, señor Capellán! No lo comprendo, porque Dios no me ha dado bastante talento para ello, pero sí comprendo que cuando usted lo dice será mucha verdad.

—Pues nada más puedo decirle a usted; y ahora voy a ver si soy más feliz explicándome con éstos...

—Señor Capellán—saltó el bestia de Juan Palomo—no se canse usted en pedricarnos a mí ni a mi hijo. A buenos cristianos no nos ganan ni usted ni todos los curas y frailes de este mundo, pero no pasamos por eso de que siempre ha de servir uno a Dios y Dios no le ha de servir a uno más que cuando a El le dé la gana.

—¡Canario, tiene razón mi padre!—añadió Bartolo.—Y yo digo como él, que por más que nosotros los de Orduña andemos siempre con que no hay Virgen como la «aquí en esto», la Virgen de «aquí en esto» no vale más que para hacerle a uno trastadas como la que «pueda» ser que nos haga hoy mesmo.

Ya iba el capellán a poner severo y elocuente correctivo a las barbaridades de Juan Palomo y su hijo, cuando se vió detenido por los gritos de alegría que daba el hijo de Orapronobis subiendo a anunciar a su madre que habia sido declarado libre.

Juan Palomo y su hijo quedaron en silencio un instante, meditando el medio de hacer estallar su desesperación y su despecho, y cuando creyeron haber dado con uno que a la par fuese un desahogo de su rabia y un insulto a la Virgen de la Antigua y a los orduñeses, arremetieron hacia la ciudad, gritando:

—¡Viva la Virgen de la Encina de Arceniega, que la de la Antigua de Orduña no vale nada!

Desde entonces este cuento se cuenta en Orduña para explicar cuál es la devoción como Dios manda y cuáles las devociones como manda el diablo.

LA VERDAD

CUENTO POPULAR DE VIZCAYA

I

Este era un comerciante de Bilbao, muy rico, muy rico, llamado don Juan de Eguía, de quien tengo noticia por un viejecito de Deusto, que aunque de algunas cosas sabía mucho menos que yo, de otras sabía mucho más, como lo prueba la siguiente leccioncita que me dió un día que le hablé de cuentos populares:

—Cuentan que un soldado llevaba siempre en la mochila un par de guijarros, y en cuanto llegaba al alojamiento, encargaba a la patrona que se los guisara en salsa, con lo cual engañaba el pan de munición, moja que moja en la salsilla. Los cuentos populares son guijarros que andan rodando por los campos y no tienen sustancia, y a veces descalabran al buen sentido: pero si se los guisa bien, se chupa uno los dedos con la salsilla, y al buen sentido que anda algo torcido, le pone derecho como un uso.

Pero volvamos a don Juan de Eguía, que ya tendremos ocasión de volver al viejecito de Deusto. Don Juan era hombre bueno y discreto, pero tenía una manía singular: partiendo del supuesto vulgar de que su apellido (que significa «localidad angulosa») significaba «la verdad», y queriendo vivir de acuerdo con él, llevaba tan adelante el amor a esta virtud, que la convertía en generadora de todas las virtudes humanas, de modo que para él, hombre capaz de faltar a la verdad, era capaz de faltar a todo lo bueno y santo.

Y he llamado manía a su extremado amor a la verdad, porque la exageración, aun en los afectos más santos, conduce al fanatismo, y el fanatismo, a su vez, conduce a todo lo malo.

«Una mentira bien compuesta, mucho vale y poco cuesta», dice un proverbio vulgar, y hay casos en que la mentira es santa, porque sin causar mal alguno, previene y evita males muy grandes. Vaya un ejemplo de esto que me puso el viejecito de Deusto, al contarme el cuento de don Juan de Eguía, que estoy guisando como Dios me da a entender:

—Cuando Cristo andaba por el mundo principiando a predicar el Evangelio, y San Francisco andaba pidiendo limosna para su convento, se detuvo San Francisco a descansar un poco a la sombra de un castaño, porque llevaba ya las alforjas enteramente llenas, y dicen que hacia Jerusalén hace un calor de todos los demontres.

Estando San Francisco sentado bajo el castaño, pasó por allí Cristo; el santo se levantó respetuosamente a saludarle, y Cristo, después de echarle la bendición, continúo su camino.

Cate usted que poco después llegan unos judíos corriendo a todo correr y con unas caras de asesinos que ponían los pelos de punta, y preguntan a San Francisco si ha pasado Cristo por allí.

El Santo se malició que los judíos buscaban a Cristo para crucificarle, y metiendo la mano derecha en la manga izquierda, les contestó:

—Por aquí no ha pasado.

Con lo que los judíos se volvieron atrás, porque ni siquiera se les ocurrió dudar de lo que les decía un hombre tan santo como aquél.

Ya ve usted si la mentira de San Francisco fué santa y buena, porque si el santo dice la verdad a los pícaros judíos, éstos alcanzan a Cristo, le crucifican inmediatamente, queda sin predicar el Evangelio, y todos seríamos unos herejes que iríamos de patas al infierno.

Lo que se debe procurar es mentir siempre con buen fin, como hizo San Francisco cuando, diciendo que Cristo no había pasado por su manga, lo dijo de modo que los judíos entendieron que no había pasado por el camino.

II

Los dependientes de don Juan de Eguía eran remunerados y tratados como no lo eran los de ningún otro comerciante de Bilbao, porque don Juan aventajaba a todos en liberal.

Al usar el viejecito de Deusto esta palabra, me advirtió con una nimiedad perdonable en sus muchos años, que no fuera a confundirla con otra, del mismo sonido, que anda por ahí y casi siempre se la hace significar lo que no significa. Aseguréle que no confundía al liberal que, como dice el *Diccionario* de la Lengua, «distribuye generosamente sus bienes, sin esperar recompensa alguna,» con los liberales que allá cuando yo era mozuelo, en la Plaza del Progreso de Madrid, obligaban a todo el que pasaba por allí a gritar ¡Viva Espartero!, y porque me negué a ello, diciéndoles que no era por desafección a Espartero, sino porque no acostumbraba a dar vivas ni mueras en la calle, me arrearon un garrotazo que por milagro no me dejó en el sitio.

Pero dejemos al viejecito y volvamos a don Juan de Eguía. Cuando en las dependencias de éste vacaba alguna plaza, los pretendientes acudían a ella como moscas a la miel, y movían cielo y tierra por obtenerla.

Un día vacó una de estas plazas y se alborotaron con la esperanza de ocuparla cuantos en el litoral cantábrico la necesitaban y se creían capaces de desempeñarla, y del número de los alborotados fué un joven de Labaluga, feligresía del concejo de Sopuerta, llamado Inocencio de Obécori, que, sintiéndose con vocación al sacerdocio, estudiaba latín en el colegio fundado en Otáñez por su paisano, el capitán Pedro de las Muñecas.

Los de Labaluga gozaban fama de tontos entre todos los demás feligreses del concejo, hasta bien entrado este siglo, en que la perdieron con motivo de haber uno de ellos atarazado un dedo a uno de mi aldea nativa, que fué por allí y se le metió en la boca dando asenso a los que decían que los de Labaluga eran tontos.

Me he descrismado por averiguar cuál fué el origen de esta opinión, y lo único que he sacado en limpio es lo que voy a contar.

Allá hacia el siglo XVII, el susodicho capitán Pedro de las Muñecas, natural de Labaluga, quiso fundar y dotar un estudio de latinidad en aquella feligresía; pero sus paisanos se opusieron a ello tenazmente, alegando que los estudiantes de que se llenaría Labaluga les comerían toda la fruta.

Disgustado de esta oposición, el capitán fundó y dotó el estudio de latín, después de levantar un hermoso edificio que aún subsiste, en el cercano lugar de Otáñez, de donde procedía por la línea materna.

Desde entonces Otáñez tuvo una mina de oro y plata en la muchedumbre de estudiantes que constantemente residían allí y allí dejaban el oro y el moro; y envidiando los de Labaluga a los de Otáñez aquella mina, se tiraban de los pelos y se ponían a sí propios de tontos, que daba compasión y risa.

Esto es lo único que, a fuerza de descrismarme, he podido averiguar acerca del origen de la opinión de tontos que hasta bien entrado este siglo gozaban los de Labaluga, por supuesto, inmerecidamente, como lo demostró el haber atarazado el dedo de uno de mi aldea nativa, que, creyéndolo, les metió el dedo en la boca.

III

Inocencio de Obécori, nacido en el barrio de Labaluga, de que tomaba apellido, era hijo de una pobre viuda que, con gran dificultad, sufragaba los gastillos que originaba su asistencia a el aula de Otáñez. Para que mejor se comprenda esta dificultad, citaré un hecho: de Obécori a Otáñez hay cerca de dos leguas, casi completamente de monte quebrado, espeso y solitario. Pues Inocencio las andaba diariamente de ida y vuelta para asistir al colegio de Otáñez sin gastos de hospedaje.

Todo el afán de Inocencio era hacerse cura como Dios le diese a entender, para sacar a su pobre madre de la aperreada vida de panadera con que ganaba la subsistencia de su hijo y la suya, yendo con una mulita cargada de pan los jueves y domingos a Castro Urdiales, y los miércoles y sábados a Valmaseda, y darle una vejez descansada y dichosa con su curato, teniéndola a su lado y gobernándose con ella sola, y ahorrándose así amas de gobierno, y de que dijeran las malas lenguas que si fué, que si vino.

La madre de Inocencio había servido durante muchos años, hasta que casó, en casa de los Salazares de las Rivas, donde aún la querían mucho, y con cuya ayuda contaban ella y su hijo para llegar éste a ordenarse de misa, aunque el bueno de don José Ignacio de Salazar, que a la sazón era señor de aquella respetable casa, no llevaba a bien que Inocencio, su ahijado, siguiese la carrera eclesiástica, fundándose en un escrúpulo que por lo curioso voy a referir:

Decía el señor don José Ignacio que el estado sacerdotal es muy ocasionado a la perdición del alma, porque el sacerdote hace solemne voto de castidad, y siendo condición natural y poco menos que irresistible la inclinación del hombre a la mujer y la de la mujer al hombre, necesita el hombre o la mujer

que ha hecho tal voto heroismo y convencimiento de su deber muy grandes para resistir los embates de la tentación.

La madre de Inocencio creía conocer lo bastante a su hijo para no temer que el alma de éste corriese el peligro que el señor amo, como llamaba aún al señor don José Ignacio, temia, y no dudaba, que al fin el señor amo ayudaría a su ahijado a seguir los estudios hasta ordenarse de misa.

—Pero, señor amo—decía al señor don José Ignacio—si hubiese el peligro que usted teme, casi todos nos condenaríamos.

—¿Por qué, mujer?

—Porque apenas habría cura que nos bautizase, pues casi ninguno se atrevería a estudiar para cura, por temor de condenarse.

El señor don José Ignacio se quedaba suspenso, no acertando a replicar satisfactoriamente a esta observación, y por último salía del paso exclamando:

—Mira, déjame en paz y no me metas en honduras en que ni tú ni yo debemos meternos. Lo que tú y yo debemos hacer es cuidar del alma de tu hijo y ahijado mío, y dejar el cuidado del alma de los demás a sus madres y padrinos.

Un poquito de egoismo había en este modo de pensar del señor don José Ignacio; pero vamos adelante con nuestro cuento, que tampoco nosotros debemos meternos en honduras de donde no podamos salir.

A la sazón eran famosas en las Encartaciones, y aún fuera de ellas, dos formas de letra, que eran: la de Inocencio de Obécori y la de otro joven llamado Marcos Joaquín de Retuerto, que luego alcanzó grande y merecida celebridad como jurisconsulto, diputado general del Señorío y eminente patricio vizcaíno, y muerto, casi nonagenario, poco antes de mediar el presente siglo.

Cuando Inocencio tuvo noticia de que había vacado una plaza de escribiente o amanuense, como se decía entonces, en casa de don Juan de Eguía, se decidió a solicitarla, y lo hizo después de oír el parecer de su madre y su padrino, que fué quien más decididamente apoyó su decisión, mirando por la salvación del alma de su ahijado.

Fundaba Inocencio su decisión en que su madre era ya demasiado vieja para esperar a que él se hiciese cura, en que podía su padrino insistir en no llevar a bien que siguiese la carrera eclesiástica y negarle el apoyo que le era indispensable para seguirla, y en que si se colocaba en casa de don Juan de Eguía, inmediatamente podría socorrer a su madre y sacarla del aperreo de andar de mercadó en mercado vendiendo pan.

Muchísimas fueron las peticiones autógrafas que de la plaza de amanuense recibió don Juan de Eguía; pero ver éste la letra de Inocencio de Obécuri y decidirse por quien tan hermosamente escribía, todo fué uno; tanto más, cuanto que al pie de la petición iban algunos renglones en que el señor don José Ignacio de Salazar recomendaba al peticionario.

Inocencio de Obécori, era, pocos días después, amanuense, o como diríamos ahora, secretario particular del opulento, bondadoso y liberal don Juan de Eguía, que le señaló un gran sueldo y le advirtió que la admisión no era aún definitiva, porque necesitaba conocer prácticamente su conducta, que había de tener por base la verdad en todo y por todo.

El señor don Juan, que era muy jovial y se parecía algo a mí, no, por supuesto, en el dinero, sino en la afición a los cuentos populares, contó a Inocencio uno, para probarle que la falta de verdad, ni aún en boca de santos tan grandes como el glorioso San Pedro, es conveniente.

IV

En otra cosa, además del dinero, no se parecía a mí don Juan de Eguía: en el modo de contar cuentos, que contaba muy donosamente.

El viejecito de Deusto decía que el cuento que don Juan contó a Inocencio pecaba de falsa filosofía; pero que, en cambio, como le contaba don Juan, era muy donoso.

Vamos a ver si acierto a contarle, siquiera como me lo contó el viejecito de Deusto:

«Cuando Cristo y San Pedro andaban por el mundo, San Pedro, como si fuera a hacer alguna necesidad, se metió en unas viñas, cuyas lindes estaban sombreadas de higueras, y cogiendo un par de racimos, que destilaban almíbar, los exprimió en una vasija que llevaba en la alforja para coger agua en las fuentes que encontraban en el camino y beber Cristo y él.

»El mosto le supo a gloria, y dijo para sí:

»—¡Qué lástima que el Maestro no eche un trago de esta gracia de Dios! No bebe vino, sino en alguna comida de los días de incienso, y eso muy parcamente, y sólo por aquello de «no bebas agua sola y sí con un poco de vino», que dijo San Pablo a Timoteo; ni gusta de que sus discípulos lo bebamos de otro modo; pero estoy seguro de que le había de gustar este delicioso mostillo.

»Y así diciendo, apuró lo que quedaba en la vasija, y añadió, saboreando lo que se le había rezagado en los labios:

»—Si sabe que he bebido vino, de seguro me echa una buena peluca, pero ¡qué demontre! voy a llevarle un traguete, que de seguro agradecerá y le parecerá exquisito ,con tal que yo no le diga que es zumo de uva y sí que es de cualquiera otra fruta, con lo que conseguiré dos cosas, a saber: que no se niegue a beberlo, y no me eche una peluca por aficionado al vino.

»Así pensando y así diciendo, San Pedro exprimió en la vasija otro par de racimos de los mejores que encontró y alcanzando al Maestro, le dijo:

»—Señor Maestro, por supuesto, ¿irá usted rabiando de sed con este calorazo?

»—Sí que voy, Pedro, y deseo que encontremos pronto una fuente donde nos refrigeremos un poco.

»—También yo iba ahogándome de sed y achicharrado de calor y me he quedado más fresco que una lechuga con un buen trago de este delicioso licorcillo que he arreglado bajo las higueras esas. Haga usted lo mismo, señor Maestro, y verá cómo se le pone el cuerpo como un reloj.

»El Maestro tomó la vasija que San Pedro le alargaba y la desocupó de un trago.

»—Ciertamente—dijo—que este licor es deliciosísimo. ¿De qué fruto procede, amado Pedro?

—Procede, señor Maestro, del fruto de la higuera, que, como usted ve, abunda en las lindes de esas viñas.

—Pues ¡bendita sea la higuera! —exclamó Cristo, alzando los ojos al cielo— y de aquí en adelante produzca dos frutos al año.

»Y, en efecto, desde entonces la higuera produjo dos frutos, el primero con el nombre de brevas, y el segundo con el nombre de higos.

Bueno es el fruto de la higuera, pero no admite comparación con el de la vid. Si San Pedro le dice la verdad a Cristo, ¡qué beneficios no tendría el mundo con dos cosechas de vino al año!

»Ya ve usted que la falta de verdad, hasta en boca de santos tan grandes como San Pedro, es inconveniente.»

Este es el cuento popular que don Juan de Eguía contó a su nuevo amanuense para encarecerle la conveniencia de la verdad.

Don Juan era viudo, y tenía a sus hijos estudiando el comercio en Inglaterra. En todo era su vida ejemplar: pero, sobre todo, lo era en cuanto al sexto mandamiento y sus alrededores. Opinaba, y aun sentía, como el señor don José Ignacio de Salazar, que es condición natural en el hombre inclinarse a la mujer, y en la mujer inclinarse al hombre, pero aunque todavía era joven, parecía que todas las mujeres, por guapas y salerosas que fuesen, estaban demás para él.

V

Don Juan Eguía dispuso que Inocencio se sentase constantemente a su mesa.

—¿Le gusta a usted el vino?—preguntó a su amanuense la primera vez que se sentaron juntos a la mesa.

—Sí, señor—le contestó el amanuense con algo de cortedad.

—Muy bien, yo no lo bebo, pero que le sirvan a usted del mejor, o al menos del que más le guste.

—¿Fuma usted?—le preguntó a Inocencio de sobremesa.

—Sí, señor—contestó el joven con alguna cortedad también.

—Perfectamente. Yo no fumo, pero en el escritorio tiene usted cigarros habanos, puros y de papel, y puede siempre surtirse allí de los que necesite.

Inocencio estaba loco de contento con estas y otras pruebas de solicitud y bondad de su principal.

—¿Le gusta a usted vestir bien?—le preguntó éste aquel mismo día.

—Sí, señor.

—Eso está muy puesto en razón, siendo usted joven. Pues se va usted al sastre de casa, y se toma medida de la ropa que usted quiera.

Inocencio no se cansaba de dar gracias a Dios por la ganga que había encontrado en aquella casa.

—¿Le gusta a usted dar un paseíto por la tarde, cuando hace buen tiempo?—le preguntó al día siguiente su principal.

—Sí, señor—contestó Inocencio.

—Pues desde esta tarde puede usted dársele siempre que quiera.

Cuando aquella tarde iba Inocencio a salir de paseo, le llamó don Juan y le dijo:

—¿Supongo que le gustará a usted, cuando va de paseo, llevar algún dinero en el bolsillo, por si le ocurre algo o quiere tomar alguna cosa?

—Sí, señor.

—Pues tome usted del cajón de mi mesa, donde hay oro y plata, lo que guste, tanto hoy como en lo sucesivo.

Pocos días después había romería en Deusto.

—¿Le gustan a usted las romerías?—preguntó don Juan a su amanuense.

—Sí, señor—contestó éste.

—Es natural que a los jóvenes les gusten esas fiestas. Pues váyase usted esta tarde a la romería, si quiere.

Un sábado por la noche, estando cenando, preguntó a Inocencio su principal:

—¿Le gusta a usted pasear a caballo?

—Sí, señor.

—Pues ya sabe usted que tengo en la caballeriza dos caballos que no hacen más que comer y holgar, porque yo no he vuelto a montar desde que perdí a mi pobre mujer. Que le preparen a usted por la mañanita uno de ellos y dése un buen paseo, aunque sea hasta Sopuerta...

Es inútil decir que Inocencio no escaseaba a su principal la expresión de su agradecimiento por tantas bondades. De todos los obsequios que don Juan le había prodigado, ninguno le había sido tan grato como el del caballo, que se apresuró a aceptar para hacer una visita a su madre, y aún a su padrino, a fin de contarles lo dichoso que era en casa de don Juan de Eguía.

La pobre madre lloró de alegría, y poco menos hizo el señor don José Ignacio al oirle encarecer aquella dicha.

Dos días después de esto, estando de conversación de sobremesa, sorprendió y dejó perplejo don Juan a Inocencio con esta inesperada pregunta.

—Diga usted, Inocencio, ¿le gustan a usted las muchachas?

Inocencio se puso encendido como la grana, y pareciéndole desacato contestar afirmativamente a un hombre como aquel, guardaba silencio, cuando don Juan le repitió:

—Conque, vamos, Inocencio, ¿le gustan a usted las muchachas?

—No, señor—le contestó al fin Inocencio.

—¿Ni aunque sean guapas?

—No, señor.

Don Juan se puso muy serio después de oír estas dos respuestas negativas, y dijo a su amanuense:

—Tengo el sentimiento de decir a usted que no sirve para mi casa.

—¿Por qué, señor? le preguntó Inocencio, confundido y avergonzado.

—Porque acaba usted de faltar a la verdad, y el que falta a ella no puede ser hombre de bien, como es indispensable que sea para depender de una casa cuyo dueño lleva la verdad hasta en su apellido.

Todas las explicaciones y todos los ruegos de Inocencio fueron inútiles para con don Juan, que aquel mismo día puso en sus manos liberalmente la cuenta y le enseñó amablemente la puerta.

VI

El pobre Inocencio se fué a Obécori y contó a su madre, con toda sinceridad, lo que le había pasado con don Juan de Eguía, y después de llorarlo, ambos se fueron a las Rivas a contar al señor don José Ignacio tan inesperada noticia.

¡Cual no sería su sorpresa cuando vieron que el señor don José Ignacio, apenas se enteró de ello, abrió los brazos a su ahijado, exclamando:

—Hijo mío, tú serás un sacerdote incapaz de quebrantar el voto de castidad que hayas hecho, porque el que ha resistido las seducciones de la casa de don Juan de Eguía, resistirá todas las seducciones de las mujeres y de su propia naturaleza. Mañana vendrá tu madre a mi casa a esperar en ella, descansada y tranquila, el fin de tus estudios, y también mañana irás tú a un seminario a seguir la carrera eclesiástica a mis expensas.

Así sucedió. Inocencio cantó misa; sobrevivió a su buena madre más de cincuenta años, y, tuviera ama de gobierno, o dejara de tenerla, le sucedió lo que a todos los señores curas que yo conozco: que nunca dió ocasión a que las malas lenguas dijeran de él que si fué, que si vino.

(De los *Cuentos populares de Vizcaya.*)

ÍNDICE

OBRAS DEL AUTOR

CRÍTICA:

Los Contemporáneos. (Apuntes para una historia de la literatura hispano-americana a principios del siglo XX).—Garnier Hermanos, editores.—París, 1907. (1.ª serie, dos volúmenes, 5 francos.)

Salvador Rueda y Rubén Darío. (Estudio cíclico de la poesía española en los últimos tiempos).—Gregorio Pueyo, editor.—Madrid, 1908. (Un volúmen, 3,50 pesetas.)

Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días. (Obra premiada por el Ateneo de Madrid en el Concurso Charro-Hidalgo).—Sáenz de Jubera Hermanos, editores.—Madrid, 1909. (Un volúmen de 1.020 páginas, 12 pesetas.)

Estudio preliminar de las obras escogidas de Rubén Darío.—Perlado, Páez y Compañía, editores.—Madrid, 1910. (Un volúmen, 3 pesetas.)

Los Contemporáneos.—Garnier Hermanos, editores.—París, 1910. (Segunda serie, un volúmen, 5 francos.)

Los Contemporáneos.—Garnier Hermanos, editores.—París. (3.ª serie, un volúmen, 5 francos.)

Campoamor.—(Estudio crítico y biográfico).—Sáenz de Jubera Hermanos, editores.—Madrid, 1911. (Un volúmen, 3 pesetas.)

Marcelino Menéndez Pelayo.—(Su vida y sus obras).—Perlado, Páez y Compañía.—Madrid, 1912. (Un volúmen, 2 pesetas.)

POESÍA:

Poemas de Provincia.—Perlado, Páez y Compañía.—Madrid, 1910. (Un volúmen, 3 pesetas.)

NOVELA:

El veraneo de Luy Fanjul. (Biblioteca *Argensola*.—Zaragoza, 1910, (Un volúmen, 2 pesetas.)

La Eterna Historia. (Novelas).—Perlado, Páez y Compañía.—Madrid, 1910. (Un volúmen, 3 pesetas.)

Doña Violante. (Novela de la vida pícara y estudiantil).—Perlado, Páez y Compañía.—Madrid, 1910. (Un volúmen, 3 pesetas.)

Matilde Rey. (Novela de chulos madrileños y de estudiantes provincianos.—Biblioteca *Renacimiento*.—Madrid, 1911. (Un volúmen, 3,50 pesetas.)

EN PRENSA:

La tentación. (Novela).—Biblioteca *Renacimiento*.

Este libro se acabó de imprimir en la Imprenta Alemana, de Bilbao, el día 7 de marzo de 1914


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 14 23 02 019 8